

A close-up, high-angle portrait of Sarah Hall, looking slightly to the right. Her eyes are light-colored and focused. She has short, dark hair. The background is a soft, out-of-focus light color. A white rectangular box is overlaid on the lower half of the image, containing the text.

**Sarah Hall**  
Hijas  
del Norte

**Alianza Lit**

Sarah Hall

# Hijas del Norte

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

**Alianza** editorial

## Índice

Archivo uno. Íntegramente recuperado  
Archivo dos. Íntegramente recuperado  
Archivo tres. Íntegramente recuperado  
Archivo cuatro. Íntegramente recuperado  
Archivo cinco. Parcialmente deformado  
Archivo seis. Íntegramente recuperado  
Archivo siete. Parcialmente deformado

Créditos

*Para Jane y Mae*

Archivo de la Autoridad del Sistema Penitenciario de Inglaterra. Número de registro 498:  
Transcripción recuperada del juzgado de Lancaster.

Declaración de la prisionera detenida de conformidad con la Sección 4 (b) de la Ley  
(con poderes ilimitados) para la Prevención de la Insurgencia.

Archivo uno  
Íntegramente recuperado

Me llamo Hermana.

Ese es el nombre que me pusieron hace tres años. Es como me llamaban las demás. Es como me llamo a mí misma. Antes de eso mi nombre no tenía importancia. No recuerdo que se usara. Ya no responderé a ese nombre ni me oíré decirlo en voz alta. No daré muestras de reconocerlo. No existe. Me llamaréis Hermana.

Fui la última mujer que salió en busca de Carhullan.

Fue un mes de octubre de lluvias torrenciales cuando me puse en camino. En la ciudad, las hojas habían empezado a caer de los árboles y el suelo estaba cubierto de su pulpa amarilla. Los últimos frentes tormentosos atravesaban la región del norte descargando aguaceros. El verano se retiraba. Daba la sensación de que la atmósfera había estallado por fin, y las mañanas y las noches empezaban a ser más frescas. Era un alivio no despertarme empapada en sudor en nuestra habitación del barrio de adosados, salir de una pesadilla con esa humedad lechosa en el pecho. Siempre he dormido mejor en invierno, como si la frecuencia del pulso disminuyera.

El frescor parecía limpiar también la ciudad. El olor a bacterias de la refinería y las plantas de fuel se dispersaba por la noche cuando las nubes se disipaban y aflojaba el calor. Los últimos años, desde la Reorganización Civil, el bochorno había durado más de lo normal; los meses fríos se concentraban en una franja más estrecha del calendario, y vivíamos envueltos continuamente en una nube tóxica de colza y arenas bituminosas, hacinados como peces en un ahumadero.

El cambio de la temperatura trajo consigo una sensación de euforia, un estado de alerta que iba más allá de los nervios o la creciente conciencia de los peligros que sabía que estaba afrontando. Era reparador. El frescor me recordaba los tiempos de mi infancia. Las estaciones estaban entonces más definidas, más separadas. La gente mayor de la fábrica en la que trabajaba decía que de todas las tradiciones inglesas que estaban amenazadas el tiempo era la más triste. Como si hubiéramos tenido la posibilidad de elegir en referéndum aquel clima semitropical.

Todavía recuerdo las cosquillas frescas del granizo en la cara en el mes de

marzo, cuando esperaba el autobús para ir al colegio. Y el rugido del viento que en otoño lo zarandeaba todo, las cosas grandes y las pequeñas. El frío en las venas en enero; las manos y los pies entumecidos a pesar de la lana y el vellón. Cuando eres joven no tienes miedo de las posibilidades. No crees que el mundo pueda destruirse o que vaya a ocurrirte una desgracia a lo largo de la vida.

Incluso la lluvia es diferente ahora: imprevisible, violenta, no como la constante llovizna gris de las postales antiguas, de los chistes y las crónicas televisivas. Es una lluvia que parece herida. Rara vez se ve nieve en los montes, aunque la gente de la ciudad sigue buscándola por pura costumbre.

Me dirigía a una zona alta y remota, y tenía la esperanza de volver a ver esas ventiscas blancas, si es que podía quedarme allí algún tiempo.

Salí al amanecer, con la idea de alejarme de Rith sin que nadie me viera. Preparé una mochila ligera para resistir el largo camino hasta las montañas. Llevaba pocas cosas: ropa, botas, unas cuantas latas de comida, galletas, una cantimplora con agua y un botiquín, para el caso de que pudiera quitarme el dispositivo, aunque no sabía si era posible. Y llevaba un fusil de la Segunda Guerra Mundial, entre las sudaderas y los impermeables. La punta roma del cañón rozaba la solapa de la mochila. Con él me proponía negociar en Carhullan.

La noche anterior escondí la mochila en un callejón, detrás de nuestro edificio, para salir sin peso, sin chocar contra las paredes y arañarlas al bajar las escaleras. Lo dejé en un hueco oscuro y seco, detrás de la cámara principal del depósito de lluvia. Lo puse allí mientras las familias de las otras casas estaban cenando y antes de que mi marido volviera del trabajo, tanteando primero en el vacío con un palo para asegurarme de que no había nidos de ratas.

De madrugada salí de la cama sin despertar a Andrew y me vestí sigilosamente en el cuarto de baño común. Me había guardado una bolsa de plástico en un bolsillo de los pantalones para meter las cosas que necesitaba. En un estante había una pastilla de jabón nueva, de la familia con la que compartíamos la casa, y decidí llevármela. La eché a la bolsa con la pasta de dientes, el desodorante y una cuchilla de afeitar con varias hojas de repuesto. Dudé un momento antes de abrir el botiquín de los vecinos. Encontré aspirinas, un paquete de compresas y una bolsita de polvos para la cistitis, caducados. Lo cogí todo. Después crucé el pasillo y bajé las escaleras.

En la puerta principal esperé unos minutos para asegurarme de que Andrew no me había oído salir y procuré tranquilizarme. El corazón me bombeaba la sangre a chorros. Notaba la corriente de ida y vuelta en las puntas de los dedos.



Me dije que todo saldría bien. Llevaba meses entrenándome, levantándome temprano, y había ensayado la huida. Siempre lograba salir en silencio y sin peligro y recorrer la ciudad a oscuras, evitando las zonas por las que merodeaban los perros asilvestrados, antes de volver a casa. Pero esta vez no era un simulacro. Respiré hondo, solté el aire y esperé. Lo último que quería era que Andrew me siguiera, que me dijera que estaba loca, que armara un escándalo y despertara a todo el mundo. Jamás me dejaría marcharme con una mochila, salir de las zonas oficiales, a pesar de que estábamos enfrentados, nos odiábamos y no nos dirigíamos la palabra.

Yo estaba atada a aquella casa. Los dos lo sabíamos. No teníamos ninguna otra alternativa. Si me hubiera descubierto, me habría llevado a rastras escaleras arriba, o me habría inmovilizado en la calle, a pesar de mis forcejeos, hasta que apareciese un supervisor de la Autoridad, y entonces habría puesto alguna excusa para explicar mi comportamiento, como que estaba colocada o había tenido una pesadilla. Me habría dicho que esperara un poco, que por muy mal que estuvieran las cosas en ese momento conseguiríamos salir adelante, y después nos separaríamos, cuando el ambiente estuviera menos tenso, cuando fuera menos peligroso.

Me apoyé en la fachada, atenta al ruido de sus pasos por última vez. Lo único que se oía en el piso de arriba era el zumbido del contador eléctrico en modo de espera, como una avispa. Levanté la mirada. El cielo tenía el color oscuro del asfalto, como el esquisto que trituraban en los tanques de la refinería donde trabajaba Andrew. La mancha blanca de la luna asomaba como una úlcera hinchada y opaca por detrás del forro de las nubes. Aún no se habían encendido las luces en Rith y nadie saldría a la calle hasta que se reanudara el suministro eléctrico, a las seis de la mañana, para que la gente pudiera calentar el agua, cocinar y ver el primer parte informativo de alguno de los frentes meteorológicos o el sorteo de la lotería. Para entonces esperaba estar muy lejos.

Por fin me acerqué al callejón a recoger mi mochila. Sabía que tenía que darme prisa y no pensar más de lo necesario. Normalmente la ciudad estaba muerta a esa hora, pero siempre era posible encontrarse con una patrulla de la Autoridad. Me ponía mala solo de pensarlo. No tendría ninguna posibilidad de explicarme. Y no quería enfrentarme a lo que estaba haciendo, y flaquear, aunque estaba segura de que no me pasaría. Después de las últimas semanas no podía pasarme. Crucé la ciudad, alejándome de las viviendas compartidas, y pasé por delante del antiguo centro comercial, con las ventanas cubiertas con

tablones, y por delante del almacén de las turbinas, donde las carcasas de metal esperaban apiladas desde hacía años el momento del reparto. Las calles estaban desiertas y tranquilas. Únicamente los ladrillos rojos, la pizarra y el asfalto reflejaban cierto resplandor, presentando una versión de la ciudad que parecía antigua y fantasmagórica.

Costaba imaginar que hubiera tanta gente detrás de las fachadas, durmiendo dos o tres en la misma habitación, o despierta, hablando en voz baja para no molestar a las otras familias. Algunos estarían llorando y alguien quizá los consolaría, o nadie les haría caso. A otros les traería sin cuidado que pudieran oírlos a través de las paredes, arrastrando el cuerpo dolorido cuando el efecto del chute de efedrina barata empezara a esfumarse. Cada vez que me había atrevido a ensayar la fuga, el ambiente de las madrugadas me parecía disminuido, como si en lugar de concentrar a la gente hubieran practicado un sacrificio selectivo.

Al final de cada hilera de adosados se veían las siluetas de los contadores, como quistes pequeños y ruidosos diseñados para leer el flujo de la energía de las tejas fotovoltaicas. Ahora los empleaban para regular el consumo de la antigua red de suministro doméstico. Había habido muy pocas mejoras después de la Reorganización. El plan de recuperación de diez años empezaba a convertirse en un mito imposible. Me costaba no volver la cabeza para ver si alguien me seguía o me veía pasar. Me obligué a no mirar. Me dije que la mejor manera de seguir andando era poner la vista en un solo punto: adelante.

Se oyó un leve chasquido en el cielo, y un trueno retumbó al oeste. Sabía que pronto empezaría a llover, que tendría que parar a ponerme el impermeable. Pero no podía permitirme el lujo de detenerme mientras siguiera dentro del perímetro. Quizá más tarde, cuando estuviera lejos de allí y hubiera entrado en calor con el ejercicio, podría desnudarme. Me secaría antes que la ropa.

Llevaba años sin salir de Rith. Ningún civil había salido de la ciudad, salvo para que lo trasladaran a un centro de detención. No se permitía el tránsito de una zona a otra. La gente quedó atrapada en el sector en el que se encontraba cuando se hizo el primer censo después del colapso. Solamente la Autoridad y los agentes del gobierno tenían necesidad de viajar o medios de transporte, y en esos casos solían ir en tren.

Yo había nacido en Rith y conocía bien el entorno: las calles empinadas y el maremágnun de los tejados, el cerro de Beacon y el castillo enfrente, en la cima de dos peñas gemelas. Continué por el antiguo paso elevado de la carretera. Abajo había montones de basura y escombros, y se oían susurros animales. Más

allá de las fronteras de la ciudad, en las llanuras, las carreteras se habían deteriorado. Estaban mucho peor de lo que me esperaba, hundidas y agrietadas tras años de desuso. Las riadas se habían llevado tramos enteros. Al plantar el pie tenía la sensación de estar atravesando un pedregal. En algunas partes había cráteres llenos de agua de lluvia. Metía las botas sin verlos y me empapaba los pantalones hasta las rodillas. Comprendí que era verdad lo que la gente decía en la fábrica y en las reuniones del distrito. Que solo estaban reparando las principales arterias, las que utilizaba la Autoridad.

Al principio fui corriendo siempre que podía, muy atenta para no resbalar o torcerme un tobillo, y luego aflojé el paso para afrontar el largo día que tenía por delante. En media hora había llegado al promontorio donde se encontraba la caseta blanca del puesto de peaje. No tenía ventanas, y una parte del tejado se había hundido. Recordaba que en una clase de historia local nos contaron que tuvieron que reconstruirla en dos ocasiones, después de que los escoceses le prendieran fuego. Ahora volvía a estar casi en ruinas. Los dueños debían de haberse marchado a Rith hacía mucho tiempo, con los demás vecinos de la periferia.

A los pies del monte, un poco más adelante, el antiguo puente de Yanwath seguía intacto. Lo había cruzado muchas veces en coche antes de que se prohibiera el tráfico. El semáforo que regulaba la circulación estaba muerto, con los focos negros de mugre y el poste inclinado en los cimientos de hormigón. En la hondonada de la carretera, antes del punto en que empezaba a subir hacia los contrafuertes del puente, se había formado un charco de agua arremolinada. Había residuos flotando, casi imposibles de identificar; tal vez trastos superfluos de las casas de la parte alta del río. Vadeé el charco, llegué hasta el centro del arco y me asomé a mirar por el parapeto. El río Eden corría a mis pies, encrespado y turbio, a una velocidad aterradora. Vi en la penumbra el brillo del agua en movimiento en las orillas, la estela de los remolinos y las crestas blancas. Las lluvias habían reventado la ribera, y el caudal anegaba las acequias y los huertos a ambos lados. Se oían crujidos en las ramas más bajas ahora que los árboles de la orilla habían perdido sus hojas.

Las casas de campo más cercanas al puente estaban sumergidas en el agua hasta las ventanas. Notaba un olor fuerte, a cemento, a tela mojada y a cieno: el olor familiar de las viviendas inundadas. La corriente se deslizaba por las paredes de las casas, pudriendo alfombras y cortinas. Diez años antes me había despertado con el mismo olor, cuando al bajar las escaleras me encontré la casa

inundada por las aguas residuales.

Sabía que, al otro lado del puente, la carretera pasaba por un pueblo desierto y se adentraba más adelante en los abandonados parajes del antiguo parque nacional: en la zona que la generación de mi padre conocía como el Distrito de los Lagos.

Era mediodía cuando vi aparecer el coche, y estaba lloviendo a cántaros. Al principio pensé que era el ruido del agua que arrastraba el viento o corría por los acuíferos por debajo del asfalto. Después oí el cambio de marcha. Me aparté de un salto a la cuneta y di media vuelta, casi esperando ver la forma azul oscura de un coche patrulla y dispuesta a esconderme detrás de una cerca de piedra. Una furgoneta civil, de color blanco, se acercaba despacio por la carretera destrozada. Parecía que tenía la suspensión en mal estado y eso amplificaba el ruido, como si la carrocería se levantara del chasis, y vi que se zarandeaba al pasar por encima de un montículo o un bache. Llevaba las ventanillas cubiertas de residuos, de vainas y de hojas arrancadas de los árboles por el último diluvio. Desprendía un olor a grasa quemada y negra. Pasó a mi lado y frenó después. Me acerqué a la puerta del conductor y la ventanilla chirrió al bajarse.

—¿Adónde vas, chica? —Era un hombre con la cara roja como un trozo de cristal sacado de un horno. Me miró de arriba abajo con sus ojos claros. Estaba hecha una pena. Tenía el pelo chorreando y el chubasquero viejo y blanco empapado y pegado a la piel. Doblé los hombros hacia delante y me cubrí el pecho con los brazos. Se echó a reír. Tenía los dientes picados en los bordes, deslucidos y cubiertos por una capa amarillenta, y en la línea de las encías se veía una reveladora sutura de plata—. Bueno, parece un buen sitio para ir de excursión. ¿Eres de los últimos de los Wainwright? O a lo mejor quieres ser la primera que vuelve a subir a las cumbres y plantar tu bandera. Eso significa que las cosas han mejorado en la ciudad. Vamos. Será mejor que subas al coche.

Dudé. No quería hablar con nadie en el camino y sabía que si me hacía preguntas podía tener problemas, pero me dolían los hombros y los pies y no tardé en decidirme. Di la vuelta por detrás de la furgoneta hasta la puerta del pasajero. Me quité el chubasquero empapado y lo escurrí. El conductor se inclinó para abrirme la puerta, como hacía mi padre cuando me llevaba al colegio. Puso un trapo sucio encima del asiento, para que no lo mojara al sentarme. Dejé la mochila a los pies del asiento y subí al coche.

—Bueno —dijo—. Qué encuentro tan oportuno, ¿verdad?

Metió la marcha y arrancó. Tuve una sensación extraña.

Hacía años que no subía a un coche. Me obligaron a entregar las llaves y la documentación, como a todo el mundo, y se me había olvidado lo que era llevar el control de un vehículo, estar encerrada en él y al mismo tiempo libre de ir adonde una quiera. Ver cómo pisaba el embrague o movía la palanca del limpiaparabrisas me pareció un sueño o un recuerdo perdido. Había un olor muy fuerte en la cabina, ácido, como a ropa vieja o a vinagre mezclado con orina, o quizá fuera el olor corporal del conductor, que no se lavaba. Pero no me quejé ni hice ademán de bajar la ventanilla. Me alegraba de librarme de la lluvia.

Empezaban a dolerme las plantas de los pies, y eso que me había puesto dos pares de calcetines gruesos. Empezaba a notar como si me clavaran alfileres y agujas en las puntas de los dedos y me puse a encogerlos y a estirarlos. No esperaba volver a viajar en coche. Llevaba meses entrenándome para la caminata en mi tiempo libre, al principio sin rumbo, solamente por pasar el rato, luego con un objetivo, rodeando la periferia de Rith, subiendo hasta la cima del Beacon y bajando otra vez. Andar no era un delito, aunque a Andrew le parecía absurdo que me arriesgara a ser atacada por los perros que buscaban comida en la ciudad y removían la basura en los vertederos. Decía que estaban sucios y desquiciados, y que andar por allí era como pedir a gritos que me mordieran. Atacaban a la gente de vez en cuando, aunque nunca con consecuencias fatales. En esas excursiones no podía llevar la mochila, para no levantar sospechas, y me sorprendió que pesara tanto.

Me había asegurado de comer bien la última semana: dos raciones de arroz en vez de una y sardinas para desayunar; incluso pensé que estaba acabando con las provisiones y que Andrew lo pasaría mal el resto del mes. Estaba todo lo en forma y bien alimentada que podía. Pero rodear la ciudadela de madrugada y comer una lata de sardinas de más era muy distinto de atravesar el parque nacional abandonado, con mis bártulos a cuestas. Había recorrido unos veinte kilómetros y estaba reventada. Tenía la espalda agarrotada por el peso de la mochila. Llevaba horas soportando chaparrones intermitentes y me rozaba el dobladillo de la ropa mojada. Cada paso me alejaba de la ciudad y me acercaba a mis propios límites. Que pudiera aparecer un vehículo era improbable, casi milagroso, y di las gracias.

La furgoneta rebotaba y se zarandeaba en las curvas, y el conductor tenía que apartarse de la cuneta para esquivar los obstáculos, los baches y los montones de

maleza que crecían en los bordes. Apoyé las palmas de las manos al lado de las piernas para sujetarme y conservar el equilibrio. No tenía ganas de entablar conversación ni de sortear un interrogatorio del que quizá se pudiera dar parte. De vez en cuando, el conductor me miraba y olisqueaba el aire. Sin embargo, me di cuenta de que le apetecía hablar más que escuchar. Tenía pinta de vivir encerrado, aislado. Pensé que seguramente trabajaba fuera de la zona vigilada.

—Entonces, ¿han levantado las restricciones? —me preguntó por fin—. Eres la primera persona que encuentro desde hace no sé cuánto tiempo. Me he quedado de piedra al verte en la carretera. Pensé que el puto vino me estaba haciendo ver visiones. —Señaló una petaca plateada que llevaba en uno de los huecos del salpicadero y me ofreció un trago. Negué con la cabeza y apoyé los pies en la mochila para que no se movieran mientras la furgoneta atravesaba un arroyo. El chasis se arañó al rozar contra el lecho de piedras y sonó como si alguien estuviera recogiendo guijarros con una pala. El hombre pisó el embrague, cambió de marcha y revolucionó el motor a tope.

Parecía que había torrentes nuevos por todas partes, que brotaban de las paredes y los campos. El conductor dejó de acelerar cuando los neumáticos recuperaron la tracción. Repitió la pregunta.

—Para mí se han levantado, sí —contesté, procurando no parecer nerviosa ni furtiva. Lo miré y pensé que, a pesar de aquel comentario, de lo de ir de excursión, probablemente sospechaba algo raro al verme sola en la carretera, tan lejos de la ciudad y sin aparente modo de regresar. Esperé a que me desafiara.

Señaló mi mochila.

—¿Llevas una tienda de campaña? Porque vas a tardar un tiempo en volver. Voy a Rosgill y luego a Blackrigg. No te pasará nada si sigues teniendo familia por aquí. Puede que los conozca. Conozco a todos los que se quedaron. Son poco más que un puñado. Casi todos se largaron, los muy gilipollas, pero yo no. Trabajo en la presa, en la torre de la esclusa. No hay mucho que hacer. Sentarse y abrir las compuertas. Tengo un permiso y un vale de prioridad para la furgoneta; todo oficial. Estoy poniendo mi granito de arena en la recuperación. Nadie más va y viene ahora. Solo yo, cuando voy a por provisiones o a recoger a un ingeniero, y después se me quitan las ganas de salir por lo menos en tres semanas, incluso más. Has tenido suerte de que pasara por aquí.

Había tenido suerte. Lo sabía. Si iba con él hasta Rosgill, me ahorraría 25 kilómetros de ampollas. Hizo un breve recuento de los pocos que habían sido tan tozudos como él para quedarse allí, como si esperase que le dijera

voluntariamente que alguno de ellos era familiar mío, y luego empezó a quejarse de que la gasolina estaba cada vez más racionada y de la falta de productos frescos en su caja azul.

—Leche UHT. La odio —dijo—. Sabe a lefa, ¿verdad? Perdona mi vocabulario. Eso nos pasa por joder a los ganaderos con tanta centralización sin sentido. Cuando los necesitamos ya han tenido que cerrar el negocio. —Le dejé hablar, intentando concentrarme y conservar la cabeza despejada.

Mi plan original era salir de Rith lo más temprano posible y hacer todo el trayecto andando. Si conseguía ir a buen ritmo, sin hacer demasiadas paradas, esperaba estar cerca de mi destino al atardecer. Había mirado un mapa antiguo que Andrew guardaba en una de las cajas de debajo de la cama, y parecía posible hacer el viaje en un día o día y medio como mucho, aunque el último trecho tenía pinta de ser empinado, a juzgar por los contornos de las líneas de elevación. Iba a ser duro llegar a la granja. Pero valdría la pena. Una vez allí, todo sería mejor. Las mujeres se encargarían de que lo fuera.

En todas las semanas de preparación no se me ocurrió contemplar la posibilidad de que se hubieran ido. O peor aún, de que no me aceptaran. No me permití pensar en eso, por miedo a echarme atrás. En mi cabeza solo había lugar para la esperanza. Era la esperanza lo que me alimentaba día tras día, mucho más que las latas de comida de importación. Lo cierto es que no estaba segura de cómo me recibirían en Carhullan, de qué y a quién me encontraría allí. Pero me negaba a creer que la granja pudiera estar vacía, que se hubieran rendido. Sabía que si me permitía pensar en eso nunca me pondría en marcha.

Hacía por lo menos cinco años que las noticias no daban información local. A la Autoridad no le interesaba difundir ese tipo de información. Sus boletines nunca hablaban de la otra mitad del país, de la otra mitad de Gran Bretaña. De vez en cuando aparecía un resistente por las afueras de Rith, a caballo, en una bici tuneada o a andando, pero solo se acercaban a comprobar si las obras de recuperación avanzaban, a ver las fábricas de la New Fuel y la refinería de petróleo de la Uncon, o a buscar antibióticos. A veces hacían trueque en el mercado negro. De tarde en tarde llegaba la noticia de un fallecimiento, de un entierro. Pero a los responsables les preocupaba muy poco. Todo el que no se hubiera inscrito en el censo no existía oficialmente. Todo el que viviera fuera de los sectores vigilados era autónomo y extraño. No contaba para nada. Esa gente decidió no participar en la recuperación y ya no formaba parte del país reconocido. La Autoridad los llamaba simplemente «extraoficiales».

—No me malinterpretes —estaba diciendo el conductor—, porque la verdad es que no soportaba tantos turistas, pero esto se ha quedado muerto. Ya no hay comunidad, y eso se nos daba muy bien. No hay vida. No hay nada más que conejos y puñeteros ciervos. Yo no me siento a gusto sin la gente. —Volvió a mirarme. Me agaché para abrir la mochila y saqué con cuidado una sudadera. Me la eché por encima de la camiseta mojada y lamenté no poder quitármela—. ¡Haberme dicho que tenías frío! La calefacción funciona.

Abrió el ventilador del salpicadero y noté en la cara y las piernas un chorro de aire húmedo y templado.

—Pero no me gustaría vivir en la ciudad —siguió diciendo—. No soporto la ciudad, y menos ahora que se ha convertido en un gueto de mierda. Todo son normas. Y los bichos. Parece una broma. ¿Quién se iba a imaginar que terminaríamos como un puto país tercermundista? Me alegro de haber encontrado trabajo aquí. Tengo espacio y algo de aire limpio. Soy mi propio jefe. —Asintió con la cabeza y volvió a mirarme—. Oye, no vayas a hacer ninguna tontería por ahí —dijo—. Me sentiría responsable por haberte llevado. Más vale que me des tu número de sección, por si acaso. Escríbelo o algo. —Asentí, pero no dije nada y me puse a mirar por la ventanilla.

Siguió hablando para llenar mi silencio.

—Sí. Es bueno tener visita de nuevo. Las cosas deben de estar mejorando definitivamente. Esto estaba muy desangelado, sobre todo ahora que ya no queda ni un puñetero bar. Y no soporto ver las noticias. Solo cuentan mentiras. Se creen que no somos capaces de aceptar la realidad. Se creen que no nos damos cuenta de que todo está hecho una mierda. No me malinterpretes. Estoy al cien por cien con nuestros soldados, y con el Rey, que ha tenido los huevos de venir aquí, pero, ¿de qué sirve? —Suspiró y dijo—: ¿Sabes? Se te acaba olvidando lo que es tener una conversación normal con la gente. Se te olvidan un montón de cosas.

El ambiente de la furgoneta se había vuelto sofocante. Noté un chorrito de sudor o de lluvia que me corría por la espalda. Me llegaba un olor fuerte y húmedo de las axilas del hombre cada vez que levantaba los codos para echarse sobre el volante. Abrí la ventanilla un dedo.

—No me has dicho dónde quieres que te deje, ¿verdad? Mira, ¿sabes qué? Puedes quedarte un rato conmigo antes de seguir hacia el monte, comer algo y descansar. Acabo de recoger un poco de cerdo seco. —Imitó con sarcasmo el acento estadounidense para decir—: Es de nuestros amigos cristianos de Estados Unidos. —Después se rio con malicia y movió la cabeza. Vi que deslizaba una



mirada por mis piernas, hacia los contornos mojados de los muslos—. Oye, ¿te molesta si te pregunto si siguen controlando a las mujeres para que no nos convirtamos en una plaga? —Volvió a reírse y se le iluminó la expresión—. Supongo que es lo único bueno de todo esto, que podamos volver a los tiempos del amor libre. Humm, sí. —Flexionó los dedos sin soltar el volante.

Sentí una oleada de adrenalina que me abrasó el pecho y me puso los nervios de punta. De repente me entraron ganas de pasar de todo. De ser tan imprudente y temeraria como el viaje que estaba haciendo. De momento había sido capaz de llegar hasta ahí. Lo había conseguido sin vacilación y sin incidentes. No estaba dispuesta a consentir que volvieran a meterme en un coche patrulla y a humillarme. Había dejado atrás un marido al que ya no podía ni dirigirle la palabra, una fábrica de inútiles rotores hidráulicos en la que odiaba fichar, y al encargado que me había obligado a bajarme el mono delante de su compañero y me había acercado la mano, cubierta con un guante, con la broma de examinar la correa del perro, eso dijo, a pesar de que el alambre del dispositivo intrauterino se veía perfectamente.

Aquí no había reglas. No había desorden ni caos mal gestionado y a duras penas soportable. Estaba únicamente yo, en mi propia piel y con la sangre acelerada. Probando suerte con algo que no parecía un juego sino más bien mi única oportunidad.

—No voy de excursión —dije—. Voy a un sitio que se llama Carhullan.

El hombre resopló y echó la cabeza hacia atrás, como si quisiera expulsar una mosca que se le hubiera metido en la nariz.

—¿Carhullan? —repitió, separando la palabra en dos, como si le resultara demasiado difícil pronunciar aquel nombre de un tirón—. ¿Es una broma? ¿Te estás quedando conmigo?

—No —dije—. Ahí es adónde voy.

Y volvió a resoplar.

—¡Madre mía! Lo dices en serio. ¡Esa mierda de sitio! Eres idiota. ¿Qué coño crees que...?

Se quedó callado, puso mala cara y aflojó la boca. Era evidente que había oído hablar de la granja, que la conocía de sobra. Tenía una opinión sobre la gente que vivía allí. Y, por cómo había dicho yo el nombre, no cabía duda de que también lo conocía. Lo miré de reojo. Se había puesto aún más colorado. No paraba de mover los ojos en las cuencas sonrosadas.

—Bueno. No sé qué quieres ni qué esperas, pero te has equivocado. No sé.

Más vale que tengas cuidado con esas, ¿eh? No sé. Se han vuelto peores que nunca. Las he visto desfilar. No entiendo qué creen que van a conseguir. Y tampoco entiendo que las dejen en paz. Eres una chica guapa. No deberían haberles dejado quedarse aquí, como una puta banda terrorista. Si me preguntaras mi opinión te diría que es un asco.

Miré adelante y dije en voz baja:

—No se la he preguntado.

Volví a sentir la misma oleada en el pecho, pero esta vez no era de rabia sino de euforia. Las mujeres seguían allí. Seguían en Carhullan. Habían resistido a pesar de todo. ¿Cuántas serían? ¿Cincuenta? ¿Más? Y ¿en qué condiciones estarían viviendo? Quería preguntárselo al hombre que estaba sentado a mi lado. Quería que dijese algo más de ellas, aunque fuera negativo, insultante, aunque estuviera en contra, que volviera a confirmarme que la granja seguía en pie y funcionando. Quería ver qué más podía contarme, aunque fuera con rabia y con asco. Y sobre todo quería saber si ella seguía en Carhullan. Jackie Nixon. Quería saber si seguía comprometida. Si seguía al mando. Pero había perdido la oportunidad. Sabía que ahora me sería imposible sonsacarle nada. La conversación había terminado. Después de esa respuesta mía, no volvió a decir nada, no volvió a abrir la boca.

Pisó el acelerador y sujetó el volante para tomar una curva cerrada. Estaba encendido de indignación, y le oía maldecir entre dientes. Cuando terminó de tomar la curva apagó la calefacción. Dejó de preocuparse por mi comodidad. El ambiente se había vuelto tan agrio como el olor de la furgoneta. Al parecer habíamos entrado en guerra por una simple palabra. Yo había declarado mis inclinaciones y él las suyas, y ya no me consideraba una buena compañía, una persona con la que estaba dispuesto a compartir sus provisiones y a follar si podía. Seguramente llevaba meses esperando el regreso de la gente a su precioso valle natural, esperando la señal de que la civilización se estaba recuperando, con sus antiguas costumbres y sus preferencias tradicionales, y en lugar de eso se encontraba con una desertora, con alguien que se apartaba de las normas.

No intentó quitarme la idea de la cabeza. Creo que debió de darse cuenta de que estaba decidida. Había razones para que él solo hubiera visto a una persona viajando por aquella carretera desde hacía varios años, desde que se produjo el colapso. Yo sabía que podría haberme dicho más cosas si le hubiera dado la oportunidad; notaba que estaba desarrollando argumentos en silencio, o preparando insultos. Era evidente que tenía unas cuantas palabras exquisitas en

la punta de la lengua, detrás de los dientes pequeños y picados, pero yo las había oído todas. Secta. Grupúsculo. Aquelarre. Pensé que iba a soltar la bilis, a confirmar los peores rumores que ya circulaban sobre Carhullan antes, cuando seguía despertando la curiosidad y la condena de la gente. Los niños, la mutilación, otras prácticas atroces. También pensé que iba a frenar en seco y dejarme en la cuneta.

Pero la furgoneta siguió adelante por tramos de asfalto sin reparar, bajo la tromba de agua del otoño. Dominé los nervios, a la espera de lo que pudiera pasar.

Sin nadie que los podara, los setos estaban muy altos y extendidos. Las ramas invadían la carretera y arañaban la pintura de la furgoneta. Había zarzas por todas partes, aunque las moras estaban negras y muy pequeñas, como si hubieran madurado antes de tiempo, sin crecer lo suficiente, y se hubieran marchitado. Los rododendros empezaban a conquistar los campos en las zonas más bajas. Y vi una planta que no reconocía, una trepadora verde y gruesa que se enroscaba en los postes del teléfono y los troncos de los árboles.

Pasamos por una aldea en la que había alrededor de una docena de coches oxidados en los porches y los patios de las casas. Algunos estaban cubiertos con una funda que ondeaba con el viento, o atados con lonas de plástico, como si sus dueños confiaran en que algún día podrían recuperarlos, convertirlos en coches ecológicos o recibir alguna compensación. En Rith había cientos de coches inmovilizados en los aparcamientos de los antiguos supermercados, sin llaves, con las placas de matrícula anotadas en los registros de la Autoridad. Aquí parecía que la gente no se había fiado tanto, que no había querido desprenderse de sus bienes, verse privada de sus derechos.

Me fijé en los emblemas de marca al pasar por delante y me imaginé a la gente eligiéndolos en exposiciones y concesionarios. Pensé en los préstamos que habían tenido que pedir para financiarlos. En la normativa de airbags y cinturones de seguridad, en los equipos de música. Ahora todo eso parecía absurdo. En los jardines de las casas abandonadas, la hierba llegaba hasta las ruedas y ocultaba los tapacubos. Tenían moho en el parabrisas y los retrovisores colgando. La lluvia había corroído la pintura. Seguramente los motores se habían bloqueado con el óxido, incluso era posible que los ratones y los pájaros hubieran anidado entre los huecos y los ejes.

Todo había ocurrido muy deprisa, sin piedad, con la escasez y la subida de los precios, y poco después llegó la prohibición. No había salvación a gran escala, y

ahora ya nadie creía que fuera posible. Los coches se habían convertido en el inútil cascarón de una era privilegiada. Ni siquiera la producción conjunta de la Uncon y la New Fuel podía garantizar el suministro eléctrico, y mucho menos el transporte. La gente sencilla seguiría soportando privaciones. De repente me di cuenta de de dónde venía el mal olor de la furgoneta. De uno de los depósitos de combustible que se estaba agotando.

Me bajé del coche cuando el hombre redujo la velocidad, sin esperar siquiera a que parase. Abrí la puerta, salté y aterricé no sé cómo con la mochila en un montón de grava. Entonces frenó en seco y la furgoneta se detuvo a un metro de mí después de derrapar.

—¡Eres gilipollas! —me gritó—. Si crees que vas a estar mejor allí estás muy equivocada. No tienes ni puta idea. Dentro de una semana volverás con el rabo entre las piernas y me suplicarás que te lleve a casa. Te lo garantizo.

Yo ya había echado a andar. Me alcanzó, cerró de un portazo y se largó sin pensar en mi seguridad. Noté en su voz una nota de alarma casi histérica. Casi pensé que me tenía miedo. Por un momento me dio lástima. Había recogido a una mujer en la carretera, la había ayudado, y a cambio solamente le oía decir que iba a alistarse en un modo de vida en el que él no valía nada, en el que era tan inútil como esos coches superfluos. Yo no había coqueteado con él. No había demostrado el más mínimo interés, ni siquiera había fingido un poco para asegurarme el viaje. No hubo en nuestro encuentro nada que pudiera recordar después. Aunque quizá le bastara con la imagen de un cuerpo empapado por la lluvia.

Tirité. El aire era húmedo y fresco. Pero me alegré de haber bajado de la furgoneta. De repente vi una imagen de aquel hombre encima de mí, moviendo los muslos gordos y blancos, sujetándome los brazos y asfixiándome la boca, ciego e imparable en su deseo. Yo no era frágil, pero no habría tenido fuerzas para soportarlo. Lo sabía. No había calculado bien el riesgo de aceptar que me llevara. Probablemente llevaba años viviendo solo en la presa, cada vez más frustrado, con las facultades mentales congeladas por la soledad y los fluidos corporales espesándose día a día.

Sin embargo, con la misma rapidez con que me había venido esa imagen del forcejeo, llegó otra para sustituirla. Esta vez yo estaba de pie encima de él, aplastándole la cara con el talón hasta que se la reventaba como una masa de tuétano. Y la segunda imagen me pareció más clara; era la más convincente de las dos posibilidades, al menos en mi cabeza. Sabía que había hecho bien

dejando a Andrew, dejando la violenta organización de la ciudad, esa deprimente salvación en que se había convertido la administración del país.

La furgoneta se perdió de vista detrás de la maraña de frondas cerosas que bordeaban la carretera. Oí que el motor se calaba e intentaba arrancar como si tuviera flemas, como tosían los perros enfermos de la ciudad. Por fin oí que arrancaba, subía de revoluciones lascivamente y se alejaba protestando.

No le había preguntado cómo se iba a Carhullan. No necesitaba ninguna indicación. Vi enfrente la señal de Vaughsteele. Más arriba, la carretera se desviaba, al lado de una iglesia. Había memorizado el mapa antes de salir y llevaba las direcciones bien guardadas en la cabeza. Tenía que cruzar el pueblo y, al llegar a la última casa, continuar por una senda rocosa y subir poco a poco hacia los montes, unos siete kilómetros, hasta una bifurcación del camino. Luego tenía que pasar a la derecha de una finca que se llamaba Moora Hill y seguir subiendo otros cinco kilómetros hacia la cima del monte High Street, sin separarme de la antigua cerca de piedra hasta llegar a la puerta de Carhullan.

Había dejado el mapa en la caja de Andrew, debajo de la cama. No lo necesitaba. No tenía intención de volver.

Me quedé unos minutos en el pueblo. Estaba desierto, tal como esperaba. Las casas de pizarra oscura parecían frías y huecas como establos. Eran poco más que los materiales con que en su día se construyeron. Conocía ese pueblo relativamente bien. Cuando era pequeña, era un sitio muy popular entre los montañeros y los turistas, y había ido allí de excursión con mi padre. Entonces la escuela seguía funcionando, lo mismo que unas cuantas granjas que habían resistido las dificultades en el cambio de siglo. La gente del sur antes compraba casas aquí para pasar los años de jubilación a la sombra azulada de los montes.

Después de la crisis del petróleo, la zona se fue vaciando y abandonando poco a poco, como todas las demás, hasta que finalmente se dio la orden de evacuación. En la fachada de una casa alguien había escrito en letras rojas y blancas: *Imperio de Gran Bretaña*. Habían intentado llevarse la Cruz de San Jorge, que estaba retorcida y deformada. No sabía si fue un acto vandálico o la última demostración de lealtad del dueño de la casa antes de irse.

El ambiente era misterioso. No se veía humo en las chimeneas, no se oían voces en la puerta del bar, no había ropa secándose en los jardines. Aquella extraña planta trepadora llegaba hasta los tejados y estrangulaba las antenas de

televisión. Hacía años que no llegaban allí señales ni impulsos eléctricos. La zona no era prioritaria. Las parcelas de las casas estaban invadidas por matas y malas hierbas. Las grosellas, las verduras, el ruibarbo y la algarroba crecían a sus anchas, asaltando las tapias y enredándose entre las verjas y las pérgolas. Quien volviera a su antigua vida rural tendría que abrirse camino a machetazos para desbrozar la maleza que había crecido, confiada, hasta sepultar las viviendas en la tierra.

A pesar de que escampó un rato, seguía rodeada del agua que caía por las paredes y corría entre las piedras, buscando cauces más amplios a los que unirse. La luz húmeda y fuerte del sol me hacía parpadear. Iluminaba las largas briznas de hierba de la cuneta y arrancaba destellos en los tejados grises.

Me sonaban las tripas. Con la prisa por avanzar no me había parado a desayunar y solo había comido una barrita de proteínas en todo el camino. Busqué el reloj. Le había dado cuerda antes de salir. Eran las doce y media.

Andrew ya se habría despertado y dado cuenta de mi desaparición. No encontraría una nota. No le dejé ninguna. No podía explicárselo de ninguna manera. Ya no sentía la obligación de darle explicaciones. Y tampoco quería pedir disculpas o confesarle mi plan, y que me siguieran el rastro. La verdad es que no creía que se tomaran la molestia de buscar a una persona desaparecida, pero me preocupaba dirigir a la Autoridad hacia Carhullan y crear problemas a la gente de allí incluso antes de mi llegada. Si alguien se interesaba de verdad podía encontrarme a través del conductor de la furgoneta. Lo más probable sería que me borrarán de la lista, como a las demás personas desaparecidas. Me senté en un bloque de hormigón y saqué de la mochila una lata de pescado, el abrelatas y una galleta. Estaba a casi 50 km de la ciudad, demasiado lejos para volver en el día aunque quisiera. Ahora que estaba quieta, tenía la sensación de que todo aquello de lo que me había alejado me acechaba. Había dejado un marido y una vida que me garantizaba la supervivencia básica, a pesar de los sacrificios y las penalidades. Le había dado la espalda alegremente a la sociedad para convertirme en nada, en nadie. Tendría que haberme asustado, pero no me asusté.

En un primer momento, Andrew pensaría que me había tocado por sorteo hacer media jornada de más en el trabajo; se imaginaría que me había pasado al primer turno para conseguir más vales. O que había salido a dar un paseo, a deambular por la ciudad como hacía últimamente, a recoger arándanos en el monte Beacon, o champiñones, a buscar algo escondido en la ciudad, algo que

no pareciera destrozado y dañino.

A pesar de nuestras diferencias, Andrew me conocía bien. Sabía que estaba inquieta, que algo me consumía por dentro y que no soportaba la situación. Ya no era la mitad de la pareja que se aferraba al otro para superar esos tiempos horribles de miseria y hacinamiento. Era evidente que ya no disfrutaba del sexo y hacía mucho tiempo que no intentaba acercarme por las noches, ni siquiera le dejaba que me tocara. No paraba de preguntarme por qué no podía, qué me pasaba, y por qué era tan inflexible, por qué no ponía un poco de mi parte para mejorar las cosas, por qué no me olvidaba de los inconvenientes. Quizá pensara que estaba deprimida, como mucha gente, que no luchaba lo suficiente para sacar esa fuerza que a todos nos pedían conjurar, como una réplica del estoicismo del siglo anterior, de los años de la guerra, de los que tanto presumía el país. La verdad es que él había aceptado la situación pero yo no podía. Despreciaba el sitio donde vivía y el trabajo sin sueldo. Y había empezado a despreciar a Andrew.

Las cosas no siempre fueron así entre nosotros. Habíamos sido personas afines, dos estudiantes luchadores, convencidos de que todo podía ser mejor, de que era posible evitar el desastre. Íbamos juntos a la facultad en Solway City. Recuerdo que lo vi en el bar del Sindicato de Estudiantes: atractivo, con los rasgos muy marcados. A los dos se nos inundó el apartamento cuando fallaron las defensas del nuevo estuario y fuimos víctimas del primer gran escándalo de las aseguradoras: nos facilitaron un alojamiento provisional, en el mismo barrio. Y vimos en todos estos incidentes la coincidencia suficiente para acercarnos. Mi padre acababa de morir, y Andrew me ayudó a organizar el funeral. Me cogió de la mano y me consoló. Hablamos de irnos a Escocia y buscarnos la vida allí, pero al final volvimos a Rith. Yo entonces lo quería y me apoyé en él los años siguientes.

Cuando los conflictos se extendieron por otros países y la recesión terminó por alcanzarnos, me reconfortó compartir con él mis opiniones, formadas a medias, y verlas plenamente confirmadas por las suyas. Parecíamos unidos en la decepción, en la rabia y en la desconfianza del Partido Progresista reinventado, que había ganado las elecciones con la promesa de reformas y luego firmó un acuerdo con la Coalición del Petróleo. El fracaso de la política internacional era evidente. La guerra era geopolítica. No era nuestra batalla. Contábamos con la tecnología necesaria para desvincularnos de nuestros aliados, pero no había voluntad de invertir.

Protestamos. Fuimos a Londres y nos manifestamos delante del Parlamento. La multitud era tan grande que había gente aplastada y acabaron disolviendo la concentración con gases lacrimógenos. No paraban de enviar tropas. Los soldados que custodiaban los oleoductos volaban por los aires a diario. Mandaban más. Andrew dijo que la situación probablemente duraría años y que si lo llamaban a filas se negaría. Si hubiéramos sabido lo que se nos venía encima nos habríamos ido del país entonces. Aunque no sé adónde.

Mientras me comía la lata de pescado en el pueblo abandonado me acordé de un día que nos sentamos en la cima del Beacon. Los últimos rayos del sol, de un tono rojo oscuro, prendieron en el pelo de Andrew. Tenía la cabeza en llamas y los ojos encendidos de frustración mientras hablaba conmigo. Fue la noche en que el primer ministro se dirigió por última vez al país antes de presentar su dimisión. El Partido Progresista se había dividido un año después de ocupar el gobierno, y de las cenizas de su nueva imagen resurgieron doctrinas antiguas. Pero yo sabía que algo había cambiado, que algo estaba muy mal. Había un clima de inquietud en la ciudad, como si el mundo girara cada vez más deprisa y estuviera ligeramente fuera de control. Andrew tenía la frente arrugada. Parecía el doble de mayor.

—Nos han condenado a la dependencia y a la ruina —dijo, lanzando una piedra al aire y mirándola caer entre los matorrales de la ladera—. Y ahora que Powell controla el partido ya no hay salida. Es un hombre peligroso. De la vieja guardia. Un fanático con sed de poder.

Por aquel entonces no parecía asustado ni intimidado por la gravedad del desastre inminente, ni siquiera cuando se hundió la Bolsa, las empresas quebraron en cadena y la gente se quedó sin trabajo; ni siquiera cuando el país empezó a tambalearse hacia el colapso. Lo veía arder de indignación por lo que estaba pasando, con una furia que parecía casi tangible, casi mía. Yo era joven. Buscaba en Andrew encontrar una razón, una voz. Se ponía hecho una furia cada vez que el gobierno tomaba una nueva medida y le echaba la culpa de todo: de agravar el conflicto en el extranjero, de los nuevos frentes en China y Venezuela, de la crueldad de los bancos, de los apagones, las deportaciones, los supermercados vacíos y el cierre de los hospitales. Estaba en contra de las medidas extremas que se estaban aplicando para administrar la crisis. Decía que el plan de recuperación a diez años vista no era más que una estratagema para tener a la gente controlada y desviar la atención. La creación de la policía militar fue el colmo para él. Eso era antipatriótico. Un ataque de la Autoridad contra los



derechos de la ciudadanía.

Cuando se tomó la decisión de suspender las elecciones generales se abrieron las puertas del infierno. Me dijo que me quedara en casa y salió a la calle con un grupo de hombres. Estuvo lanzando piedras contra los cristales del Ayuntamiento y subió con la multitud hasta las oficinas del castillo, con un palo escondido en la espalda. La policía disparó con munición real. Asesinaron a cinco personas. Lo mismo ocurrió en otros pueblos y ciudades. Nadie podía hacer nada.

Andrew volvió a casa y se quitó la camisa para enseñarme la herida. Recuerdo que le palpé con cuidado la zona hinchada y roja. Tenía coágulos de sangre por debajo de la piel. Parecía que le hubiera picado un animal marino. Fue entonces cuando vi la desesperación en sus ojos por primera vez: «Creo que esto se acabó. No hay vuelta atrás», dijo. Yo apenas podía creerlo. Había llegado la aterradora hora de la verdad: todo se estaba desmoronando completamente; era irreparable. Las libertades que habíamos conocido se abolieron sin que pudiéramos hacer nada para impedirlo.

Esa noche, en la cama, se apoderó de nosotros una pasión furiosa y temeraria. Andrew tenía un gesto de dolor y me pedía continuamente que le hiciera daño con las manos y con la boca. No utilizamos anticonceptivos, aunque sabíamos lo que nos pasaría si me quedaba embarazada. Tal vez fuera la última protesta que nos quedaba. A la mañana siguiente decidimos casarnos, para protegernos todo lo posible. Formábamos un buen equipo. Nos cuidaríamos mutuamente. Las leyes cambiaban muy deprisa. Nuestros derechos se evaporaban y era imposible saber en qué terminaría todo.

Intentamos que nuestra habitación del adosado compartido en Rith resultara lo más cómoda posible. No teníamos con qué decorarla ni había muebles que comprar, pero colgué las fotos que guardaba de la universidad y puse en la cama la colcha de bodas de mi madre. Nos dieron un permiso de trabajo y un empleo: a él en la refinería y a mí en la planta de la New Fuel. Nos arreglamos con lo que teníamos.

Cuando recibí la notificación para presentarme en el hospital, Andrew fue todo lo amable y comprensivo que pudo, me dijo que era completamente injusto y que seguramente sería temporal. Cancelé la cita dos veces, con el pretexto de que estaba enferma. La tercera carta venía con un sello rojo en el sobre. Me la entregó un supervisor al que reconocí. Habíamos ido al mismo colegio. Se llamaba Tye y era el capitán del equipo de fútbol. Llevaba el uniforme de la

Autoridad, azul oscuro, sin cuello. Me entregó el documento sin decir palabra.

Seis semanas más tarde fui a la clínica de Rith para la intervención. En la recepción me tomaron las huellas dactilares y me dieron una bata de algodón. Esperé en una sala con otras doce mujeres de distintas edades. La más joven tenía alrededor de dieciséis. Parecía aterrorizada y cada dos por tres sorbía por la nariz y se limpiaba. Pensé que probablemente ni siquiera había llegado a acostarse con alguien. Nadie hablaba. Vino una enfermera y nos explicó rápidamente lo que iban a hacernos. Nos enseñó un modelo del dispositivo. Era de cobre, del tamaño aproximado de una cerilla, con dos hilos colgando. Señaló los hilos y nos dijo que eran más largos que los de los dios antiguos, para facilitar los controles vaginales que nos harían periódicamente con el fin de comprobar que seguían en su sitio, no necesariamente en la clínica. Entonces no entendí qué quería decir. Más adelante supe que la Autoridad hacía controles aleatorios, que los supervisores a veces pedían a las mujeres que les enseñaran el dispositivo en la parte trasera de los coches patrulla.

La enfermera envolvió el dispositivo con el puño, para representar el útero, y nos sonrió. Dijo que las reglas serían más fuertes después de la colocación, y puede que algo más dolorosas. Pero no había nada de que preocuparse. Y se fue. Poco después me llamaron por mi número. Dos de mis compañeras me miraron cuando me levanté, como si mi expresión pudiera marcar la pauta de su experiencia personal. La intervención duró diez minutos. Fue un médico el que entró en el quirófano, se puso unos guantes y me preguntó si prefería que me atendiera una mujer, aunque dijo que no había ninguna disponible. Me tumbé sobre una sábana de papel y me arrepentí de no haber tomado un analgésico por la mañana, como me recomendaron otras mujeres que ya habían pasado por eso.

Volví a casa con náuseas y retortijones. La presión en el cuello del útero no se me quitó en toda la tarde. Intentaba pensar en otra cosa, pero me sentía fatal. Me clavaba continuamente las uñas en las palmas de las manos y tenía que sacudirlas cada pocos minutos para relajarlas.

El turno de Andrew no terminaba hasta última hora de la tarde, así que me senté en el patio al sol. Hacía bochorno. Había alerta de radiación ultravioleta pero no le hice caso. Solo pensaba en el médico que me había frotado por dentro con un lubricante frío antes de introducir el espéculo para instalar el dispositivo con la eficacia con que un ganadero marca al ganado con una chapa en la oreja.

Me quedé mirando las macetas de plástico en las que había intentado cultivar calabacines y judías el verano anterior. No habían brotado, y la tierra parecía

removida en algunas partes, como si algún animal hubiera estado escarbando. Había visto ratas desde las ventanas de arriba, correteando por la pared. El patio se llenó de sombras al final de la tarde. Lamenté una vez más que no hubiéramos solicitado una parcela, que no nos hubieran asignado una casa con un jardín de verdad, pero la lista de espera era larguísima y había muy pocas viviendas disponibles para los civiles. Parecía imposible.

Cuando volvió del trabajo, Andrew me preguntó si me encontraba bien y si podía verlo. Entramos, cerramos la puerta de nuestra zona de la casa y me quité los pantalones. Me senté en la cama y me abrió las piernas con delicadeza. Notaba toda la zona inflamada. Me había limpiado con una toalla después de la intervención, pero hasta esa noche no tuvimos agua caliente para lavarme como es debido. Aún tenía restos de aquella gelatina transparente. Era una sustancia brillante, y me pareció insoportablemente resbaladiza cuando Andrew me acarició con el pulgar.

—¿Qué notas? ¿Te resulta incómodo? —Estaba arrodillado delante de mí. Me encogí de hombros, negué con la cabeza y aparté la mirada—. Sigues siendo la misma. Tan guapa como siempre. Eso no pueden controlarlo, ¿verdad que no? — Me estaba acariciando suavemente. Yo quería que se estuviera quieto. La experiencia había sido demasiado traumática y seguía sangrando un poco, pero nunca nos decíamos que no.

Noté que me metía el dedo corazón. Intentó hacerlo despacio y con cuidado, pero el lubricante facilitaba los movimientos, y se le escapó un murmullo de sorpresa y excitación. Yo había cerrado los ojos.

—¿Te gusta? —me preguntó. Y oí el ruido húmedo que hacía con los dedos al retirarlos y meterlos de nuevo.

Empezó a respirar con más fuerza.

—¡Joder! Lo siento, solo quiero estar dentro de ti. ¿Puedo? A lo mejor te ayuda a olvidarlo. Vamos. Lo haremos como siempre. —Se inclinó para besarme y se bajó la cremallera de los vaqueros—. Ven —me dijo. Y me cogió una mano para llevársela a la entrepierna. Estaba empalmado y, al cogérsela, noté cómo se concentraba la sangre debajo de la piel tensa. Se acercó un poco más, arrastrando las rodillas.

La enfermera nos había aconsejado esperar veinticuatro horas, pero después de las manos del médico y el mordisco del espéculo cualquier prohibición parecía superflua.

—Ah, sí, qué bien —susurró, mientras me penetraba—. ¡Qué húmedo está!

—Y vi, por la cara que puso, que la sensación era mucho más intensa de lo normal. Tenía la boca abierta, la mirada perdida y un gesto de súplica.

No se movió demasiado, como si temiera hacerme daño, pero yo me sentía de todos modos en carne viva. Se corrió enseguida y con más fuerza que nunca. Cuando se apartó, noté que el líquido tibio me mojaba los muslos. Me abrazó, jadeando, y luego tensó el cuerpo como si fuera a correrse otra vez. Me metió el pulgar y empezó a frotarme, pero le dije que no.

Cuando volvió la luz me preparó un baño y dijo a la familia con la que compartíamos la casa que necesitaría más tiempo que otros días.

—Ha tenido un día duro —oí que les decía—. Ha estado en la clínica. —Y esa noche estuvo muy atento conmigo, muy cariñoso. Hacía meses que no lo veía tan feliz. Pero eso no iba a durar.

Las condiciones eran duras para todos. La vida había cambiado en todos los aspectos y costaba adaptarse. Estábamos desmoralizados, resentidos, sometidos a humillaciones y sufriendo la escasez de alimentos. Era fácil encontrar una mínima sensación de felicidad, cualquier narcótico barato disponible para sobrellevar las dificultades y olvidar lo que habíamos sido en otro tiempo. En los barrios más pobres la gente tomaba drogas blandas: ketamina y chutes de silverflex que les destrozaban las mandíbulas. Se contagiaban la sífilis, y en las clínicas tenían que extirpar tumores genitales a los que abusaban demasiado tiempo de los tranquilizantes para animales. Casi no había dinero y el poco que había parecía inútil. La gente comerciaba con su cuerpo, con sus pertenencias, solicitaba préstamos a largo plazo.

Esto no es Inglaterra, decía todo el mundo. Esto es una especie de pesadilla de la que pronto despertaremos. Las sobredosis y los suicidios aumentaban sin parar. Cada vez que ocurría uno en Rith, y en las fábricas no se hablaba de otra cosa, Andrew y yo subíamos al Beacon y nos cogíamos de la mano. A nosotros no nos pasará, decíamos. Éramos más fuertes. Nos las arreglaríamos bien.

Pero año tras año veía que Andrew estaba cada vez más cansado, que era cada vez más práctico y reducía el mecanismo básico para seguir adelante. O puede que simplemente perdiera la fe y la fuerza para resistir, al comprender lo cerca que habíamos estado todos de vivir algo mucho peor que la existencia crítica a la que nos habían condenado. Con el tiempo se fue volviendo menos categórico en sus protestas. Ya no se encendía de rabia cuando hablaba de las directivas de la recuperación. Quizá el gobierno había hecho lo único que podía hacer para impedir que el país se rompiera en pedazos, decía, y yo empecé a

preguntarme qué había sido del Andrew de antes. Las reuniones de la oposición en las casas abarrotadas le preocupaban más de lo que le interesaban. Los portavoces eran unos impostores fantasiosos y sin el menor sentido de las soluciones económicas, decía; solo sabían quejarse y lanzar ideas contrarias. No quería exponerse a tantos gérmenes y caer enfermo. Dejó de ir. En vez de eso, se iba al bar que estaba cerca del castillo, donde se reunían a beber los supervisores en su tiempo libre.

Trabajábamos, dormíamos como troncos y Andrew me buscaba por las mañanas. Decía que el sexo era uno de los pocos placeres que nos quedaban; que era agradable sentirme sin barreras. Se comía sin protestar los dados de carne y de fruta de las latas que llegaban de Estados Unidos. Con el tiempo renunció al pequeño placer ritual de quemar las etiquetas en la estufa de hierro fundido de nuestras habitaciones, como antes hacíamos juntos. Cuando lo ascendieron a encargado en la refinería me pareció que lo agradecía, y me dijo que todo lo que no fuera comprometerse con la reconstrucción del país era una locura. En cuanto recuperásemos la estabilidad recuperaríamos también las libertades perdidas. «Podemos amargarnos —dijo—. O podemos aceptarlo y seguir adelante.»

Cuando le oí decir eso tuve que morderme los labios y mirar a otro lado. Sentí una furia que surgía de lo más hondo.

—¿Quieres decir que este país es femenino y por eso lo han jodido? —Y la taza que tenía en la mano izquierda estalló contra la pared con una fuerza quebradiza. Andrew la esquivó y cerró los ojos mientras los pedazos le caían por encima. Antes de que pudiera recuperarse del susto o responder yo había salido dando un portazo.

Estuvimos meses enfadados, discutiendo. Nuestras conversaciones se torcían por cualquier cosa. Quién no había anotado «té» en la lista mensual de las provisiones. Quién se había tomado la última tableta de vitaminas o el último suplemento omega. Quién no entendía la importancia de tal principio o tal necesidad política. Veía que me consideraba ingenua, cabezota, demasiado alterada para recuperar mis facultades. En la cama intentaba negociar y llegar a un acuerdo físico, como si con eso pudiéramos seguir funcionando juntos, como si yo pudiera separar mi mente de mi cuerpo para que él siguiera comunicándose con el uno ya que no podía con la otra.

—Podemos pedir antidepresivos —dijo—. Los están trayendo de Estados Unidos y quizá pueda mover algunos hilos en el trabajo para pagarlos.

Pero en el fondo tenía que darse cuenta de que yo no estaba deprimida. Tenía

que ver que lo que me pasaba era algo más que una simple reacción química a la situación que estábamos viviendo. La mía era una enfermedad distinta. No me sentía angustiada ni apática. No quería drogas ni aturdimiento de la conciencia. Sabía que todo era un desastre. Lo veía. Lo sentía. Aunque de momento no había encontrado la voz con que exponer mis argumentos. Seguía agazapada dentro de mí, en alguna parte, sin poder expresarse y cada vez más furiosa.

Rebañé las últimas hebras de atún de la lata con las uñas y me terminé la galleta. Era una comida muy seca y me había bebido la mitad de la cantimplora. Había hecho bien en llenarme de líquido, aunque aún me quedaba un largo camino por delante. Rellenaría la cantimplora en un arroyo cuando estuviera un poco más arriba, en las montañas. Era lo que hacía siempre cuando iba de excursión con mi padre, y me encantaba sentir en los labios ese torrente frío y mineral. Llevaba años sin ir por la zona, pero no había olvidado sus sabor, fresco, con un toque ligeramente salado a musgo y arenisca.

Despegué la etiqueta de la lata y me quedé un rato mirándola. Era de la marca Benditos Amigos. La bandera británica y la estadounidense ondeaban de la misma asta en dirección contraria, y al lado de los ingredientes había una oración impresa: *Señor, líbranos de las fuerzas del mal, bendice nuestra sagrada libertad y haz que quienes viven en las tinieblas encuentren tu luz. Dios salve al rey.* Rompí el papel en trocitos pequeños y dejé que el viento se los llevara de la palma de mi mano. Llevaba un par de latas más en la mochila, de sardinas y de melocotón en almíbar. Odiaba esas provisiones enlatadas de las que dependía el país. Siempre estaban demasiado dulces o demasiado saladas. Cuando se terminaran esas latas no tendría que volver a comer ningún producto importado y enriquecido. No volvería a alimentarme con nada que se me atragantara.

Puede que Andrew descubriera la verdad al despertarse: que tantos silencios, tantas tensiones, terminarían en algo así. Que había algo más que enfado por las imposiciones legales, las condiciones de nuestro alojamiento y el dispositivo intrauterino que me habían puesto. Se acordaría de todas las discusiones, igual que yo me estaba acordando, y oiría como yo el eco de los gritos que dábamos.

—¿Para qué coño quieres traer a un bebé al mundo con todo este desastre, aunque te tocara en el sorteo? —preguntaba cada vez que me oía protestar por los alambres, finos como un pelo, que llevaba entre las piernas; cuando decía que ojalá pudiera tirar de aquel chisme y librarme de él—. Lo que quiero decir es

que no veo dónde está el problema. Sigues siendo joven. Esto no durará eternamente.

—No lo entiendes, ¿verdad? —decía yo—. Porque no te pasa a ti. A ti nunca te pasa.

—¿Nunca me pasa qué? ¿Te refieres a los hombres? ¡Sabes que es una cuestión puramente práctica! No hay ninguna conspiración. ¿Por qué no te concentras en las cosas importantes de verdad? ¿Por qué sales a dar vueltas por ahí, en vez de ofrecerte voluntaria para hacer horas extras y conseguir alguna ventaja? ¡Qué puta mierda! ¡El país se rompe en pedazos y tú estás obsesionada con tu derecho a la maternidad! ¿Es que no sabes distinguir las prioridades?

Yo intentaba explicar mi punto de vista, que mis quejas eran legítimas, pero no lo conseguía. Creía que si tuviera un poco de espacio para pensar con claridad sabría encontrar las palabras idóneas para convencerlo, para desviarlo de la dirección que estaba tomando. Pero Andrew era incapaz de comprender mis quejas, insignificantes en comparación con problemas mucho más graves. Y, en cierto modo, me daba cuenta de que él tenía razón. Había prioridades incuestionables. Todo estaba en juego. A veces empezaba a dudar de mi cordura.

Todos los días, cuando me despertaba, me decía a mí misma que tenía que concentrarme en ser optimista. Pero me sentía como un animal acorralado, con ganas de arañar y atacar. A veces, Andrew me sorprendía mirándolo y me preguntaba por qué lo odiaba tanto. Yo no tenía respuesta. Al final, aparte de las conversaciones prácticas sobre los horarios y las provisiones, no hablábamos nunca. No le hice más confidencias y dejé de provocarlo. Él no intentaba tocarme. Y así vivimos en un estado de paz infeliz. Cuando me paró la patrulla en un control aleatorio, después de que me dejaran marcharme, subí a la cima del Beacon y me pasé la noche sentada en la torre, abrazándome las rodillas y oyendo los ladridos y los aullidos de las manadas de perros asilvestrados. Al volver a casa por la mañana no dije nada. Andrew se levantó de la silla en la que estaba sentado, esperándome, me apartó de un empujón y se fue a la refinería.

Puede que esta mañana, pensé, alguna intuición le haya indicado que nuestra parte de la casa estaba más tranquila y oscura que de costumbre, como cuando una persona se marcha. Preguntaría a la otra familia si me habían visto y le dirían que no. En algún momento abriría el cajón del escritorio que compartíamos y lo encontraría vacío, con olor a madera y polvo en los rincones. Y entonces se daría cuenta. Quizá pensara que me había ido a otra casa del sector. Nunca le había hablado de las mujeres. Incluso aunque hubiera registrado

mis cajas de provisiones en algún momento, antes de que me fuera, y hubiera visto los recortes y las fotos antiguas de Carhullan, no lo relacionaría con mi desaparición. Pensaría que era un salto demasiado grande para mí.

Esperaría un par de días, por si acaso regresaba, sin contárselo a nadie, y, si en la fábrica preguntaban por qué no había fichado, diría que estaba enferma. Es posible que aún quedara algo de nuestra antigua lealtad. Pero después tendría que tomar decisiones difíciles, decidir cuándo denunciar mi desaparición, cuándo compartir la casa con alguien y cuándo solicitar que borrarán mi nombre del registro civil, con lo que perdería el derecho a trabajar, tener un alojamiento o ser madre. Me convertiría en extraoficial.

Me levanté del bloque de hormigón y eché un vistazo alrededor del pueblo. Cuando me puse en marcha, algo del tamaño de un gato se escabulló en la zanja que estaba más cerca de las casas: un zorro o un tejón, no estaba segura. De repente me fijé en que los setos y los árboles estaban llenos de pájaros. No cantaban, pero de vez en cuando alguno salía revoloteando de las ramas y volvía enseguida. Tenían los ojos amarillos y el pico rojo. No los reconocía. Carretera adelante había dos maletas tiradas y abiertas. Me acerqué. Estaban vacías, con restos de hojas y basura arrastrada por el viento. Me desconcertaron las maletas. Intenté imaginar a la última persona que se marchó del pueblo y la escena que se había vivido allí. Era posible que los supervisores de la Autoridad estuvieran apostados en la carretera, hostigándola. Quizá le dijeran que llevaba demasiadas cosas, que intentaba salvar demasiados recuerdos de su antigua vida. Quizá hubiera un altercado, una discusión, y tuviera que abandonar o entregar sus objetos personales. No era infrecuente oír que los supervisores confiscaban todo lo que los civiles llevaban encima para venderlo en el mercado negro.

Habían desmontado las puertas de la iglesia, probablemente para quemarlas, y el vano gris en forma de arco se adentraba en la nave como un túnel. No entré. No tenía sentido. Seguramente hacía mucho tiempo que se llevaron los bancos y los utensilios de peltre, que los desmontaron, dividieron o reciclaron, la Autoridad o los vecinos de mentalidad práctica. Además, yo no habría podido llevarme algo tan grande y voluminoso. Pero me daba igual. No iba con las manos vacías.

El fusil era de mi padre. Sabía dónde lo había enterrado veinte años antes, en el jardín de su casa de la zona norte de Rith. Nunca tuvo licencia de armas;



solamente lo quería para hacer puntería con las macetas o disparar a los cuervos que venían a comerse sus semillas. Recuerdo cómo alineaba la mira y apretaba el gatillo, el chasquido de las balas y el retroceso del hombro al disparar, apenas un centímetro, como si recibiera un puñetazo. Me había dejado cogerlo, sujetándolo de la culata para aligerar el peso. Había disparado un par de veces, y me pareció como si se me saliera el corazón por la boca.

—Serías un buen soldado, diablilla —me decía—. Un, dos, tres. ¡Atención!

Yo tenía nueve años cuando se decretó la amnistía de las armas. Recuerdo que hubo un tiroteo muy raro en un colegio de Manchester. Una madre entró en un aula mientras su hijo estaba en clase de matemáticas. Lo saludó y empezó a abrir fuego. Mató a ocho niños y a un profesor antes de pegarse un tiro debajo de la barbilla. Nadie sabía por qué lo hizo. Vi por la tele cómo sacaban los cuerpos del colegio, en bolsas de plástico negras. Un año más tarde volvieron a prohibir las armas.

En el informativo de la noche calcularon en unas veinte mil las armas que los ciudadanos británicos tenían que entregar a la Autoridad.

—Veinte mil menos una —contestó mi padre, guiñándome un ojo desde su butaca. Dijo que iba en contra de la tradición y que no estaba dispuesto a participar en políticas blandas.

—¿Te detendrán y te meterán en la cárcel? —pregunté. Pero se echó a reír y dijo que ni de coña.

Envolvió el rifle en trapos sucios, lo guardó con diez cajas de cartuchos en un estuche de acero y lo enterró al lado de sus puerros.

—Nunca se sabe cuándo puede hacernos falta, pillina —me dijo, mientras lo miraba cavar. Se apoyó un momento en el mango de la pala y se quedó observándome—. No hay que confiar siempre en los que mandan. Eso es una de las cosas que los yanquis supieron entender. Has estudiado historia en el colegio, ¿verdad? Pues verás. Imagínate lo que habría pasado si la Guardia Nacional hubiera entregado las armas y los alemanes nos hubieran invadido al final. Habríamos tenido que luchar con hachas y palos de escoba, como en el medievo, mientras nos arrollaban con los tanques. Tu bisabuelo lo sabía. Este fusil era suyo. Estuvo en Osterley. —Sonrió y me acarició la cabeza—. Ven, ayúdame a levantar este terrón.

Recuerdo a mi padre con mucho cariño. Era un hombre bueno, y este acto de rebeldía excéntrica se me quedó grabado. Mi madre no vivió lo suficiente para verme apuntar a los cuervos en la tapia del jardín. Me alegré de que mi padre se

librera de la guerra siguiente, diez años más tarde, porque no estaba bien de los pulmones; de que no presenciara la decadencia de su orgulloso país. Sabía que no habría podido soportarlo. Los mayores fueron los que peor lo pasaron. Sus padres habían sufrido guerras y crisis, pero la generación de mi padre solo había conocido la estabilidad, los electrodomésticos y la abundancia de mercancías. Para ellos fue una locura tener que abandonar sus hogares, alimentarse de comida enlatada en lugar de los productos frescos que llegaban de todo el mundo y aceptar que su país ya no era más que una colonia dependiente.

Se murieron muy deprisa después de haber llevado una vida próspera. El sistema sanitario se vino abajo. Las epidemias arrasaron los barrios en pueblos y ciudades. La agresividad de los nuevos virus se resistía a cualquier tratamiento. Los que no caían enfermos se apagaban poco a poco. Fue como si, uno a uno, tomaran la decisión de que el presente y el futuro eran propuestas intolerables. Y puede que tuvieran razón.

Nunca me olvidé del fusil de mi padre. Me hacía recordar a mi padre en el jardín, en bata y zapatillas, agachado para apartar a los caracoles de sus tomateras, viendo películas sin parar en la televisión por satélite, con un cigarrillo entre los dedos. Me recordada a otra época, a un tiempo mejor. No sabía si encontrarían el arma cuando la casa volviera a manos del Ayuntamiento y se la adjudicaran a otra familia, pero siempre que pasaba por delante veía el jardín descuidado, invadido por las malas hierbas. Al final cerraron la casa, la abandonaron como todas las que quedaban fuera de la zona habitable de Rith, y se convirtió en un vertedero.

Sabía que Andrew tardaría bastante en llegar a casa. Esperaban la llegada de un suministro de querógeno de los puertos del sur a lo largo de esa semana, y él tenía que supervisar la manipulación de la sustancia. Cuando terminé el turno en la fábrica, subí por el monte hasta la casa en la que había vivido de pequeña. Las estrellas empezaban a encenderse y a parpadear, pero en la ciudad había muy pocas luces, como si la vida en ella se hubiera extinguido. Solamente en los barracones de la Autoridad, en el castillo, se veía el leve resplandor de los generadores auxiliares. El suministro eléctrico no volvería hasta las seis de la mañana, y mientras tanto la gente tendría que arreglarse con velas y lámparas de energía solar.

El jardín estaba destartalado y lleno de maleza. Cubierto de basura. En la entrada había montones de electrodomésticos, sillas y fardos de papel hinchados por la lluvia, los residuos de las casas venidas a menos o desocupadas. Cerca de

los montones había un cadáver de un perro en descomposición. Tenía el hocico empapado y podrido, las mandíbulas petrificadas en el gesto de un gruñido. Había perdido los ojos y el pelaje. Tenía la panza distendida y un montón de gusanos retorcidos debajo de la cola. Me quedé a su lado hasta que el olor que desprendía se me hizo insoportable y tuve que apartarme.

Los tablonés del cobertizo de madera donde guardábamos los trastos, al fondo del jardín, se estaban separando, y las paredes se inclinaban hacia dentro como un inestable castillo de naipes. La puerta estaba abierta. La caseta se había llenado de latas y botellas de plástico. Aparté el montón con el pie y encontré una paleta. Empecé a cortar la maleza del borde de lo que había sido nuestro huerto y arranqué los terrones con las manos. Había bulbos muertos y raíces de plantas ahogadas, sepultadas debajo de la tierra. Únicamente el manzano había dado frutos, y el suelo estaba lleno de globos heridos a sus pies.

La caja seguía allí, ligeramente torcida y descolorida por la humedad de la tierra. Por primera vez desde hacía semanas me sentí optimista. «Gracias a Dios por Osterley, papá», me oí decir. La desenterré y empecé a dar golpes en la tapa con una piedra hasta que se abrió por la fuerza. Retiré los trapos. El mecanismo parecía un poco oxidado, pero no estaba demasiado mal.

Tendría que haberme asustado del fusil. Sabía que el riesgo que afrontaba guardándolo en casa era muy alto, aunque fuera por poco tiempo. Era más que un acto de desobediencia civil. Las denuncias por robo y violación normalmente se castigaban con poco más que una amonestación; el sistema penitenciario solo podía gestionar los delitos más graves. Ni siquiera los traficantes y los vendedores del mercado negro se exponían a ir a juicio. Pero las armas estaban prohibidas. Cualquier tipo de arma se consideraba indicio de rebelión, un ataque directo a la Autoridad y la seguridad del país. A veces disolvían las reuniones de la oposición, cuando se daba un chivatazo, y registraban a todos los presentes. Los apaleaban pero no los detenían. Nadie era tan idiota como para llevar un arma encima.

Ser detenido significaba entrar en un sistema desconocido. En la fábrica corrían rumores de que había un centro de detención en una de las ciudades industriales del sur, en Warrington o Lancaster, donde internaban a los culpables de delitos graves. Decían que los ejecutaban, pero no había manera de saber si era cierto. Los informativos de radio y televisión se censuraban. Era imposible verificar en qué se había convertido la estructura del gobierno, si se había vuelto impenetrable o se había desintegrado por completo y lo que ahora existía era otra

cosa.

Estaba al corriente de todo esto, pero saqué el arma de la caja, le limpié la grasa y me la guardé en la bandolera. Rellené el agujero y me quedé mirando la tierra removida. Luego cogí dos palos y volví a los montones de basura. Pasé los palos por debajo del cuerpo pestilente del perro. Aguanté la respiración mientras lo levantaba y lo llevé al agujero que había cavado. Los ojos eran un túnel hueco que miraba al vacío; el cuerpo, poco más que un pellejo podrido. Dejé la paleta en el cobertizo y volví a casa al abrigo del crepúsculo.

La mujer de la familia con la que compartíamos la vivienda estaba en la puerta cuando llegué. La asusté al acercarme, con la bolsa colgada al hombro. Se llevó una mano al cuello y me pidió disculpas por haber gritado. En la otra mano tenía un paquete de cigarrillos y un mechero. Me los enseñó y dijo:

—Los he estado guardando para un momento de necesidad. Creía que esta semana tenías turno de día. Te oí salir esta mañana. Pum, pum, pum y un portazo.

Me encogí de hombros. Quería entrar antes de que volviera la luz, para no tener que enfrentarme a la observación de las bombillas. Moví la bolsa un poco hacia la espalda. La vecina estaba angustiada por algo y no se daba cuenta de que me cerraba el paso. Bajo aquella luz gris, vi que tenía un gesto alterado y tenso, aunque estaba muy erguida.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté. Resopló y negó con la cabeza.

—Nada. ¿Qué voy a hacer? De momento no puedo preparar la cena, a menos que comamos algo frío. No he podido enterarme de qué pobres desgraciados han ganado la lotería. Odio esta hora del día. Me vuelve loca. A veces no me lo puedo creer. A veces me gustaría que nos lanzaran una bomba. Que nos ahorraran todo este sufrimiento. ¿Tú no piensas lo mismo? —Me miró y volvió la vista hacia el callejón de enfrente—. Me gustaría no acordarme de cómo eran las cosas. Íbamos a Portugal todos los años. Viajábamos en avión. —Se rio con amargura y empezó a toser. Sacó un cigarrillo, con un movimiento brusco, y lo encendió.

Sentía una momentánea oleada de simpatía y ganas de hacerme amiga suya, de confiar en ella y contarle mis planes, que no había sido capaz de contarle a Andrew. Nunca habíamos hablado de nada importante desde que se instaló allí con su familia. Los oía través de las paredes: murmullos de conversaciones, voces que subían y se callaban, ataques de tos por la mañana y por la tarde, y los ruidos que hacían en la cama, los de él más fuertes que los de ella. En el baño

que compartíamos, las huellas de sus pies se mezclaban con las nuestras en la bañera; sus pelos se amontonaban en los bordes de esmalte y atascaban el desagüe.

Algunos vecinos del barrio se habían conformado con la situación de la mejor manera posible, renunciando a la intimidad y dejando las puertas abiertas como si fueran una gran familia feliz. En nuestra casa las puertas siempre estaban cerradas. Apenas sabía cómo se llamaban mis vecinos. Los tenía muy cerca, eran presencias familiares, pero eran extraños.

Sabía que era absurdo tratar con espontánea camaradería a aquella desconocida, y abandoné la idea casi al instante. Pensé que se me había ocurrido porque era consciente de adónde me iría pronto y estaba llena de esperanza. Pero tenía que ser discreta. Nadie debía enterarse.

La vecina volvió a mirarme con fastidio.

—No pasa nada. Es solo que estoy de mal humor —dijo—. Resulta que tengo tuberculosis. Esa nueva cepa tan mala. Sí. Seguramente me pondrán en cuarentena y los niños tendrán que conformarse con su padre. Dicen que hay algunos fármacos que ayudan. Pero yo sé que no es verdad. Además, no tengo dinero. ¿Quién coño lo tiene? Eso sí, me han dado esto: ¡como si sirviera de algo! —Buscó en el bolsillo del abrigo y sacó una tarjeta religiosa. La tiró al suelo y puso los ojos en blanco—. No soporto estas casas victorianas. Aunque podría ponerme un corsé, dormir en la carbonera y terminar con todo, ¿verdad?

Dio una calada al cigarrillo. Le dije que lo sentía, le di las buenas noches y entré en el dormitorio. Guardé el fusil en el armario, asegurándome de esconder bien el cañón con el abrigo. Dejé la caja de cartuchos debajo de la cama, al lado de un montón de revistas. Era un rincón demasiado pequeño para ocultar nada, pero no tenía otra alternativa.

Me pasé el resto de la semana paranoica. Cada vez que Andrew entraba y abría la cama, me imaginaba que daba un puntapié a los cartuchos sin querer y los desperdigaba por toda la habitación. No podría negar que sabía que estaban ahí. Teníamos muy pocas cosas y todas estaban justificadas. Las noches siguientes me despertaba sobresaltada cada hora y alargaba el brazo para tocar la caja, para comprobar que estaba a buen recaudo, y rezaba para que Andrew no la encontrase.

Por fin estaba lejos de todo eso, a salvo de descubrimientos y explicaciones. Estaba sola. No habría sabido explicar lo segura que me sentía, en aquel pueblo desierto del Distrito de los Lagos, si es que hubiera habido alguien para

escucharme. Todo estaba envuelto en el eco del silencio y de la ausencia de vida humana. No había ni un alma, y eso me gustaba. Hacía mucho tiempo que no tenía esa sensación. Ni siquiera cuando subía al Beacon, porque veía a la gente en las calles de Rith y sabía que estaban cerca. Pero en ese momento respiraba un aire que nadie más compartía. Había dejado de ser cómplice de una vida miserable y regulada. Ya no era una súbdita estéril.

Estando allí, delante de la iglesia destripada, en la carretera mojada y desierta, me sentí invulnerable. Noté que me invadía una serenidad desconocida, me sentía segura en mi propia compañía. Aparte del viento entre los árboles y los regueros de agua, no había más ruidos que los chasquidos animales que hacía yo con la lengua y el roce de mis botas en la tierra al cambiar de posición. Era consciente de mi presencia cálida en el entorno, de mi piel habitada, de mi ser. Volvía a sentirme yo, un yo perdido hacía mucho tiempo. Recordé que había tenido la misma sensación en aquel lugar cuando era pequeña, cuando iba de excursión antes de las restricciones.

Las caminatas siempre eran largas y cuesta arriba. «Aguanta un poco, chica, hasta ese collado —me decía mi padre cuando me rezagaba, dolorida y exhausta—. Sobrevivirás. No vas a morirte.» Fue allí donde descubrí por primera vez mi estabilidad, mi capacidad para orientarme y avanzar, mi energía. Fue en aquellos montes azules donde comprendí que era fuerte, y que podía ser más fuerte aún.

Y de nuevo me encontraba en el mismo paraje al que iba la gente para sentirse a la vez menos y más importante de lo que era. Para dejarse impresionar por las montañas, envalentonarse y llegar a lo más alto, hasta el límite de su resistencia. Mientras contemplaba las cumbres, me sentí bien equipada con mis músculos y apuntalada por mi materialidad corpórea, como si el aire libre fuera mi medio natural, lejos de la multitud, de la luz artificial racionada y de la ética de una sociedad perdida.

Los cerros desaparecían detrás de las nubes densas. Se acercaba otro frente lluvioso que oscurecía el horizonte. Respiré hondo y me puse la mochila. La culata del fusil descansaba en mi espalda. No sabía qué tal se me daría disparar —hacía años que no apuntaba a través de la mira—, ni siquiera estaba segura de que el arma siguiera funcionando. Pero me alegraba llevarla conmigo, me alegraba poder ofrecérsela a las mujeres de la granja.

Crucé el pueblo y empecé a subir hacia las montañas. A los lados del camino, entre la hierba y la roca caliza, crecían unas delicadas campánulas violetas. Era muy tarde para que aún estuvieran en flor, pero en aquel momento me parecieron

la cosa más bonita que había visto en la vida. Las nubes seguían llegando, los truenos retumbaban entre las oquedades de los montes y la lluvia pronto empezó a caer de la blanda bóveda del cielo. Me detuve, dejé la mochila en el suelo y me desnudé de cintura para arriba. Guardé la ropa mojada, cerré la solapa, me eché el macuto al hombro y seguí adelante. El aire limpio de octubre me recorría la piel. La lluvia se deslizaba por mis hombros y mis brazos, goteaba de mis pechos. Debía de tener una pinta muy rara. Pero no había nadie que pudiera verme. El conductor de la furgoneta hacía ya un buen rato que había regresado a su vida solitaria en la torre de la presa. Los seres humanos que tenía más cerca eran las mujeres de Carhullan. Al final del día estaría con ellas. Sería una de ellas.

Archivo dos  
Íntegramente recuperado



Tenía diecisiete años la primera vez que oí hablar de la granja de Carhullan. Ya entonces era famosa y tenía mala reputación. Vendían en Rith sus corderos, sus verduras y su miel, y también las truchas que criaban en la laguna natural de la finca. Bajaban todos los meses a los mercados de la frontera a vender productos ecológicos a buen precio. Cuando llegaban al pueblo no se hablaba de otra cosa, como cuando venía la gente a las competiciones ecuestres.

Eran un grupo curioso, ligeramente exótico, que no despertaba demasiada simpatía. Recordaba haberlas visto en los puestos de Rith, montando sus mesas y soportando las miradas hostiles de otros agricultores. Tenían una pinta muy rara. Una manera de vestir distinta y poco convencional. A veces llevaban unas túnicas amarillas, hasta las rodillas y atadas a la espalda. Al verlas con ese atuendo, la gente al principio pensaba que eran de alguna secta nueva, de alguna raza de campesinos modernos, aunque no hacían proselitismo.

Trataban con cordialidad a las otras mujeres, bromeaban con ellas sobre los cestos de pepinos y de rábanos, les hacían descuento y les regalaban la mantequilla. Con los hombres eran más frías, más indiferentes. Todo el mundo comentaba que debía de irles bien en la montaña si aún eran solventes para permitirse bajar a la ciudad en el Land Rover todas las semanas. Cuando íbamos a hacer la compra, mi padre me decía que no les comprase nada.

—Evita a esas mujeres —me decía, señalándolas con la cabeza—. Es muy posible que su mantequilla esté chiflada.

Y, si veía que me quedaba demasiado tiempo cerca de ellas, me metía prisa para volver al coche, decía que se nos hacía tarde. Pero cuando él no estaba, o cuando iba con mis amigas, me acercaba a comprarles helado casero. «Gracias, Hermana», me decían cuando les daba el dinero.

Una vez hubo un revuelo en el mercado, no fue exactamente una pelea aunque sí se produjo algún intercambio físico. Mi padre y yo solo vimos el final, cuando ya estaba terminando. Oímos como si arrastraran algo, y después un ruido sordo. Miré y vi que tres de las mujeres de las túnicas amarillas estaban alrededor de un joven tirado en el suelo entre un montón de coles caídas. Las maldijo y las llamó bolleras. Parecía entre indignado y sorprendido. Ellas, en

cambio, estaban muy tranquilas.

La gente especulaba continuamente sobre el tipo de vida que llevaban, y sus comentarios eran casi siempre crueles o provocadores. Decían que eran monjas, bichos raros de una secta religiosa, comunistas y convictas. Habían abandonado a sus hijos, odiaban a los hombres, lamían coños y estaban solteras. Eran como las brujas de cien años antes, que vivían aisladas y no tramaban nada bueno. Pocos años después de instalarse en la granja, los periódicos nacionales se interesaron por el proyecto, y Carhullan se hizo relativamente famoso. Los reporteros más ambiciosos subían hasta allí para entrevistarlas.

Fue una de las últimas granjas de las montañas que siguió funcionando. Y la vida allí arriba era dura. Tenían que sacar a los animales en cuanto rayaba el día, acarrear leña y recoger la cosecha. Algunos reportajes las describían como un club de salud rústico, un centro de meditación energética. Además del trabajo agrícola, tenían entrenamiento físico: sesiones de adiestramiento convencional y caminatas de veinte kilómetros una vez a la semana. No aceptaban hombres en Carhullan, aunque corrían rumores de que había algunos y se intuía para qué los utilizaban. Las mujeres no daban explicaciones claras.

Jackie Nixon dirigía Carhullan con su amiga Veronique, una negra sudamericana, muy alta. Las demás las llamaban Jacks y Vee. Yo había oído a Veronique por la radio y noté que tenía un leve rastro de acento extranjero, que arrastraba un poco las palabras. Generalmente era ella quien hablaba siempre. Era la portavoz, la que se dejaba entrevistar por las revistas y los reporteros. La granja se presentaba como una utopía militar o monástica, según los distintos medios de comunicación, según el sesgo que quisieran darle. Jackie, la pareja de Veronique, era más reservada.

El número de mujeres crecía de año en año, a pesar de que nunca se hizo ningún reclutamiento. Algunos hombres se quejaron de que habían secuestrado a sus mujeres y sus hijas, de que les habían lavado el cerebro para captarlas y dominarlas. La policía realizó algunas investigaciones pero nunca llegó a presentar cargos formales contra nadie. Las chicas que se iban a Carhullan simplemente decidían dejar atrás su antiguo modo de vida. Cada vez que encontraba un artículo en el periódico lo recortaba y lo guardaba. Seguí la evolución de la granja, rechazando las críticas que se le hacían y buscando en el texto alguna pista de cuál podía ser su verdadero espíritu, su filosofía, tal vez, hasta que la prensa se centró únicamente en cuestiones de Estado, las tiradas se redujeron poco a poco, las empresas quebraron y no volví a saber nada más de

ellas.

No sé por qué era Jackie Nixon la que más me atraía. Quizá porque era de mi zona y eso nos hacía parecidas. Casi tenía la sensación de conocerla. La describían siempre como un personaje imponente, dura como el granito. En la comarca, la gente recelaba con solo oír su apellido, antiguo, de una estirpe de ferreteros, albañiles y barqueros del norte. En Rith lo pronunciaban como una superstición cuando hablaban de ella y de sus chicas. «Jackie Nixon —decían—. Es de los Nixon de la frontera. De los que salían con los bulldogs a enfrentarse con los saqueadores.» Yo la buscaba en el mercado, pero por lo visto nunca venía con las demás.

Antes de morir, mi padre dijo un día que Jackie Nixon estaba a un paso de convertirse en una amenaza para la sociedad. Cuanto más le oía criticarla, más crecía mi curiosidad. Recuerdo que una mañana, cuando estábamos sentados a la mesa de la cocina, le pregunté por qué le parecía tan desagradable.

—¿No crees que es una especie de heroína? —dije—. Una guerrera de granito. Quiero decir que vive en las montañas, sin depender de nadie. He oído decir que no recibe ningún subsidio. Si las demás siguen allí es porque confían en ella. Debe de ser una persona increíble. Me gustaría conocerla.

Mi padre, que había levantado las cejas desmesuradamente, me contestó:

—Yo creo que utiliza a esas chicas para que hagan lo que a ella le venga en gana, que las está manipulando. Es como esos puñeteros gurús chiflados. Y tú, hija mía, más vale que no te acerques a ella.

Tenía dos fotos de Jackie. La primera era de los comienzos del proyecto. Aparece delante del portón de roble de Carhullan, pasando el brazo por encima de los hombros de Vee, en una posición muy torpe, porque Veronique era mucho más alta que ella. La foto parece preparada: se las ve posando y como con aire de estar convencidas de que lo que hacían en la granja era una especie de desafío extremo, comparable a cruzar el Atlántico en una barquichuela. Las dos tenían entonces poco menos de treinta años y parecían llenas de fuerza y determinación. En el pie de foto las describían como compañeras, y el artículo especulaba sobre si eran o no amantes. El periodista decía que se conocieron en la Universidad de Cambridge, cuando cursaban estudios de posgrado. Eran espíritus afines, dos feministas retro. Antes de eso, Jackie había servido en el ejército. No estaba claro cuál era su rango.

Tenía el pelo muy corto, los rasgos asimétricos, una mandíbula rota y los ojos azules como la piedra de las canteras de la comarca. Si hubiera tenido un aspecto

menos duro, quizá habrían dicho de ella que era guapa. De todos modos era atractiva, deslumbrante. En la foto llevaba un top ceñido y unos pantalones militares. Parecía delgada y fuerte al mismo tiempo. En la segunda fotografía, tomada cinco años después, se ve que intenta esquivar la cámara. Tiene el pelo algo más largo, el ceño fruncido, y está mucho más delgada.

Llevaba en la mochila las dos fotos recortadas, en una caja de metal, con mi carné de identidad y otros objetos personales. Estaban descoloridas y arrugadas, pero quería conservarlas. Si Jackie seguía con vida, sería a ella a quien tendría que dirigirme cuando llegase a mi destino.

Empezaba a tener la sensación de que me estaba adentrando en su territorio, en sus dominios. Era un terreno muy inhóspito, casi hostil. Había dejado atrás la densa vegetación del llano. Las rocas empezaban a aflorar entre la hierba; el esqueleto de un paisaje más antiguo, pelado por el viento y lavado por la lluvia y los arroyos de aguas rápidas. Había brezo, helechos y aulagas.

Iba pensando en Jackie mientras subía hacia aquellos peñascos. Al principio, en las noticias, siempre la representaban como una noriega típica: obstinada, reticente y enigmática. Rara vez hacía declaraciones sobre su vida personal o sobre asuntos públicos. Si las hacía, era siempre lacónica. Cuando alguien llegaba a la granja y necesitaba buen calzado, se limitaba a decir: botas, zapatillas de deportes; y listo. Lo primero que había que hacer al llegar a Carhullan era quitarse las muelas del juicio. Más rara vez aún hablaba de sus creencias. «Para nosotras todo tiene que ver con el cuerpo y la sexualidad — citaron que había dicho en cierta ocasión—. Eso es lo que nos domina psicológicamente, económicamente, eternamente. Defendemos que la competitividad nos desune y nos priva de nuestras verdaderas capacidades. No nos creemos capaces de gobernar mejor, y mientras no lo creamos nunca lo lograremos. Ha llegado la hora de construir una sociedad nueva.»

Cuando se le insinuaba que lo que ofrecía quizá fuera una alternativa hueca, una fórmula que ya se había probado sin éxito, arremetía con desprecio contra los políticos que nos gobernaban y respondía con una pregunta: ¿Estaban creando ellos un entorno aceptable? Le preguntaban continuamente qué la impulsaba a actuar de esa manera, como si tuviera alguna enfermedad. Quienes la entrevistaban destacaban su impaciencia y la ira con la que daba por terminada la conversación cuando le molestaban las preguntas.

A Jackie y Veronique las llamaron de todo, recibieron todo tipo de calificativos esos años en que se dio tanta publicidad a la granja. Ellas se

consideraban simplemente libertarias. Su cultura estaba modelada por la necesidad, concebida, en palabras de Jackie, para destetar a los corderos antes de que se convirtieran en ovejas.

Y Carhullan había sido idea de Jackie, eso era evidente. Su familia era de la zona, y por eso la conocía mucho mejor de lo que las demás podrían llegar a conocerla nunca, aunque trabajasen la tierra a diario, cuidaran de las ovejas y las vacas y se dejaran la piel en aquellas caminatas de 20 kilómetros por un terreno tan duro. La turba era su casa. Su territorio. No estaba claro si había comprado la finca o la había ocupado al encontrarla vacía. Por aquel entonces la gente empezaba a marcharse a las ciudades, a abandonar los pueblos por las dificultades del transporte y la escalada del precio del combustible. La agricultura era una industria agonizante.

La granja estaba completamente aislada, lejos de cualquier carretera. Sabía que había pasado cerca de allí cuando iba de excursión, pero nunca la había visto. Era la más alta de toda Inglaterra, casi inaccesible, inmune a las inundaciones que llegarían en los años siguientes y a los cambios en los acuíferos. Tenía una cocina enorme, de hierro fundido, y un montón de edificios anexos destartalados que transformaron en dormitorios. Hasta que se engancharon a la luz, allí no había electricidad. La única manera de llegar era andando o en cuatro por cuatro, por una pista de tierra llena de curvas.

Los terrenos abarcaban cientos de hectáreas de páramos, bosques y campos. Nadie sabía quién cercó la finca originalmente, pero siempre había sido una explotación privada, nunca hubo allí un arrendatario que pagase al terrateniente por el uso de la tierra. Era inmensa, independiente y viable. Jackie se había criado en el valle, y seguramente había sentido curiosidad por la historia del lugar, puede que de pequeña hubiera ido de excursión por las montañas y se hubiera colado por las ventanas, que hubiera encendido hogueras en la chimenea para pasar la noche allí. Puede que encontrara esqueletos de avioncillos y vencejos enterrados en la tierra blanda de los establos.

Años más tarde, cuando miraba sus fotos en casa, a la luz fosforescente de la lámpara solar, pensaba que Jackie era una visionaria, que había previsto las dificultades y el éxodo de los pueblos y las aldeas mucho antes de que se hicieran realidad. Había sorteado el colapso y la crueldad del régimen de la Reorganización Civil. Cada vez que abría una lata y pasaba la masa gelatinosa a un cuenco, pensaba en las verduras frescas de la granja que veía en los puestos del mercado diez años antes. Me imaginaba el sabor de los tersos pimientos de

Carhullan y sus lentejas amarillas, y recordaba el delicado aroma a lavanda del helado que hacían y vendían las mujeres.

Mientras trabajaba en la fábrica de la New Fuel, ensordecida por el ruido de la cinta transportadora, pensaba muchas veces en las ventajas de vivir allí con Jackie y Veronique. Mi trabajo me producía un tedio atroz: me pasaba ocho horas de pie, en el suelo de hormigón de la fábrica, viendo pasar los pernos de metal y sabiendo que no estaban instalando las turbinas en la costa, que simplemente iban a almacenarlas en el depósito, cilindro a cilindro, con sus palas quietas y estáticas. Había una colmena de turbinas improductivas y amontonadas contra las paredes. Podía meterme dentro de las carcasas grises, retirar el perno de seguridad y mover los rotores con las manos. Había unidades suficientes para suministrar energía a toda la región del norte si las hubieran instalado en los estuarios.

Pero, por razones que desconocíamos, no se dio luz verde a la operación; el despliegue tecnológico tendría que esperar. Los agentes de la Autoridad venían a la fábrica y hacían inventario de vez en cuando, como si fueran a enviar las turbinas a las plataformas construidas años antes en las aguas sucias del mar. En los informativos de la noche se hablaba de las bobinas silenciosas de las máquinas de la New Fuel, como para demostrar que el plan de recuperación estaba funcionando. Era una broma pesada. Las piezas se fabricaban y se montaban a diario, pero no se utilizaban. Y nosotros nos sumábamos poco a poco, como zánganos, a esa gigantesca colmena de metal.

A mí al principio me gustó el puesto. El trabajo en la refinería era mucho peor, una ocupación manual sucia y peligrosa. Los que se ocupaban de las cubas no tardaron en desarrollar enfermedades respiratorias, tenían sombras en los pulmones. Se quejaban de que los vales que recibían a cambio no eran tantos como deberían, aunque recibían más que nadie. Y de que sus productos —los combustibles biológicos y los no convencionales— los utilizaba solamente el gobierno.

No tardé en darme cuenta de que todo el esfuerzo que hacíamos en la fábrica no servía para nada, y me sacaba de quicio ver que era superfluo. El ambiente en la nave era de absoluto abatimiento, falta de alegría. En la sala de descanso, donde los hombres y las mujeres nos turnábamos para hacer un descanso, nos quitábamos la máscara protectora e intentábamos dormir diez minutos antes de reanudar el trabajo. Algunos se iban a los lavabos y se tomaban una ampolla de flex. Volvían a la planta sin coordinación y con las pupilas enormes. Había

habido varios accidentes. El año anterior vi cómo la cuchilla de una máquina le cortaba el brazo a un compañero. Nadie lo oyó gritar. Simplemente, recogió el brazo con la otra mano y echó a andar hacia la puerta, dejando a su paso un reguero rojo. Lo vi pasar a mi lado. Se detuvo antes de llegar a la salida y se sentó en el suelo, con el brazo amputado encima de las rodillas. Me acerqué y me arrodillé a su lado.

—Yo era profesor —dijo en voz baja—. Era profesor. Profesor. —Vi una expresión de horror en sus pupilas dilatadas. Comprendí que no podía sentir nada.

Fuera de allí había algo mejor. Yo sabía qué era y dónde encontrarlo, aun cuando eso significara mirar atrás, a un lugar olvidado hacía mucho tiempo, desde que ocurrió la catástrofe, y al impulso desesperado por sobrevivir. Como quienes se llevaban al trabajo fotografías de tiempos mejores y las pegaban en las máquinas, yo había llevado Carhullan en la cabeza a lo largo de los oscuros años de la recuperación.

Carhullan no se construyó pensando en el mundo exterior. Pertenecía a otra época, a los tiempos en que los bienes y servicios eran inconcebibles, cuando todavía ni se había imaginado la bombilla eléctrica. Seguramente Jackie y Veronique siempre supieron ver sus posibilidades. Un año después de su llegada habían construido un molino hidráulico que se alimentaba de un arroyo cercano. Habían plantado un huerto que daba frutos todo el año y un bosquecillo de sauces de crecimiento rápido. Criaban cerdos, abejas, frutales y peces en la cabecera del arroyo de la laguna. Hacían carbón de turba y tenían depósitos de agua. Todo era impresionantemente holístico, una auténtica iniciativa verde.

La granja seguía, como siempre, apartada del imperfecto mundo municipal y escondida en un apacible rincón de los campos poco antes de la última subida a la sierra de High Street. Tenía unas vistas magníficas de los valles. No había mejor atalaya en muchos kilómetros a la redonda. Los romanos supieron verlo y edificaron allí un fuerte, alrededor del que más tarde se construirían los establos y los corrales de Carhullan. Y, antes de los centuriones, también los bretones se habían asentado cerca de allí: cinco piedras verticales y agujereadas por la erosión se inclinaban torpemente unas sobre otras al oeste de los prados. Se conocían como Las Cinco Agujas. Aquel era un territorio para exploradores, emprendedores, constructores de imperios, monjes y ecologistas; para quienes tuvieran la determinación de acarrear las piedras cientos de metros montaña arriba, atravesando aguas bravas y parajes inhóspitos, los que fueran capaces de

criar ganado y sacrificarlo después, los que tuvieran dentro algo auténtico y estuvieran dispuestos a vivir al margen de la civilización para de esa manera conservarla.

Jackie Nixon tenía eso: un espíritu criado en la tierra que yo iba pisando en ese momento. Y, mientras subía por aquellas laderas escarpadas, me puse a pensar si sus ideas se habrían formado alrededor de aquella granja muchos años antes, cuando amontonaba astillas en el fogón tiznado de hollín y bebía el agua fresca del arroyo. Debió de comprender muy pronto que tras el fracaso de la tecnología, tras los monumentales errores del mundo industrial, los seres humanos podrían buscar cobijo y sobrevivir rudimentariamente, como habían hecho siempre. Que las comunidades independientes eran posibles. Las sociedades alternativas. Que era posible construir algo extraordinario y duradero en aquellas montañas.

Cuando llegué a los prados más bajos estaba exhausta. Nunca había recorrido una distancia tan larga con tanto peso a cuestas. El roce de las correas de la mochila me estaba irritando la piel, y tenía la sensación de que me había roto hasta el último huesillo de los pies. Paré un momento a ponerme la camiseta y la cazadora húmedas. Sentí frío al instante y seguí andando. Se me había terminado el agua y empezaba a tener la saliva pastosa. Cuando me aclaraba la boca, dejaba en el suelo un escupitajo como el del cuco. Esperaba encontrar un arroyo de agua limpia y rápida o una fuente en la que llenar la cantimplora, pero seguía sin verlos y no quería desviarme de la estrecha senda de las ovejas. Llevaba una hora hablando en voz baja casi sin darme cuenta, diciéndome que todo saldría bien y animándome a seguir adelante.

El monte estaba cubierto de matas de brezo y hierba rojiza y dura. De vez en cuando se me hundían los pies en los charcos de aguas salobres y los sacaba llenos de barro. Cada paso me costaba mucho más de lo normal. El olor a hierba y a turba lo envolvía todo: intenso y puro; quemado y aromático. No me había separado de la cerca de piedra, que suponía que delimitaba las tierras de Carhullan a mi derecha, y siguiéndola había cruzado ciénagas y zonas encharcadas, entre peñascos y pedregales.

Cuando era pequeña, mi padre me contó que fueron los vikingos quienes construyeron aquellas cercas en Cumbria, y que se empeñaron en abrir incluso más caminos que los romanos. Ahora que estaba allí me parecía cierto. En



algunas partes, el cercado era casi vertical, con sus piedras perfectamente encajadas las unas en las otras. Eran modestas obras de ingeniería, proezas imposibles. A lo largo de los años, mientras la comarca estuvo habitada, ganaderos, pastores y peones contratados se habían encargado de repararlas, pero algunos tramos debían de tener mil años de antigüedad. Un par de veces, en el ascenso, pensé si no me habría equivocado de cerca y terminaría en las cumbres peladas y ventosas de la sierra, perdida cuando empezase a caer la noche. De vez en cuando oía el balido de las ovejas, quizá de los rebaños que criaban en Carhullan, pero el ruido era cada vez más lejano y débil.

Miré adelante y calculé que me quedaba un último cerro por subir antes de ver la granja y sus terrenos. Decidí parar, descansar y pensar en lo que diría cuando llegase. De repente me pareció absurdo no haber preparado un discurso, unas palabras de presentación elocuentes que me garantizaran ser bienvenida. Me quité la mochila, la dejé en el páramo y me senté en un borde roto de la cerca. Estaba a una altitud considerable. Veía el valle estrecho a mis pies, y más allá, en la siguiente cañada, la esquina brillante del embalse de Blackrigg.

El viento azotaba la hierba rojiza en todas partes. Las praderas formaban ondas de luz y sombra al paso del aire sobre su superficie. Debajo de los bordes de las nubes se veían algunas franjas de color amarillo oscuro: la luz oblicua del atardecer de otoño. Me llegaba el olor de los tojos, de sus flores dulces en las ramas de espinas. En comparación con el confinamiento y los malos olores industriales de la ciudad, con los metales de la fábrica, las secreciones humanas, el hollín y el carbón de la refinería, aquel paisaje inmenso y lleno de fragancias era muy tonificante. Olía a naturaleza, intacta y en su estado original, libre de intromisiones. A pesar de lo cansada que estaba, me hacía sentirme un poco más viva, humana y salvaje al mismo tiempo, y en cierto modo me redimía del pasado.

Les diría la verdad a Jackie y a Vee. No diría nada más que lo que sentía. Que creía en lo que estaban haciendo, ahora más que nunca. Que la sociedad que había dejado atrás no tenía nada que ofrecerme. No podía perdonarla. No podía vivir dentro de ella.

De pronto noté un movimiento brusco a mi lado. Tres ciervas pasaron corriendo, casi en silencio, con la cabeza muy erguida, el pelo del color del páramo y un destello de luz blanca en la grupa. El viento amplificó el ruido de las pezuñas unos instantes, sus golpes sordos contra la tierra, y enseguida las perdí de vista en la cima del monte. Me asombró su velocidad. Únicamente esa

rapidez les permitía arriesgarse a abandonar su refugio como si se hubiera producido un corrimiento de tierras repentino. Segundos después oí el berrido hueco de un macho a mi espalda y al momento lo vi pasar corriendo detrás de las ciervas, más oscuro y más grande, con la cornamenta levantada y el cuello grande y fuerte cubierto de pelo largo. Me levanté con la esperanza de verlo subir por el siguiente cerro, pero no quedaba ni rastro del ciervo; solo vi las manchas de la luz de octubre flotando sobre el páramo. Debieron de oír que me acercaba, o me olieron mientras estaban paciendo.

Volví a sentarme en la cerca. Quería quitarme las botas y mirarme los pies, exponerlos al aire fresco. Tenía los dedos y los talones doloridos y la sensación de que los calcetines se me habían pegado a las ampollas que ya habían empezado a reventar. Cuando iba de excursión con mi padre, siempre hacíamos el mismo ritual al final del día. Nos sentábamos en el maletero del coche y nos quitábamos las botas para que el aire nos calmara la piel.

Aunque solo me quedaba alrededor de un kilómetro y medio de camino, decidí ponerme tiritas en las heridas antes de continuar. Me dolerían los pies al calzarme las botas, pero sería peor andar con las llagas abiertas y no quería pasar los primeros días en la granja cojeando y pareciendo incapacitada y débil. Las mujeres debían de haber soportado muchas penalidades para sobrevivir tanto tiempo allí. Y yo estaba dispuesta a igualarlas en fortaleza, primero anímica y luego física.

Me estaba agachando para desatarme los cordones cuando sentí que me caía hacia delante, como si la cerca hubiera cedido debajo de mí. El suelo se me vino encima. No tuve tiempo de apoyar las manos para impedir la caída y aterricé sobre un hombro y la cara. Me di con la rodilla contra una piedra. Una sacudida de dolor me atravesó la pierna y otra la boca. Me quedé un momento tirada, aturdida, con la mejilla hundida en la tierra húmeda y la imagen borrosa de la hierba rubia que oscilaba delante de mí. Poco a poco logré enfocar la mirada. A dos centímetros de un ojo vi una araña que se estaba deslizando hacia abajo por una brizna de hierba clara. Pataleaba con las patas con una precisión asombrosa.

Hice una respiración superficial, y mi pecho y mi espalda protestaron. El golpe me había dejado sin aire, aunque los pulmones se habían vaciado curiosamente antes de llegar al suelo. Tuve que forzar el diafragma para que entrara el oxígeno a la vez que intentaba dominar el pánico a asfixiarme. No me encontraba los brazos, así que me arrastré con el pecho por la tierra y traté de levantarme. Pero no podía moverme. Estaba como un pez fuera del agua.

Mientras hacía un nuevo esfuerzo para incorporarme, oí una voz, no muy lejos de donde estaba.

—Que no se mueva. Sujétala bien.

Noté que la presión en la espalda aumentaba. Dejé de moverme e intenté decir algo, pero solo conseguí toser. Tenía un sabor morboso en la boca, a turba y a la sangre que me estaba saliendo por la nariz. Me quedé quieta, mirando entre las hierbas del páramo. Al cabo de un rato mis pulmones se calmaron y se fueron llenando poco a poco, pero tenía el corazón en un puño. Delante de mí, la araña llegó a la base del tallo, se soltó y desapareció entre las hierbas.

—Registra la mochila —dijo otra voz, más cerca de mí. Cerré los dedos y sentí el roce de una mano cálida que me inmovilizaba las mías detrás de la espalda. Se oyó el chirrido de la cremallera, unas uñas que escarbaban de prisa entre los pliegues de nailon, el rumor suave de la ropa al sacarla de la mochila y el golpe seco de la cantimplora al caer en el suelo. Después hubo un silencio.

—¡Joder! Lleva un fusil. ¡Mira! —Entonces me apretaron las muñecas. Me pusieron una mano en la nuca y me aplastaron la cara contra la tierra húmeda—. Mierda. ¡Qué buena chica! —Y oí que volcaban todo lo demás y sacaban las cajas de balas envueltas en las camisetas. Los cartuchos entrechocaron contra los bordes de cartón—. No. ¡Qué mala chica! ¿Lista para levantarla?

Las voces eran femeninas. No sabía decir cuántas. Hablaban en voz baja, pero por lo que oía me parecieron muy eficientes.

—Sí. Enseguida. Lynn, ve a vigilar el risco. —Alguien echó a correr. La mano que tenía en la nuca se cerró en un puño para agarrarme del pelo y levantarme la cabeza de la tierra mojada—. ¿Hay alguien más contigo? —La voz me llegó con más fuerza ahora que ya no tenía la oreja pegada al barro, y era una voz precisa, que marcaba las palabras con una breve pausa entre una y otra. Me pasé la lengua por el paladar y las encías y escupí un montón de tierra. Me dolía la mejilla por dentro y me di cuenta de que me había mordido en varios sitios.

—No. Vengo sola. De Rith.

Otro silencio.

—¿Cuándo saliste?

—Hoy.

Oí un resoplido. La voz había sido hasta entonces neutra, pero ahora detectaba una nota de enfado.

—Son casi 70 kilómetros. No es verdad. —Me di cuenta de que mi respuesta no era exacta, y rectificué.

—Un hombre me recogió en la carretera y me llevó parte del camino. Dijo que trabajaba en la presa. Me dejó en Rosgill.

Otro silencio. Me empujó la cabeza y no me hizo más preguntas.

Me quedé quieta un buen rato. Después llegó del monte un silbido seco. Oí que sacudían mis cosas, una a una, y volvían a guardarlas en la mochila. Seguía inmovilizada pero habían dejado de tirarme del pelo. Notaba la mano posada en la cabeza y me pareció como si me acariciara con los dedos. Entonces, otro par de manos me cachearon, se me metieron por debajo del cuerpo, apretándome las caderas, las costillas y los tobillos. Empecé a sentir el dolor de verdad, en la boca, en la rodilla y en la clavícula. Intenté olvidarme del susto y la incomodidad para interpretar con claridad lo que estaba pasando. Tenían que ser ellas. Me habían encontrado antes de que viera la granja.

Estaba desarmada. No esperaba un recibimiento tan agresivo y quería explicarme, pero todo lo que se me pasaba por la cabeza eran argumentos sumisos y pésimos que solo servirían para empeorar la situación en la que me había metido, y preferí no decir nada. Procuré seguir quieta, a pesar de que me dolía el hombro, y actuar con la mayor docilidad posible. Continuaron el registro. Oí que abrían y examinaban el neceser donde llevaba el jabón y el champú. Luego identifiqué un ruido metálico, seguido del chasquido de la lata en la que llevaba mis cosas personales. Un rumor de papeles.

Estuvieron un rato tan calladas como si se hubieran esfumado, como si me estuviera reteniendo una fuerza sobrenatural. El viento silbaba entre la hierba. Entonces, unos pasos se acercaron. Vi un par de botas de cuero rotas. Una de ellas llevaba la punta sujeta a la suela con varias vueltas de cinta americana y parecía el hocico de un perro. La mano se apartó de mi cabeza. La levanté todo lo que pude, para ver qué estaba pasando. La persona que estaba de pie le pasó un papel a la que seguía agachada encima de mí.

—Es Jacks —dijo—. Hace años. —Y otra vez se quedaron calladas. Por el rabillo del ojo vi que una mano hacía una señal. Por fin me soltaron.

Me arrodillé despacio y me limpié la tierra de la cara con un brazo. Me pareció que me había roto los huesos del cuello, los notaba desplazados, pero intenté olvidarme de la sensación y aguantar las lágrimas.

—Vamos. Levántate. —La que hablaba era la que había estado registrando mis cosas. El tono seguía siendo neutro, como antes, aunque menos tenso, menos oficial. Me incorporé, apoyándome en la rodilla que no me dolía, y al ver por fin a quien me había capturado no me quedó la menor duda de que era una de las

mujeres de Carhullan. Era más o menos de mi misma estatura. De mi tamaño y de mi sexo, pero me pareció casi una extraterrestre. Tenía la cara muy morena y arrugada, los ojos, de color verde claro, me examinaban con indiferencia. Llevaba el pelo corto en la parte de arriba, grasiento y separado como el pelaje de una nutria. Por detrás lo tenía más largo, atado en la nuca.

Vestía unos pantalones negros de lienzo tosco o tela vaquera, un anorak térmico largo, con agujeros en las mangas, y un forro polar, como los que vendían años antes en las tiendas de material de montaña. Era compacta y atlética. Tenía muy poca carne entre los huesos, como si se la hubieran arrancado para esculpirla, pero su aspecto era saludable. Era como una piedra de afilar. Irradiaba una especie de vitalidad y elegancia tan memorables que tuve la sensación de estar mirando a alguien a quien ya conocía o había visto en las noticias diez años antes. Sobre todo parecía oriunda de la región.

Estaba sujetando con una mano las correas de mi mochila.

—Será mejor que la lleves tú. ¿Podrás? ¿Te encuentras bien?

Asentí, y me pasó el macuto con el brazo estirado, como si no pesara nada, aunque al cogerlo a mí me pareció que pesaba el doble que antes. Se me ocurrió la idea absurda de que lo había llenado de piedras. La mujer seguía teniendo mi lata en la mano. Con una mueca de dolor, volví a cargar la mochila en la espalda.

Di media vuelta. La otra era mucho más joven, tendría como mucho dieciséis años. Pensé que era demasiado menuda para haberme inmovilizado, aunque su expresión no traslucía esa preocupación. Tenía la cabeza rapada, cubierta apenas por unos milímetros de pelo rojo y duro crecido en los últimos días. Lucía un tatuaje azul, primitivo, alrededor de la oreja. Llevaba una cinta de cuero fino atada al cuello con varias vueltas. Su ropa también era vieja y práctica, aunque parecía de cáñamo o de yute, hecha en casa. Era tan altiva como su compañera.

Bajé la mirada y vi que me estaba apuntando con el fusil. Lo tenía apoyado tranquilamente en la cadera, sujetándolo por la culata. No había oído que lo cargara o comprobara el mecanismo, pero me imaginé que quizá lo hubiera hecho. Era evidente que sabía manejarlo y no le impresionaba tenerlo en la mano. Me dio la sensación de que esperaba órdenes. Miré a la otra mujer, que se bajó la cremallera del forro polar, se guardó mi lata dentro y volvió a cerrar la cremallera.

—O nosotras o tú asustamos al ciervo —dijo—. Cincuenta-cincuenta. Pero tú estabas en la dirección del viento, así que yo diría que fuimos nosotras.

Habló despacio, deliberadamente, como quien señala una cuestión elemental

o se dirige a un niño. Tenía los labios vueltos hacia dentro, con un gesto que podía ser una sonrisa o podía denotar desprecio. Otra chica venía corriendo por el páramo. Al acercarse, asintió con la cabeza a la mujer del pelo de nutria y pasó de largo.

—Muy bien. Nos vamos ya —me dijo la mujer—. Puedes decirnos cómo te llamas, si quieres, o reservarte para cuando veas a Jackie. Es a ella a quien tendrás que dar explicaciones. —Me empujó con el cañón del fusil para que echara a andar.

No volvimos a hablar en el camino. Yo iba un poco por detrás de mis escoltas. Aunque a juzgar por su aspecto llevaban un ritmo tranquilo, a mí me resultaba demasiado ligero. Intentaba seguirlas, pero el peso en la espalda entorpecía mis movimientos. Se me estaba hinchando y agarrotando la rodilla, y tropezaba con las piedras. De vez en cuando, acortaban la zancada unos pasos, nunca lo suficiente para que pudiera alcanzarlas, pero era evidente que no me perdían de vista. Su hostilidad se había aplacado un poco, pero no hacían nada por ser cordiales; no me preguntaban nada y tampoco me invitaban a hacer preguntas. La desilusión empezaba a apoderarse de mí.

Aquel no era el recibimiento que me había representado tantas veces cuando pensaba en Carhullan. Me había visto llegar a la granja con paso firme y valiente, y las chicas que trabajaban en los campos me recibían no con recelo o con sorpresa sino con serena admiración. Me había imaginado una sensación de unidad inmediata, como cuando me sumaba a un nuevo grupo de amigas en el colegio y todas se esforzaban para colaborar y ofrecer confianza. Y Jackie y Veronique estarían esperándome delante del portón de roble, igual que en las fotos, como si nunca se hubieran movido de allí ni fueran a moverse.

Pero quince años lejos de todo, en plena naturaleza, era mucho tiempo. Desde entonces habían pasado demasiadas cosas. Habían ocurrido acontecimientos terribles y las respuestas habían sido casi igual de extremas. A pesar de haber vivido en él, muchas veces yo apenas reconocía aquel mundo residual. ¿Qué sabrían ellas de todo eso? ¿Cómo lo habían vivido, aisladas y sin ayuda? Quizá conscientes de los cambios que se estaban produciendo. Quizá sin enterarse de nada. A medida que nos acercábamos, comprendí que había llegado a un lugar tan extraño y desconocido como si hubiera cruzado el océano, a un lugar de otra época. Quería pedirles información, hacerles preguntas y contarles cómo vivía la gente en las ciudades. Quería negociar y congraciarme con ellas. Pero no hice nada. De repente estaba tan cansada, tan agotada que casi no podía dar un paso.

La lluvia llegaba desde la cima del High Street, más fría que antes, y otra vez me empapó la cara y la ropa. Intenté cerrarme el chubasquero, pero tenía los dedos entumecidos, reacios a colaborar, y me contenté con cruzármelo en el pecho. Intenté escudriñar entre la borrasca. Seguía sin ver la granja o sus anexos. Solamente veía una cortina de agua y el eterno marrón de las laderas marchitas, que aparecían y desaparecían. La adrenalina del encuentro se había agotado. Había recorrido más de 40 kilómetros andando para huir. Había puesto mi vida en peligro. Y ahora estaba aturdida y a punto de quedarme paralizada. Lo único que quería era beber agua, quitarme la mochila de la espalda, acostarme y dormir. Consumía todas mis fuerzas en echar un pie delante del otro sin caerme.

La chica y la mujer se detuvieron, sin volverse a mirarme. Pensé que quizá me oyeran jadear y se habían preocupado. Aflojé el paso. Iba casi arrastrando los pies entre las rocas de arenisca y los espinos. Echaron a andar antes de que pudiera alcanzarlas, y la distancia que nos separaba se agrandó. Vi que era una maniobra calculada para acorralarme sin necesidad de acercarse a mí, y la repitieron varias veces a lo largo del camino. Al final sentí el escozor de las lágrimas en las mejillas, de agotamiento y compasión de mí misma. Quería que parasen, que me sostuvieran y me animaran. Quería oírlas decir que lo había hecho muy bien, que ya estaba con ellas, que no pasaba nada. Pero no decían nada. El viento de la montaña, húmedo y frío, soplaba entre nosotras. Me llevaban con una actitud impersonal, como si fuera un animal al que estaban pastoreando, como si no perteneciera a su misma especie.

Al cabo de un rato, entre la penumbra y los nubarrones, vislumbré la silueta de la granja. Parecía más pequeña de lo que me esperaba. Los cobertizos eran muy bajos y estaban apiñados alrededor de la casa principal como cortavientos de piedra. Únicamente el tejado de pizarra y las plantas superiores del edificio central asomaban por encima de los establos. La noche estaba cayendo muy deprisa, y en las ventanas brillaba una docena de luces tenues, de óvalos ligeros y brillantes como yemas de huevo. El cansancio apenas me había permitido fijarme en el entorno en el último trecho del camino, para no agravar el dolor que sentía en el hombro y la rodilla a cada paso que daba. Hasta ese momento no había oído ladrar a los perros a lo lejos, y, al levantar la vista, después de una hora sin haberla apartado de las frescas barbas de la hierba que iba pisando despacio, vi el asentamiento por primera vez.

Estaba casi sumergido en la penumbra del crepúsculo y la sombra alargada de la cumbre. Parecía el último rincón de la tierra, delante de la mole marrón oscura de la montaña, bien defendido y extraordinario, un reducto donde todas las esperanzas y las fuerzas, todos los medios físicos, se habían consolidado y fortalecido. Era Carhullan: el lugar en el que yo había puesto toda mi confianza en una vida nueva. Mientras miraba fijamente entre aquella masa de niebla húmeda, lo que me impresionó no fue la audacia de construir una vivienda en esos riscos, sino su aislamiento, el vacío que la rodeaba y la dureza del paisaje, cortado a pique alrededor de sus cimientos. Al ver la penuria de la iluminación que salía de la granja, y sus diminutas proporciones, sentí la corriente de los nervios que se me acumulaban en el estómago.

En un país tan dependiente ahora de la organización urbana, la locura y la radicalidad de aquel emplazamiento resultaban muy llamativas. Carhullan bien podía ser las puertas de Abaddon. Pero eso daba lo mismo. Para bien o para mal, ya no había vuelta atrás. Incluso si me dejaban marcharme, estaba demasiado cansada y dolorida para pensar siquiera en el viaje de vuelta. Comprendí que aquella granja era mi única opción.

El olor a forraje maduro se hacía más fuerte a medida que nos acercábamos. Era un olor ofensivo y estimulante a la vez, que me llegaba hasta el fondo de la nariz y se me metía en la garganta, un olor a hierba en descomposición, a pescado y a excrementos de animales. Hacía mucho que Rith había perdido el olor acre de la agricultura y la ganadería. En vez de eso, el ambiente de la ciudad estaba lleno de emisiones petroquímicas y emanaciones de la basura sin recoger. Aquella extensión agrícola me traía recuerdos del antiguo condado, de su manifestación física en esa época del año, cuando rociaban la tierra con chorros de fertilizante amarillo y los tractores trabajaban entre el fango por detrás de los setos.

Cuando cruzamos una valla de piedra, la hierba del páramo dio paso bruscamente a una zona de tierra negra y removida, con surcos profundos. Era un terreno blando y desigual, y los montones esponjosos se hundían al pisarlos. Llamaba la atención lo cuidado que estaba, en comparación con la austera amplitud de los páramos. En un prado pequeño, a la derecha, crecían varias hileras de plantas de formas curiosas, como palmeras en miniatura. A su lado había unos tallos más altos con flores espumosas de color blanco y violeta. Los reconocí: eran guisantes de Carlin, como los que cultivaba mi padre. A mano izquierda se veía un puentecillo peraltado. Oí el chapoteo y el rumor del agua en



un canal de roca, cerca, pero no vi el arroyo que nacía en los alrededores de Carhullan, según tenía entendido, el que impulsaba la rueda hidráulica que ponía en funcionamiento el generador eléctrico. Pasamos por delante de tres cabañas triangulares. A primera vista me parecieron vacías pero luego distinguí a los animales que guardaban allí, unos seis pájaros pequeños en cada una, con las plumas moteadas.

Mis guías se detuvieron al llegar al primer establo de piedra y esperaron a que las alcanzara. Me acerqué tambaleándome, con la esperanza de que nadie me viera llegar demasiado por detrás de ellas. Se quedaron mirando al frente, hacia las paredes. Dudé cuando ya estaba a pocos metros y esperé indicaciones. Me pareció que se mecían suavemente delante de mí, como al compás de una música que yo no oía. Enseguida me di cuenta de que era yo quien se estaba balanceando. Me entraron náuseas y se me tensó y cerró la garganta. Me incliné a un lado para vomitar, pero no conseguí echar nada más que un chorrillo de bilis ácida. Me vino otra arcada, igualmente seca.

Miré hacia arriba. La mujer y la chica que llevaba mi fusil se habían dado la vuelta y me estaban observando. Doblé la cintura, apoyé las manos en los muslos y esperé un rato, hasta que me aseguré de que no volvería a marearme. Escupí varias veces para limpiarme la boca y procuré concentrarme en respirar despacio y hondo, pero sabía que no estaba bien, que había sobrepasado los límites de mi capacidad física. Al agacharme se me había deslizado la mochila y la tenía apoyada en la cabeza, se me estaba clavando en el cuello. Me incorporé, para que la mochila volviera a su sitio, y noté un tirón fuerte en los hombros y un ardor lacerante en la clavícula herida. Se me escapó algo parecido a un gemido o un sollozo. Las lágrimas no me dejaban enfocar la vista y tenía las tripas revueltas. Me sentía fatal. El mareo me venció y perdí el equilibrio. Empecé a caer hacia delante.

—¡Eh! ¡Eh! Se está cayendo. ¡Megan!

Oí la voz solo un segundo antes de sentir que una de ellas me cogía de los brazos. Me sujetó con fuerza, con insistencia, y, en mi desorientación, me apoyé en ella, sin saber si me estaba arrodillando, sentándome o tumbándome. Era la chica joven la que me había sujetado. Se abalanzó a tiempo de recogerme y en ese momento me estaba incorporando. Siguió sosteniéndome un minuto, sin decir nada, y luego me soltó con cuidado y se apartó de mí. La otra recogió el fusil del suelo, donde su compañera lo había tirado.

No parecía que nadie nos estuviera esperando. Nadie había salido a recibirnos

en los alrededores de la granja. Ninguna de las demás mujeres estaba en los campos, tal como yo esperaba. Por un hueco entre los establos vi que el patio también estaba desierto. Agucé el oído con la esperanza de oír conversaciones y risas cerca o en la casa, algo que indicara que una multitud interesada comenzaba a reunirse, un comité de bienvenida. Pero no se oía nada. Hasta los perros, que ladraron cuando aún estábamos a medio kilómetro, se habían quedado en silencio, mudos, más que con la voz amortiguada, como si se los hubieran llevado dentro. Volví a preguntarme cuántas personas seguirían allí, si llevarían la finca solo entre unas cuantas, si solo quedaría el esqueleto del antiguo grupo de ochenta mujeres fuertes que antes vivían y trabajaban en la granja.

Todo estaba tranquilo y vacío, aunque las luces seguían encendidas. Era evidente que esperábamos algo o a alguien. Mis centinelas me habían dado la espalda. A juzgar por su postura, me estaban dando a entender que si volvía a marearme no me recogerían. Que era responsable de mis actos y tendría que reunir la fuerza y la coordinación necesarias para no perder el equilibrio. Apreté los ojos, los abrí y parpadeé de prisa varias veces, intentando mantenerme concentrada y alerta. Comprendí que tenía que resistir en pie, que a pesar de su frialdad y su indiferencia me querían erguida, consciente de lo que ocurría y capaz de representarme a mí misma. Pero yo tenía ganas de perder la conciencia y estuve a punto de desmayarme. Quería abandonarme, dejar que la oscuridad y el aturdimiento me reclamaran. Quería desmoronarme en el suelo y quedarme allí hasta que se me pasaran el mareo, el dolor y el agotamiento y me viera en condiciones de enfrentarme a aquella comunidad desolada y extraña.

Una puerta se abrió y se cerró dentro de la vivienda. Se oyeron pasos en el patio empedrado y vi que venía alguien. La silueta se volvió poco a poco más clara, hasta que una mujer de cintura ancha apareció en el centro de los edificios. Llevaba una falda hasta los pies y un barbour, con un delantal de plástico encima, como de veterinario. Se paró un momento delante de la del pelo de nutria y de la chica, que ahora sabía que se llamaba Megan. Murmuraron unas palabras y la mujer asintió.

Cuando se me acercó sentí una última oleada de pánico. No estaba preparada para conocerla. No estaba tranquila ni en pleno uso de mis facultades. La caminata se había cobrado un precio muy alto, y seguramente se llevaría una pésima impresión de mí al verme llegar en aquel estado, me consideraría demasiado débil. Pero cuando conseguí verla me di cuenta de que no era Jackie.

Tampoco era Veronique. No la reconocía. Era corpulenta y de mediana edad, de unos cincuenta y pico años. El pelo, largo y suelto, le caía hasta la cintura en rizos secos y finos. Tenía un pliegue profundo encima de la nariz, en la parte donde se estrechaba la frente. Era la marca de un ceño eternamente fruncido, de un gesto que tal vez ponía incluso sin intención. El delantal estaba cubierto de manchas oscuras de alguna tarea práctica.

—Quítate la mochila, por favor —me dijo—. Vamos, no pasa nada. —Me quité las correas de los hombros con el mayor cuidado posible y deslicé el macuto por el brazo bueno hasta sujetarlo en el hueco del codo. Después lo dejé caer al suelo. Supo, por la cara que puse, la angustia que me causó la maniobra. Con unos ojos brillantes y rápidos, del color de la avellana, calibró la intensidad de mi desconcierto y procesó lo que veía—. Muy bien —dijo—, voy a registrarte. Sé que estás herida. ¿Me das tu permiso? —No contesté. Me miró fijamente a los ojos y vi en ellos una expresión de bondad. Aguanté su mirada unos momentos antes de asentir. Dio un paso más y me cogió de la mandíbula para abrirme la boca despacio pero con firmeza. Con la otra mano, me puso dos dedos encima de la lengua y empujó hacia abajo. Los movió, me tocó el paladar y después los sacó. Apreté los ojos cuando me rozó la parte herida de los carrillos—: ¿Cuándo hiciste pis por última vez? —preguntó. Negué con la cabeza, y luego me acordé.

—Esta mañana —contesté. Me salió la voz quebrada y ronca, como si hubiera envejecido desde que me puse en camino.

—¿Has vomitado? —volvió a preguntar. Dije que sí y respondió—: Bueno, si no han tenido que traerte en brazos supongo que tus pies pueden esperar. —Noté en su acento un toque cantarín, puede que de la zona de West Country o de Gales, pero estaba demasiado desorientada para identificarlo. Lanzó un suspiro —: Bien. Tengo que colocarte ese hombro. Lo siento.

Sin darme tiempo a decir nada, me puso las manos en el cuello y empezó a presionar a lo largo de la clavícula y en la axila. Me cogió la muñeca y el codo y me levantó el brazo. Intenté no gritar, pero el dolor era brutal y se me escapó un grito ahogado, estridente como la voz de un pájaro. Me agarró con más fuerza y me obligó a hacer un círculo amplio con el brazo. Me pareció que la escápula rozaba con el manguito del hombro al girar. Para entonces había roto a llorar, por la intensidad de la manipulación, y, aunque intenté soltarme, la fuerza con que me tenía sujeta no me lo permitió.

—No, no, no —dijo. Como si hablara con un animal reacio. Por fin me bajó

el brazo y me lo apretó contra el costado, me dobló el codo y me llevó la mano al pecho—. Llévelo así —susurró, en una voz tan baja que casi no se oía. Luego, en un tono normal, añadió—: Sí, está fracturado.

El reconocimiento había terminado. Mientras esperaba a que aquel dolor punzante se calmara, Megan recogió la mochila que estaba en el suelo, a mis pies. Sus ojos se cruzaron un momento con los míos, pero enseguida apartó la vista. Vi que el tatuaje azul de la oreja le cubría todo el cuero cabelludo, hasta la línea central de la nuca, y desaparecía por debajo del cuello del jersey. Me quedé mirándolo y me concentré en la cenefa de los bordes, para distraerme del dolor. Me imaginé la tinta azul deslizándose por debajo de su ropa. Seguí las curvas que trazaba al enroscarse en la columna, por encima de las costillas, por la cadera, por la pierna y por la planta del pie. Me imaginé que la línea continuaba hasta derramarse en el crepúsculo azul, como un río en un lago. El dolor se calmó poco a poco. Cuando volví a mirarla, estaba echándose la mochila a la espalda. Parecía un fardo absurdo y enorme en aquel esqueleto tan delgado, como el caparazón de un escarabajo. Se alejó entre los establos. Oí que retiraba un cerrojo metálico y que una puerta chirriaba al abrirse. Poco después volvió sin el macuto, con un recipiente de plástico lleno de algún líquido.

La que me había movilizado el brazo en la penumbra retrocedió unos pasos y una vez más lanzó un suspiro fuerte. Tenía el ceño arrugado y parecía preocupada. Puso las manos en jarras y echó la cabeza hacia delante.

—Eso no es recomendable —dijo—. ¡No estoy de acuerdo ni de coña!

Por detrás de ella, entre las sombras del patio, otra voz contestó:

—Dale el agua. Y luego llévala a la perrera. Está suficientemente bien.

Las dos mujeres que me habían encontrado me cogieron de los brazos. Mientras doblábamos la esquina de la fachada de la granja, miré hacia las montañas. Quedaba tan poca luz que el horizonte casi había desaparecido. Escudriñé a lo lejos. El terreno había perdido definición, y la cumbre del High Street parecía desangrarse en el pozo verdeazulado de la noche. A pesar de que las formas se confundían en la oscuridad, por unos segundos creí ver una fila de siluetas negras, de cuerpos humanos erguidos en el risco contra el fondo del cielo. No estaba segura pero, en el tiempo que duró esa mirada, antes de que me metieran en una caseta de hierro estrecha, me pareció que había un círculo de personas en la ladera de la montaña de Carhullan. Eran demasiadas para poder contarlas.

Lo que vino a continuación fue insoportable. Me dejaron en la caseta unos tres días, aunque quienes me encerraron allí no me confirmaron cuántos fueron. Al final había perdido la noción del tiempo y no sabía si había sumado bien las horas o había olvidado algunos intervalos. Era imposible medirlo, imposible llevar la cuenta.

La oscuridad era total. Únicamente el cambio de temperatura en las paredes onduladas me indicaba que el sol estaba calentando los costados de la cámara de hierro, y el olor a orina y a sudor se intensificaba con el calor. Las reducidas dimensiones de la celda, poco más de medio metro cuadrado, apenas me dejaban espacio para sentarme y aún menos para acostarme o estirarme. Dentro solo había un taburete de madera, roto. El asiento era duro y plano, demasiado pequeño para descansar cómodamente. Una sola pata iba de la tabla al suelo, formando una cruz. No estaba bien clavada, y el taburete se movía y se inclinaba sobre su eje, tambaleándose cada vez que desplazaba el peso del cuerpo. Tenía que ajustar la posición continuamente, y cuando me quedaba adormilada me despertaba con un sobresalto, llena de pánico y con la sensación de que me caía, o con el eco metálico de la pared al chocar contra ella.

Me habían dejado a los pies el envase de agua antes de cerrar y atrancar la puerta. Al inclinarme para cogerlo me di con la cabeza contra la chapa oxidada y tuve que estirar el cuello hacia un lado y apoyar una mano en la pared para protegerme del filo de los parches de metal rotos. Llevaba varias horas sin tomar ningún líquido. Desenrosqué el tapón y bebí con tanta avidez, a tragos tan grandes, que terminé ahogándome. Fue demasiado. Se me encogió el estómago y lo vomité todo, soltando un chorro amargo que me resbaló por la barbilla y la ropa. A pesar de la sed, sabía que tenía que moderarme, limitarme a beber poco a poco. Cada vez que bebía agitaba la botella para calcular cuánto quedaba, cuánto me duraría. No me llevaron comida.

El encierro empeoraba con el paso de las horas. Tenía calambres y necesitaba cambiar de posición constantemente y frotarme las piernas hasta que me dejaban de temblar. Los espasmos musculares en los muslos y las pantorrillas parecían incontrolables. La caminata me había dejado las piernas al borde de la convulsión; les faltaban proteínas y espacio para recuperarse. Me dolía la espalda de cargar con el peso de la mochila y del esfuerzo que me suponía mantenerla erguida después de aquel ejercicio, de doblarme y retorcerme cuando intentaba dormir apoyada en los rincones de la caseta. Lo único que quería era dormir, y no podía. La celda no me lo permitía. Intenté hacerme un ovillo

alrededor del taburete, con la mejilla apoyada en la mano, pero el suelo estaba húmedo y sucio. Apestaba a mierda y a pis. No sabía si de animales o de personas. Me aterraba pensar que pudiera ser de otros rehenes, de otros que hubieran llegado antes que yo. Procuraba no pensarlo, me decía que no habían encerrado a nadie allí por alguna razón aterradora, pero en el fondo sabía que sí.

Unas horas después de beber me entraron ganas de hacer pis. Me puse a dar golpes en las paredes de hierro y pedí que alguien me dejara salir, pero fue inútil. Nadie contestó. Nadie me negó la petición. Fuera solo se oía el oboe del viento entre la hierba y el extraño pitido nocturno del páramo. Al cabo de otra hora empezó a arderme la vejiga, estaba a punto de estallar, y comprendí que no tenía más remedio que vaciarla en aquel agujero. Me bajé los pantalones y me acuclillé como pude. Dejé la botella de agua encima del taburete y traté de abrir las piernas, pero otra vez me eché a temblar incontrolablemente y el chorro caliente me cayó en los tobillos. Cada vez que intentaba hacer pis me pasaba lo mismo. Al final ni siquiera me molestaba en estar seca y limpia. Aflojaba la vejiga sin levantarme del asiento y dejaba que la orina empapara la madera y cayera por las perneras de los pantalones.

En aquella oscuridad constante empecé a no saber dónde estaba. A veces el espacio me parecía más grande, más amplio. A veces me parecía que podía levantarme y andar hasta el otro lado con los brazos abiertos, incluso correr, como si estuviera en un gran palacio de mármol. Me despertaba y creía que estaba en casa y buscaba la lámpara solar debajo de la cama, pero me cortaba los nudillos con la pared. Y salía de estos trances aporreando el hierro con la cabeza o con las manos y soltando el aire del pecho con la sensación de que las paredes me aplastaban.

Me despertaba con la certeza del hambre y la ceguera. De repente veía parpadear algunas imágenes en el vacío de la oscuridad. Veía caras conocidas y desconocidas, tenía visiones de asesinatos y violaciones. Los gusanos se multiplicaban en mis heridas. Cuando intentaba quitármelos me arrancaba la piel a tiras. Nunca había sentido claustrofobia en las abarrotadas viviendas de Rith, y tampoco cuando me metía en la carcasa de las turbinas abandonadas en la fábrica. Pero el ambiente rancio y la implacable negrura de la perrera me hacían hervir de histeria.

Me desorientaba con aquellos intervalos de sueño entrecortado. Soñaba que habían enterrado mi ataúd en los barrancos de la turbera, donde terminé tendida de bruces cuando me asaltaron, con la boca llena de fango y las manos

inmovilizadas en la espalda. Soñaba que me arrastraba por túneles subterráneos, que arrancaba las cuerdas de las raíces y la tierra se hundía sobre mí, se me metía en los oídos y en la boca, en las cuencas de los ojos vacías. Y soñaba que estaba dentro de la boca de una mujer de hierro. Me atenazaba con los dientes y me llevaba hasta su guarida de metal destrozado en las montañas. Oía el crujido de sus zancadas, como planchas de metal golpeadas por el viento.

Llamaba para que alguien viniese, para que alguien me ayudara, por favor. Cuando me encerraron no opuse resistencia, solo intenté explicarme con esas dos mujeres. Les dije que había venido porque creía en ellas. Por cómo me sentía. Porque llevaba dentro una espiral, una furia que me estaba desgarrando. Había venido porque lo que quedaba del país era la desfiguración de su enfermedad, los defectos de sus trastornos, y no quería contagiarme.

A lo largo de aquellas horas, intenté buscar palabras más exactas para decirles por qué estaba allí, quién era y quién quería ser. Me ponía a murmurar cada vez que creía que había alguien en la puerta ondulada y estrecha. Suplicaba, imploraba que confiaran en mí. Me negaba a aceptar su silencio, su abandono, y me aterraba pensar que se habían olvidado de mí y me dejarían morir. Les decía que era un error. Un malentendido. Que estaba allí porque era como ellas. Les pedía perdón por no haber venido antes. Golpeaba las paredes de la caseta hasta que notaba el olor a plomo de la sangre que me corría por los brazos.

No era una tortura. No era tortura porque nadie me estaba arrancando las uñas y echándome sal en las heridas. En la caja de hierro no había nadie más que yo. Empecé a reconocer que la culpa era mía, que era yo quien me atormentaba. No me estaban matando lentamente, metódicamente, con cables o instrumentos al rojo vivo. Esperaban a que me derrumbara, a que usara los filos romos de la razón para machacarme la cabeza y los punzantes para sajar las últimas ampollas de cordura. A veces pensaba que seguía tirada en el monte, con el cráneo reventado contra una roca cubierta de pálido liquen, mientras el ciervo pasaba corriendo a mi lado. Pensaba que lo estaba soñando todo mientras esperaba a que me encontrasen. Después no pensaba en nada.

Me llegaba el olor de la comida recién hecha. En el suelo había un montón de una sustancia blanda. Me lo metí en la boca antes de darme cuenta de que era mierda.

Oía la risa de Andrew. Le oía dar golpes en una pared de la celda y decir que había una carta para mí esperándome en casa. Mi número había salido en el sorteo de la tarde, me había tocado la reproducción. Podíamos intentar concebir

si aún quería tener un hijo. Mi madre se me acercaba con una caja iluminada. Le faltaban los dos pechos y tenía clavijas en las cicatrices de la mastectomía, para unir las incisiones. No era la misma mujer que la de las fotografías que me dieron cuando tenía cinco años, sino la que me había metido los dedos en la boca para comprobar cuánto tiempo soportaría estar allí. Se metía entre mis piernas y me sacaba el perro muerto que había visto en el jardín de mi padre. Yo lo cogía en brazos y me parecía un saco de cuero húmedo.

Al final me di cuenta de que si me dejaban mucho más tiempo encerrada no sobreviviría a todas las muertes que era capaz de imaginar.



Archivo tres  
Íntegramente recuperado

Me despertó poniéndome una mano en la frente. Estaba tumbada de espaldas y por fin podía mover las articulaciones y estirar el cuerpo. Mi primera sensación fue la de estar desatada, tan relajada y cómoda que casi no podía despertarme, y si la mano no se hubiera quedado donde estaba, presionando ligeramente, me habría vuelto a envolver y a sumergir en aquellas suaves capas de inconsciencia. Pero ella no quería eso. Dijo una palabra, seguida de un número, y traté de acercarme al sonido, como si lo reconociera, pero se me escapó.

No entendía cómo había podido derribar a patadas las paredes de hierro y hacer espacio suficiente para estirar las piernas y desenroscar la espalda. Los pensamientos llegaban muy despacio y me costaba ordenarlos. Si la puerta de la perrera estaba abierta, podía escapar. Si la caseta era una especie de rompecabezas, no sé cómo pero había sido capaz de descifrarlo, había dado un salto, un giro que resolvía el enigma, y las paredes de la jaula se habían caído. Podía dormir. El taburete había desaparecido y estaba tumbada en el suelo. Sin embargo, ahora era liso y notaba una fragancia a jabón.

Abrí los ojos y me molestó el brillo de la luz. Vi el cielo blanquecino y agrietado encima de mí. Era un techo. Un fino rayo de sol lo atravesaba y lo descomponía en un prisma verde claro en un extremo; una forma demasiado bonita y luminosa para quedarme mirándola. El último dedo de la mano de una mujer estaba posado como una visera que teñía de rosa mi campo visual. Al volver la cabeza para mirarla, retiró el dedo y sentí una almohada blanda debajo de la mejilla. Estaba en una cama. Estaba en la granja.

—Una buena caminata —dijo. Esperé hasta que fui capaz de enfocarla bien. Notaba los ojos irritados y doloridos, como si me hubieran operado—. Estamos donde antes anidaban las águilas —continuó—. La escala no está bien representada en los mapas. Lo llaman reserva nula. Por lo visto lo hacían para que la gente no robase los huevos. —Se rio—. Aunque no es útil para quienes intentan llegar, ¿verdad? De todos modos, has llegado. A Shangri-La.

Tenía un acento parecido al mío, menos urbano y con las vocales más abiertas. No era el acento rural de la comarca. La miré a la cara y por fin la vi. Era mayor, lógicamente. Puede que ya hubiera cumplido los cuarenta pero

la reconocí al instante. Tenía el perfil de la mandíbula más grueso, aunque levemente deformado todavía, torcido, con la sonrisa más alta a la izquierda, como si siempre masticara por ese lado. En la parte inferior de la mejilla inmóvil tenía un pliegue de piel extraño, una línea hundida, como la marca de un corte cerrado con puntos de sutura. En las fotos de los periódicos nunca me había fijado. Llevaba el pelo largo, hasta los hombros, con algunos mechones canosos. Por una parte le suavizaba los rasgos y por otra no casaba con ella.

Pero eran los ojos los que la delataban. Los ojos de Jackie Nixon eran del color de la pizarra del lecho de los ríos. Las fotos nunca consiguieron atenuar o alterar su brillo. Aunque eran fotos en blanco y negro, no ocultaban su mirada fría y clara, y supe que aquella tierra tenía algo que ver en la formación de su personalidad.

En ese momento me estaba mirando con una expresión curiosa y paciente, como si quisiera comunicarse conmigo, aunque consciente de mi incapacidad, sabiendo que la conversación sería muy limitada. Vio que se me humedecían los ojos y apartó la mirada a un lado de mi mejilla cuando las lágrimas empezaron a caerme por la nariz y las pestañas y mojaron la sábana. Pestañeeé y apreté los párpados para escurrir el líquido, avergonzada de no poder guardar la compostura en su presencia. Y entonces mi cerebro se encendió de golpe. Era ella. Era Jackie. Estaba a menos de un metro de mí. Viva y en persona.

Traté de incorporarme pero tenía todo el cuerpo entumecido y vi que me habían puesto el brazo en cabestrillo, de manera que solo podía apoyarme en el otro codo. Después de varios intentos conseguí sentarme torpemente. En lugar de ayudarme, me dejó que soportara el dolor y el impedimento de las vendas. Estaba sentada en una silla de madera, al lado de la cama, con el cuerpo inclinado hacia delante y los codos en las rodillas, las muñecas dobladas y cruzadas como garras. Llevaba ropa de faena y una camiseta de manga larga. Una cadena fina, de plata, le colgaba del cuello. Me froté los ojos, incapaz de dejar de llorar. Me habían vendado el corte de la mano y noté un olor dulce al acercármela a la cara, casi empalagoso, como si me hubieran puesto algún ungüento floral.

Jackie se levantó mínimamente, se agachó y arrastró la silla unos centímetros.

—No te preocupes, Hermana. Solamente tienes hambre. Quizá puedas tomar unas gachas de avena. He pedido a las chicas que te las preparen. —Volvió a sonreír, con simpatía, como si yo fuera una niña que acabara de despertar de una enfermedad y estuviera naturalmente muerta de hambre y con ganas de comer.

Tenía el cutis casi quemado, pulido en algunas zonas y con la piel áspera en otras. Siguió mirándome un buen rato y luego se levantó de repente, arañando el suelo de madera con la silla. Fue hasta la puerta y, a pesar de que era relativamente baja, vi que tenía que agacharse para pasar por debajo del dintel de roble. Después oí sus botas en las escaleras.

Me di cuenta de que llevaba un rato aguantando la respiración. Me temblaron los pulmones al soltar el aire. Eché un vistazo alrededor. En la mesilla, al lado de la cama, había un vaso de agua. La sed de los últimos días no me había abandonado, así que lo cogí y lo vacié de un trago. El líquido me escoció al pasar por la boca. Me habían salido llagas en los carrillos, donde me había mordido la carne. Notaba los agujeritos irritados al rozarlos con la punta de la lengua. La enfermedad me había dejado un sabor a azufre en la garganta. Sabía que necesitaba llenar un poco el estómago. Por lo demás estaba limpia, pero tenía la boca áspera y sucia por la acidez de los jugos gástricos. Me pasé revista. Estaba destrozada y dolorida, más débil que cansada, pero menos desorientada y angustiada. El delirio y el miedo que sentí mientras estuve encerrada en la celda de metal se habían ido, aunque de vez en cuando me venían fogonazos de recuerdos y temía que si cerraba los ojos volvieran a asaltarme las mismas imágenes aterradoras y la misma sensación de restricción.

Intenté concentrarme en el presente. Era evidente que me habían lavado y curado las heridas. Aparte del cabestrillo del brazo, estaba desnuda de cintura para arriba y me habían puesto ropa interior limpia de la mochila. Tenía tiritas en los talones y los dedos de los pies y, cuando los movía, notaba una humedad cremosa debajo del plástico rígido. Retiré las sábanas y vi que la rodilla se me había puesto morada y gris, del golpe que me di contra la piedra.

Llegaban voces suaves del piso de abajo, golpes y actividad general, puertas que se abrían y se cerraban. Fuera se oían más ruidos, pisotones, relinchos y mugidos de animales. De momento solo había conocido a un puñado de mujeres, aunque sabía que tenía que haber más. Las siluetas que vi recortadas contra el cielo aquella noche no habían sido un efecto óptico ni una falsa proyección de mi mirada. Era probable que hubieran evacuado la granja antes de mi llegada.

Salí de la cama y me acerqué a la ventana cojeando. La luz oblicua del otoño cubría el patio. Las hojas marrones y los penachos de las adelfillas revoloteaban sobre las losas de granito. Alguien había dejado un libro boca abajo en los peldaños de piedra que llevaban a una puerta en la que había una polea colgada de un gancho. Las páginas aleteaban. Había dos mujeres hablando en la entrada

de uno de los graneros. La brisa fuerte les aplastaba el pelo y les abría líneas blancas en el cuero cabelludo. Una tenía en las manos una caja de hortalizas: nabos, zanahorias y coles. La otra llevaba en brazos un fardo de tela. Cuando cambió ligeramente el peso del cuerpo, una mano diminuta asomó entre los pliegues. La que estaba a su lado se calzó la caja de tubérculos y verduras en la cadera, cogió los deditos con la mano libre y se agachó para besarlos. Tardé un momento en comprender lo que había visto. Seguía teniendo los ojos húmedos y escocidos pero no me equivocaba. Había un recién nacido en Carhullan.

Las mujeres se separaron y cruzaron el patio en dirección contraria, y entonces miré más adelante. Entre los huecos de los cobertizos alcancé a ver los campos y las zanjas por las que me habían escoltado. Una docena de frutales se mecían al viento cercados por tres paredes altas. Debajo de las ramas más bajas pacían cuatro cabras blancas y marrones. A una de ellas la estaban ordeñando.

Más allá se vislumbraba una columna de unos veinte cuerpos postrados en el suelo. Llevaban pantalones cortos y las piernas parecían muy claras en comparación con la turba. Al cabo de un rato vi que se movían arriba y abajo, que cambiaban de posición cada pocos segundos, que abrían los brazos y los pegaban luego a los costados.

Cuando me aparté de la ventana, Jackie estaba en el umbral de la puerta. No la había oído subir las escaleras. Llevaba una bandeja con un cuenco humeante, una jarra y un plato con trozos de manzana.

—Te has levantado. ¡Eso está bien! ¿Te apetece echar una carrera, ya que no estás tumbada mirando al cielo? Estoy a punto de salir con mi unidad.

—No, por Dios —dije. Y me di cuenta de que agrandé los ojos. Jackie soltó una risotada.

—No pasa nada. Lo he dicho solo para joderte un poco. Lo primero es lo primero, y antes tenemos que ponerte en forma. —Señaló la bandeja y dijo—: Son gachas. Con un poco de sagú. Te perdono si has pensado que eran huevas de rana, pero eso no se lo diremos a la Hermana Ruthie. Es su competencia y no le gusta que le hagan demasiados comentarios.

Me indicó con la cabeza que volviera a la cama, y la obedecí. Después se acercó y me pasó la bandeja. La cogí con la mano libre y no conseguí sujetarla bien. El cuenco y la jarra se deslizaron hasta el borde. Sintiéndome torpe y débil, la enderecé y me la puse en las rodillas.

Me rugían las tripas de hambre. La masa blanca del cuenco olía a almidón y un poco a sal. Me recordó a los cucuruchos de palomitas que vendían en los

cines de Rith cuando yo era pequeña. En el centro de la papilla había un charquito de aceite amarillo. La jarra estaba llena de leche densa y cremosa.

Jackie volvió a sentarse en la silla, a mi lado.

—Igual te sabe un poco raro, aunque va mejorando con el tiempo. Lleva mantequilla, para darnos un poco de aislamiento en invierno. Yo no te veo mal, pero las chicas dicen que en esta época del año es conveniente engordar un par de kilos, para no agotarse. —Asentí con la cabeza, cogí la cuchara y empecé a comer. Estaba ardiendo y me quemé el paladar y las llagas de los carrillos, pero tenía tanta hambre que me dio igual. Me llené la boca de aire para refrescarla y tragué. Jackie sirvió un poco de leche en el cuenco. Al inclinarse, me rozó con el brazo. Su camiseta desprendía un olor práctico, como las fibras impermeables de un chubasquero. Se llevó la jarra a los labios y se bebió los restos de leche.

Me sentía un poco cohibida, comiendo tan deprisa y medio desnuda, con un pecho cubierto por el cabestrillo y el otro al aire. Era consciente de que debía de parecer muy vulnerable, de que ya había demostrado que lo era. Por culpa de eso las había pasado canutas. Estábamos en civilizada compañía y nos conducíamos con diplomacia, pero yo sabía que era Jackie quien había tomado la decisión de encerrarme; era su voz la que había oído en la oscuridad, condenándome a ese agujero inmundo y sofocante.

Había sido cruel. Ahora me estaba recompensando, puede que dándome una tregua. Incluso cuidándome. No hacía nada con intención de intimidarme pero su presencia me ponía nerviosa de todos modos. Quería conocerla desde hacía mucho tiempo. Había sido capaz de construir una empresa rural en condiciones extremas y de dirigirla durante casi dos décadas, mientras todo lo demás se había desmoronado. Vista de cerca, tenía un aspecto resistente, una fachada curtida y áspera. Y también el aplomo de quien ejerce el poder y consigue que los demás se sometan a sus exigencias.

Levantó una pierna y se sentó con la bota debajo del muslo.

—Bueno, ¿por dónde empezamos, Hermana? Seguro que tienes mucho que contarnos. Aunque también es justo que quieras hacer algunas preguntas. —Levantó las cejas mientras esperaba mi respuesta. Me terminé primero las gachas, incapaz de parar de comer, y luego aparté la bandeja. El letargo del que me había desprendido regresó agradablemente al llenar mi organismo de alimento, pero quería estar bien despierta.

—¿Cuántas sois? —pregunté.

—Sesenta y cuatro —dijo, entrecerrando los ojos—. Eso hasta hace ocho

semanas. Supongo que ya has visto a la pequeña por la ventana. —No esperó mi respuesta antes de continuar—: Se llama Stella. La segunda generación es más grande de lo que esperábamos. Ya has conocido a la mayor de todas: Megan. Por lo visto te dio una buena paliza. Es un poco irritable. Eres la primera que nos pone a prueba. En algún momento te pedirá disculpas, o no. No era un asunto personal. Es una tía muy dura y está muy bien entrenada. —Le brillaron los ojos, de orgullo quizá—. Si crees que hay un problema entre vosotras, eres tú quien debe plantearlo. A mí no me vengas con rollos. Aquí cada una se resuelve sus mierdas cuando surgen, cara a cara. Así es como funcionamos, ¿de acuerdo? — Se cruzó de brazos, y el asiento crujió al inclinarse en él—. Hemos conseguido manejar bien los partos, gracias a la Hermana Lorry. Solo perdimos un bebé, y eso fue antes de que ella llegase.

Cogí un trozo de manzana del plato y lo mordí. Estaba dulce, crujiente y llena de jugo. Era la fruta más deliciosa que había probado en años. Jackie notó en mi expresión el placer que me producía.

—Sí, es una manzana roja de Egremont. ¿Verdad que están riquísimas? Ahora tenemos un clima templado y podemos producirlas. Este año hemos tenido una buena cosecha. Y mira. La han cortado para ti, por si no podías masticar bien con lo hecha polvo que estás. Son buenas chicas. —Se acercó para robarme un trozo de manzana y me guiñó un ojo—. En diciembre estaremos hartas de ellas. Pero no de la sidra. —Pronunció la última palabra como si tarareara su cadencia. Fue un cambio de registro juguetón, inesperado, y su actitud se transformó por completo. De repente me fascinó. Luego, con la misma velocidad, se olvidó de la broma y su gesto volvió a endurecerse.

Irradiaba dureza, una especie de fuerza amplificada e interiorizada que mi padre habría definido como brío norteño. De pequeña, en Rith, yo había conocido a chicas con esa misma cualidad. Llevaban navajas y se peleaban en la puerta del colegio, sin preocuparse por lo que pudiera pasarles a su ropa o a su cara, y coqueteaban con los hombres sin ninguna frivolidad. Jackie tenía un estilo más maduro y auténtico. Viéndola sentada a mi lado, parecía demasiado inactiva para tanta energía, demasiado inquieta bajo aquella apariencia de tranquilidad. Daba la sensación de que su piel a duras penas podía contener aquella esencia.

Me pregunté qué pensarían de ella las demás. A pesar de su supuesta igualdad y de sus normas de funcionamiento, desde la primera noche me resultó evidente que en Carhullan se regían por un sistema de control, que había una jerarquía y

todo el mundo obedecía las órdenes de Jackie Nixon. Ella era superior. El macho alfa. Mientras seguía observándome, pensé en todas las personas que habían subido por esas montañas, quince años antes, porque habían oído su nombre. Con el paso del tiempo seguramente se había convertido en un ser místico, ya que era una de las fundadoras de Carhullan. De momento no había visto a la otra.

Me sorprendió que no vinieran juntas a ponerme al corriente de las normas. Me comí el último trozo de manzana y me limpié la boca.

—¿Dónde está Veronique? —pregunté—. ¿Puedo conocerla? —Jackie tenía la barbilla apoyada en la mano. La agachó un poco y se apretó la boca con los nudillos. Se apretó los dientes desiguales. La tensión se dibujó en su frente.

—No. Está muerta, Hermana.

Me miró a los ojos mientras yo fui capaz de aguantar su mirada. No la resistía. Aparté la cabeza y dirigí la vista hacia la ventana.

—Murió hace tres años. —Hubo un silencio incómodo.

—Lo siento —dije, mirándola de nuevo. Quería decir algo más, pero me impresionó la mueca que había puesto y no me atreví a expresar más que esta breve condolencia. Tenía un gesto horroroso, y no estaba segura de si era sincero o no. Pensé que estaba bromeando y enseguida me pediría disculpas por este alarde de humor negro, me diría que Vee estaba en la granja con las demás. Pero no dijo nada. Aunque recuperó la sonrisa, noté que estaba tensa y alterada. No quedaba ni una pizca de alegría en sus ojos fríos y claros—. La vida sigue. Querida o envilecida.

Entonces me di cuenta de que hablaba en serio. Un escalofrío me recorrió la piel, a pesar de que el sol de otoño calentaba el dormitorio con una luz cálida y del color de la sidra. Se me endureció el pezón que tenía debajo del brazo y de pronto sentí el pecho húmedo y frío. Intenté cubrirme con las sábanas, pero estaban atrapadas debajo de la bandeja.

Jackie vio mi incomodidad. La mueca se borró de su cara, y se levantó.

—Pronto verás cómo funciona todo. Somos estrictas, pero las normas son bastante sencillas. No somos fáciles. Quiero que lo sepas, Hermana, y sé que por eso estás aquí. —Se calló un momento, como para darme tiempo a asimilar lo que acababa de decir, pero me pareció que hablaba con una extraña confianza, en clave, como si se dirigiera a otra persona, a alguien que conocía la granja mejor que yo.

Continuó con su somera iniciación.



—Por si te apetece, tu champú y tu desodorante están en la caseta, con nuestras reservas de jabón. Me temo que no durarán mucho en cuanto corra la voz. No somos una institución demasiado limpia. El váter es la última caseta de la izquierda, y hay papel de reserva. Máximo tres tiras para cagar. Coge también un tubo de vaselina y no te olvides de usarlo. La Hermana Lorry vendrá a verte luego. Te dirá cómo sacarte esa mierda de dentro.

Su estado de ánimo experimentó otro cambio radical. Se puso en jarras delante de mí.

—Oye, me trae sin cuidado que seas bollera, pero no lo digas, ¿vale? No quiero que estas perras se peleen por un coño nuevo. No es buen momento. —Se pasó la lengua por las comisuras de los labios y se acercó a la puerta—. Duerme un poco más si quieres —añadió, asintiendo con la cabeza. Y tuve la sensación de que no me dejaba elegir. Salió y cerró la puerta, pero esta vez no oí alejarse sus pasos.

Después de que Jackie se marchara, me quedé mirando las vetas de la madera de la puerta. Volvía a dolerme el hombro y me di cuenta de que estaba completamente tensa. Intenté relajarme, pero me sentía recriminada. Y las muchas caras de Jackie Nixon me habían dejado atónita. Había pasado del humor al pragmatismo, de la ligereza a la invectiva para presentarse y tratar los asuntos que quería discutir conmigo. Encontraba lagunas en su descripción de la convivencia de la granja y necesitaba más datos. No había dicho nada de mi fusil ni de las fotos suyas que yo guardaba en la lata. Y tampoco se había disculpado por encerrarme de esa manera.

No. No me hacía sentir bienvenida. Aunque a juzgar por su actitud, estaba claro que podía quedarme en Carhullan sin necesidad de presentar una solicitud oficial. Al menos de momento.

Había estado observando por la ventana a los grupos de mujeres que corrían furtivamente por el monte, escalando las abruptas laderas y tratando de alcanzar la cumbre sin que las vieran los dos centinelas apostadas en el mojón. Me pareció que algunas llevaban en la mano varas de madera. Otras se escondían entre los tojos a la espera de una señal. Sus maniobras encubiertas parecían perseguir una misión imposible, hasta que una consiguió atravesar un peñasco recortado, rodear la cima y atacar a las centinelas por la espalda. Me pregunté si sería Megan. A las que no lograban salir de su escondite sin que las descubrieran

las obligaban a arrodillarse y poner las manos detrás de la cabeza.

Más cerca de la granja, en un campo que había al lado de la caseta de metal donde me encarcelaron, otro grupo de mujeres estaba entrenando por parejas, con el objetivo de derribar a la compañera. No sabía si estaban practicando algún arte marcial o una especie de habilidad combinada. Al cabo de un rato vi que Jackie se sumaba al grupo y les explicaba cómo hacer un movimiento. Una mujer se levantó y se ofreció voluntaria para pelear con ella. Separaron las piernas y se agarraron de las muñecas, espalda con espalda. Forcejearon un poco, con los talones bien plantados en el suelo, hasta que la otra perdió pie y vi que se arqueaba y salía volando por el aire antes de aterrizar en la hierba. Cerré los ojos al ver cómo rebotaba la cabeza contra la turba.

Es probable que me hubiera aburrido esos días de convalecencia de no haber sido por aquellas actividades tan fascinantes. Tenía la sensación de que me permitían el acceso a un campo de entrenamiento privado. Los ejercicios que practicaban eran sumamente meticulosos. Ponían en ellos el máximo esfuerzo y, aunque no participaran en la acción, estaban alerta y lo observaban todo atentamente, acucilladas en un círculo alrededor del escenario del combate. No tardé en darme cuenta de lo fácil que debió de resultarles atrapar me en la ladera, cuando estaba subiendo hacia Carhullan, despacio y a plena vista.

El trasiego en el patio también era continuo. Oía el traqueteo de los barriles que empujaban rodando por el suelo de losas grandes y desniveladas, los golpes de la madera que apilaban. Metían y sacaban sacos de comida de los cobertizos. Una vez, una jauría de perros irrumpió en el patio, moviendo el rabo. Alborotaron tanto que tuvieron que echarlos. En los prados veía a los caballos besuqueándose o sacudiendo la cola, y echando a trotar cuando el viento los empujaba.

Jackie no me había dado permiso para salir de la casa principal ni dar una vuelta por la granja, así que me quedé en el dormitorio de piedra blanca, a ratos durmiendo, a ratos sentada como un gato en el banco de madera de la ventana y observando la actividad de las rutinas agrícolas. Me envolvía con la manta de la cama y me la ataba por debajo del cabestrillo. Seguían sin devolverme mi mochila.

Un par de veces recorrí despacio el largo pasillo hasta el cuarto de baño, pasando tímidamente por delante de varias puertas y con miedo a encontrarme con alguien. Me sentía como un fantasma deambulando por la tranquila buhardilla de la casa, desnuda y arrastrando una sábana; una voluta de aire, poco

más que vapor. El ruido y el hacinamiento de la casa en la que había vivido hasta unos días antes casi me parecían mentira. Allí la gente iba y volvía del trabajo como un reguero de hormigas; hacía cola para usar el baño y la cocina; follaba, se peleaba y lloraba; el suelo crujía con el peso de tantos cuerpos torturados, y el ambiente siempre estaba cargado de tensión.

A última hora de la tarde, Lorry llamó a la puerta y entró en la habitación. Yo empezaba a estar nerviosa, me sentía abandonada, y me alegré de ver una cara conocida, aunque nuestro primer encuentro hubiera sido una dolorosa exploración. Llevaba una túnica amarilla doblada en la mano. Se sentó en la cama y me dijo que me la pusiera cuando estuviera lista para bajar.

—Es el procedimiento de acogida habitual —dijo—. En realidad somos una panda muy tradicional. —En la otra mano llevaba un estuche de cuero negro, como un maletín de médico antiguo. Cuando lo abrió para sacar varios instrumentos envueltos en tela, me acordé de lo que me había contado Jackie, que Lorry era la encargada de atender los partos en la granja. También ella parecía llena de confianza y autoridad.

Pensé cómo había muerto Veronique, y si la médica y comadrona de Carhullan no había sido capaz de salvarla. Quizá hubiera sido un accidente, algo de lo que nadie hablaba porque era demasiado doloroso. Me entristeció pensarlo.

Quería preguntarle a Lorry todo lo que no había podido sacarle a Jackie en el rato que estuvimos hablando. De todas las mujeres a las que conocía de momento, Lorry había sido la más amable y la más suave, y protestó cuando me encerraron en la perrera, aunque solo fuese por principios médicos. Decidí no probar suerte. No tenía derecho a entrometerme y no sabía hasta qué punto podía preguntar sin faltar a la cortesía. Había visto que las cosas funcionaban relativamente bien y con considerable colaboración por parte de todas. Yo seguía siendo una intrusa.

—Tienes buen aspecto, dadas las circunstancias —dijo Lorry. Y se sentó en la cama revuelta—: Espero que no estés enfadada. Sé que debió de ser muy duro verte encerrada en ese agujero nada más llegar. —Movié la cabeza a un lado y a otro—. Jackie quería asegurarse: creíamos que ya no estábamos en el radar. —Me sonrió, y la arruga de su frente se hizo más profunda—. Seguramente quería ver de qué pasta estabas hecha. Puede ser un poco cabrona para esas cosas. Pero es su responsabilidad.

Lorry llevaba la misma falda larga de la otra vez, y una rebeca de lana grande, deformada en los puños y los codos. Me encogí de hombros todo lo que

me lo permitió el cabestrillo.

—Si alguien aparece con un arma y una foto mía probablemente yo habría hecho lo mismo —dije—. Me tomó por una asesina o una enviada de la Autoridad, ¿verdad? Y me encerró para que confesara. Habría confesado cualquier cosa con tal de salir de allí. —Lorry se echó a reír y me indicó con un gesto que me sentara a su lado, en la cama.

—Lo habrías hecho si hubiera sido cierto.

Volvió a examinarme el hombro y luego me quitó la venda de la mano. Vi una hilera de pulcros puntos negros.

—Me temo que aquí no podemos ponerte la antitetánica, pero te he lavado muy bien y no creo que te pase nada. Vigila que no empiece a ponerse verde.

Asentí y dije:

—Allí tampoco quedan dosis. Y si quedan hay que pagarlas. —Me miró y me fijé en que tenía en los iris unas vetas muy curiosas, verdes y de color caramelo. Tenía más canas de las que le había visto en la oscuridad del patio.

—Lo sé —contestó—. Pero sí tienen algunas vacunas, ¿no? ¡Qué hijos de puta! —Aunque por el tono se notaba que estaba indignada, seguía sonriendo amablemente, tácitamente, y vi que la crítica no iba contra mí. En realidad me expresaba su simpatía con amargura.

Otra vez me escocieron los ojos y se me llenaron de lágrimas. Me entraron ganas de abrazarla o de apoyar la cara en sus rodillas y llorar hasta quedarme dormida. El agotamiento me había dejado demasiado sensible, demasiado emotiva. Me mordí el labio y me dominé. Lorry sacó un frasco de cristal del maletín, le quitó el tapón y me extendió con el pulgar un bálsamo ceroso en la herida. Olía a miel y a hamamélide, y me escoció un poco.

—Sí. Hemos decidido acabar con la campaña contra la natalidad de la Autoridad. Estaría bien que hablaras de eso en alguna reunión. Si te apetece. Estamos un poco atascadas con ese asunto. —Me puso una gasa limpia en la palma de la mano—. En fin. ¿Cómo no voy a hacer yo eso?

Puede que hubiera sido la propia Lorry quien me había desnudado, lavado y atendido. Era evidente que estaba al tanto de mi situación, igual que Jackie, y yo me alegraba. Mientras me tocaba el brazo con aquellas manos ásperas, me sentí comprendida. Esa era la razón por la que Jackie me había tratado con simpatía, aunque seguía habiendo en su actitud algo calculado, puede que una nota de cautela acorde con su posición. La mujer que me estaba cuidando tenía otro papel. Se ocupaba de la salud. Me di cuenta de que en los años que llevaba en la

granja Lorry se había encargado de tratar cualquier dolencia femenina, cualquier daño corporal. No tenía necesidad de darle explicaciones ni plantear temas delicados. No tenía que justificar mi malestar, como me pasaba con Andrew.

Desde que me pusieron el dispositivo tenía molestias leves pero constantes, una especie de debilidad general, como si el aparato fuera una desagradable marca de nacimiento. Conocía a otras mujeres que también lo llevaban y aparentemente parecían las mismas de siempre, capaces de acostumbrarse a aquel cuerpo extraño. Pero en compañía de Lorry el dispositivo me parecía exactamente lo que era: un implante antinatural que invadía mi cuerpo y que yo rechazaba casi físicamente. Sentía como si tuviera una astilla clavada debajo de la piel; había dejado de pincharme, pero no me olvidaba de ella ni un solo día. Y bien que hacía en odiarlo.

—Quiero que me lo quites —le dije—. Me da igual que me duela. Quítamelo. —Me froté el brazo por encima de la sábana. Tenía muchas cosas que decir. Quería contárselo todo, explicarle lo mal que estaban las cosas, contarle lo que me habían hecho. Estuve a punto de perder los estribos—. Hay niñas de catorce años que lo llevan puesto. Y abuelas. ¿Qué derecho tienen a violarlas?

Lorry lanzó un suspiro y se apretó los muslos con las manos, pellizcándose la carne.

—Sí. Ya lo sé. No te preocupes. No te pasará nada. No puedo prometerte que vayas a disfrutar mientras te manipulo, pero creo que serás capaz de soportarlo.

Noté que se torcía un poco al levantarse, que apoyaba una cadera más que la otra. Pensaba que tenía alrededor de cincuenta años, pero ahora me pareció que podían ser más.

—Voy a prepararme —dijo—. Será mejor que lo hagamos cuanto antes. Siéntate bien. —Se quedó a los pies de la cama, cogió la tela amarilla que traía y la desplegó. Era una túnica, como las que yo había visto que llevaban las mujeres de Carhullan cuando iban al mercado hacía muchos años—. ¡Ja! ¡Como en los viejos tiempos! —dijo—. Creo que me va a gustar ver a alguien vestida así otra vez. Y ¿sabes qué? Lo estoy deseando. Necesitamos recuperar un poco de pasión.

Al día siguiente por fin bajé a la inmensa cocina de Carhullan. Estaba dolorida por lo que tuvo que hacerme Lorry para quitarme el gancho y el alambre, aún sangraba un poco y tenía calambres. Me había dado un trago de una especie de

jarabe dulce que me dejó adormilada y aturdida. Se disculpó por darme un sedante de fabricación casera y me explicó que le costaba mucho elegir entre sus escasas provisiones de analgésicos y anestésicos. Volvió a disculparse y dijo que esperaba no hacerme demasiado daño. El año pasado había tenido que cortarle el dedo de la mano a una mujer, después de un accidente en el molino de avena — estaba casi destrozado, machacado—, y la intervención fue muy dura. Al final, la mujer tuvo que soportarlo sin anestesia. Empleaban mucho el método antiguo de la cuchara de madera. También lo usaban para sacar los dientes. Pero así eran las cosas en Carhullan. Los suministros escaseaban.

Lorry empezó entonces a trabajar. Actuó de prisa y con decisión, obligándome a separar las rodillas cuando me agarrotaba y me resistía. Después me dio un trapo de tela suave y me dijo que me lo pusiera en las bragas, para absorber la hemorragia. De todos modos, seguía sintiendo la zona tensa y escocida. Intenté pasar el resto del día durmiendo. Me dejó otra dosis de jarabe en la mesilla, y en algún momento de la noche, cuando me desperté con un retortijón tremendo, me lo tomé y volví a quedarme KO. Por la mañana vi manchas de sangre marrón oscura en las sábanas. Las quité de la cama, fui al baño a lavarme y las puse a remojo en la antigua bañera de cobre. Me miré en el espejo que estaba enfrente de la bañera y me vi pálida como un cadáver. Me resultó raro ver mi reflejo después de varios días. Casi no me reconocía.

A mediodía, Lorry vino a verme y me trajo sábanas limpias.

—Pronto estarás bien, pero tómatelo con calma, ¿vale? Date tiempo para recuperarte. No solo físicamente. —Intenté que se quedara un rato a hablar conmigo, pero dijo que estaba muy ocupada; tenía que atender a un par de caballos y matar a una cerda. También era la veterinaria y la carnicera de la granja.

No me apetecía seguir encerrada en el dormitorio. Empezaba a sentirme como un pájaro que entra por una ventana abierta, choca sin querer contra las vigas, se desorienta y ya no sabe encontrar la salida. Aunque en parte la esperaba, Jackie no volvió a verme y no hubo más momentos de iniciación o bienvenida; no volvieron a llevarme comida en una bandeja, y los ruidos de la gente ocupada en sus tareas, en el piso de abajo y fuera, no hacían más que señalar mi exclusión. Cuando se me pasó el efecto del segundo analgésico de hierbas, me entraron temblores. Tenía sed y volví a notar el estómago vacío. Sabía que la decisión de salir era únicamente mía. Fue el hambre más que el valor lo que me empujó. A última hora de la tarde, la desesperación me puso por

fin en movimiento. Para entonces los espasmos se habían calmado un poco y me sentía en condiciones de enfrentarme a todas aquellas personas que seguramente estaban enteradas de mi llegada pero aún no me habían visto.

Tuve una sensación rara al ponerme la túnica de lana, como una camisa prestada y tosca, una prenda provisional que me dejaba una amiga hasta que pudiera recuperar mi ropa húmeda o sucia. Olía a moho y a los restos de un cuerpo ajeno —no sabía de quién—, puede que de la última persona que se la hubiera puesto, a saber cuándo. A pesar de todo, me alegraba que me la hubieran dado, y cuando me até los lazos en la espalda empecé a sentirme menos sola y menos extraña. Sabía que aquel era el primer paso oficial para ser aceptada.

Bajé las escaleras de piedra, nerviosa, descalza y pisando con cuidado los peldaños fríos. Había una puerta al final del pasillo y un rumor de actividad al otro lado. Al abrirla, me encontré con treinta mujeres, sentadas en bancos, alrededor de una mesa de madera larga, tomando un plato de carne oscura con col rizada.

Todas dejaron de comer y se volvieron a mirarme, y tuve que soportar que me examinaran, a fondo y sin la menor consideración, por espacio de un minuto interminable. Busqué entre las filas alguna cara conocida —Megan, Lorry o tal vez Jackie—, pero no había nadie a quien pudiera implorar en silencio que se levantara y me ofreciera un asiento, me presentara o me hiciera de guía en aquel ambiente desconocido. Tenía delante de mí un grupo de mujeres de todas las edades, algunas con canas, otras con trenzas largas y otras con cortes de pelo extravagantes. Casi todas vestían como las que me habían encontrado en los páramos, con prendas sobrias y prácticas, aunque con cierto toque artístico. Algunas llevaban unos blusones raros, inventados, de aspecto casi tribal. Otras tenían el pelo rapado, con franjas y dibujos. Llevaban cintas de cuero en las muñecas y en los antebrazos, y pendientes de piedras. Los blusones y las camisas parecían hechos con retales de prendas antiguas descosidas y vueltas a coser. Había una niña, con la cara pintada de azul y manchas azules en la sudadera. Nadie más llevaba una túnica amarilla. De repente, aquella prenda tan llamativa me pareció el uniforme de una prisionera más que la bandera de mi aceptación en el grupo. Intenté sonreír y saludarlas pero tenía la boca paralizada. Lo único que pude hacer fue quedarme quieta y callada hasta que alguien dijera algo.

Oí un murmullo a lo largo del banco. Luego, una a una, se levantaron como si fueran a cambiar de sitio. Pensé que iban a marcharse, que mi presencia quizá las

hubiera ofendido, que no me querían allí. Pero empuñaron los cuchillos y empezaron a dar golpes en la mesa, al principio suaves, luego cada vez más fuertes. Me miraban fijamente mientras aporreaban la madera, y los platos empezaron a saltar y a tintinear. Cayeron algunos trozos de comida de la vajilla de barro al suelo de roble restregado. Los cuchillos lanzaban destellos de plata. La niña se puso a dar saltos encima del banco.

Parpadeé sin querer, entre tanto barullo. El ruido resonaba dentro de mí, como si tuviera el cuerpo de cristal y pudiera romperme en cualquier momento, tan frágil y delicado era mi estado de ánimo. Estaba clavada al suelo, con miedo a moverme, incapaz de dar media vuelta y salir de allí, sin saber si pedir clemencia o enfrentarme a ellas. Los porrazos continuaron como un tatuaje que resonaba en mi cuerpo hueco.

Y entonces comprendí que me había convertido en nada, que estaba completamente vacía. Había tenido que cometer una especie de suicidio para llegar a Carhullan. Mi vida anterior había terminado. Era una persona sin hacer. En los pocos días que llevaba en la granja, nadie me había llamado otra cosa que no fuera Hermana, a pesar de que habían visto mi carnet de identidad y sabían mi nombre, de que les había contado mi historia a gritos una y otra vez, cuando estaba encerrada entre las paredes de metal de la perrera, intentando despertar su simpatía, intentando decirles quién era. La persona que fui, la que había salido de las zonas de seguridad y había subido la montaña, ya no existía. Estaba muerta. Yo seguía con vida, pero el único latido de mi cuerpo era el ritmo de los golpes que daban aquellas mujeres.

Hasta que la primera se levantó de la mesa, se me acercó, me agarró del cuello y me besó en la boca, mientras las demás seguían haciendo ruido con los cubiertos, y luego, una tras otra, hicieron todas lo mismo, no supe lo que estaba pasando. Entonces comprendí el porqué del ruido. No era un clamor intencionado para echarme o darme a entender que tenía algún estigma. Era la señal de aceptación que estaba esperando. Era un aplauso.

La mañana siguiente, Jackie me estaba esperando después del turno del desayuno. Me indicó que me preparara y subí corriendo a ponerme ropa de abrigo para salir con ella a las tierras de Carhullan. Después de mi aparición en la cocina me devolvieron mis botas y mi ropa, limpia, seca y doblada. Seguiría en la misma habitación hasta que notificaran otra cosa, me había dicho Lorry,



hasta que estuviera en condiciones de conformarme con menos lujos. Después me trasladarían a uno de los dormitorios comunes.

—Aprovéchalo mientras puedas —dijo—. No es nada divertido cruzar el arroyo para hacer pis a medianoche. Lo sé por experiencia. He tenido que hacerlo muchos años. Y las chicas no te dejarán dormir con sus parloteos, de eso estoy segura.

Vi que otras mujeres nos miraban cuando salíamos de la granja. No fueron antipáticas. Les había dado la mano a unas cuantas y me había aprendido algunos nombres, pero de momento en general se acercaban poco a mí.

No llegamos demasiado lejos. Seguían doliéndome las piernas y estaba mareada de lo poco que había comido en varios días. Le pedí disculpas a Jackie cada vez que me paraba a descansar, pero dijo que no me preocupase.

—No tardarás en recuperarte —dijo—. Cuando estaba en el ejército, vi gente que nunca llegó a recuperarse del encierro en el calabozo. Te destruye la cabeza. Pero tú eres más fuerte. Come todo lo que te den. Y ponle siempre un poco de mantequilla, como hacen las demás. —Me halagó su cumplido, aunque me di cuenta de que era demasiado generoso. Me despertaba al menos un par de veces por la noche, sudando y angustiada de terror, y gritaba, como si aún estuviera encerrada allí dentro.

Mientras paseábamos por los terrenos de la finca, me enumeró las enfermedades de las que tenía que protegerme y que probablemente acabaría contrayendo. Todo lo que viniera acompañado de fiebre era un problema grave y tenía que decírselo a Lorry inmediatamente. La anemia era un peligro. Cuando le dije que no comía carne roja, puso mala cara y negó con la cabeza.

—Pues eso tendrá que cambiar, Hermana. Voy a decirle a Ruthie que te dé hígado esta semana. Te ayudará más que nada.

De vez en cuando había enfermedades gástricas: los retretes del patio eran viejos y los bichos se contagiaban fácilmente. Tenía que limpiarme muy bien después de cagar, echar un cubo de serrín, hervir mi ropa una vez al mes y seguir las normas de higiene, aunque eso significara soportar las duchas frías a diario. Algunas chicas tenían verrugas, y eso no había forma de evitarlo. Estreñimiento: si duraba más de cuatro días había que tomar medidas. Dijo que había algunas cucarachas. No supe cuántas podían ser, pero tomé nota para preguntárselo a Lorry más tarde. Algunas chicas tenían aftas. Había tiña. Parásitos. Cogería una giardiasis si bebía cualquier cosa que no fuera agua del pozo. Y aun así el contagio era posible. Era un inconveniente. Pero añadió que me inmunizaría con

el tiempo.

Atravesamos los surcos de tierra blanda. Los arbolillos irregulares que había visto al entrar por primera vez en Carhullan eran sagúes. Crecían mejor que las plantas autóctonas, ahora que los veranos eran más húmedos. El maíz y el centeno también. La cosecha de trigo se echó a perder totalmente algunos años, y lo habían pasado muy mal. La avena y las patatas se habían adaptado bien a la humedad. Eran los alimentos básicos de la granja.

Recogimos un lote de huevos de las codornices del gallinero y nos aventuramos un poco por el monte, para que Jackie me enseñara cómo poner las trampas a las liebres en la entrada de las madrigueras.

—No es bueno comer demasiado conejo. Esos cabrones no tienen suficientes nutrientes, aunque sirven para llenar el estómago de vez en cuando, y con eso está ganada media batalla. Te hacen tirarte unos pedos que ni te imaginas. Ya verás cómo se vacía la mesa en un momento, porque la peste es asfixiante. —Lo dijo en serio, pero luego puso una sonrisa torcida y se rio un poco. Enseguida cambió de expresión y recuperó la seriedad. No se permitía frivolidades.

La mañana siguiente me sentía con más fuerza y alargamos un poco el paseo por el monte. El cielo de noviembre tenía un color azul ceniza y las nubes pasaban deprisa. El viento no amainaba nunca. Aunque protegido por la cima del High Street, Carhullan seguía estando muy expuesto. Los árboles de las cumbres estaban deformados, inclinados hacia el este. Me volví a mirar hacia la granja y noté que el viento me sacudía la espalda. Estando allí arriba entendí por qué las tapias y los setos de las parcelas eran tan altos y por qué la vivienda principal estaba protegida por los establos y los graneros. Los elementos lo arrasaban todo. Pero el aire limpio y frío de las alturas me parecía maravilloso.

Jackie quería enseñarme los rebaños que criaban. Dijo que habían sido el primer éxito de la granja. Estaban cerca de la cumbre del High Street. Mientras subíamos la ladera, el viento le alborotaba el pelo lacio alrededor la cara, y se le metía en los ojos y en la boca, pero no se molestó en recogerse, como si no tuviera importancia. Llevaba un chaleco acolchado y los brazos al aire, un poco enrojecidos y agrietados. Era delgada, más que musculosa, y se notaba que seguía siendo fuerte y vital, a pesar de que ya había llegado a la mediana edad. Cuando me miraba las manos, me parecían pálidas comparadas con su piel curtida, y con las venas muy marcadas.

Iba jadeando mientras Jackie decía:

—Las gaviotas vienen a atacar a los corderos y los cuervos, y eso que

estamos muy lejos del mar. Les arrancan los ojos y el culo, cualquier parte blanda que puedan. Desde que se han quedado sin peces, las muy cabronas se están cebando con mi ganado. En la época de cría tengo que sentarme aquí para ahuyentarlas. Soy como un puñetero espantapájaros, Hermana. Te lo aseguro. — Aunque no levantaba la voz, sabía proyectarla bien, e incluso con aquella brisa tan fuerte y yendo por detrás de ella oía perfectamente lo que me decía.

Nos dirigíamos a una hondonada escondida debajo del risco. Apreté el paso para alcanzar a Jackie.

—¿Ves ese río de ahí, Hermana? —me preguntó, levantando un brazo para señalar un arroyo que había más adelante. Dije que sí con la cabeza—. Es el Swinnel. Alimenta el molino aguas abajo. Una vez vi a una liebre atrapada en un islote, en el centro. Estaba paciando por allí y de pronto cayó un chaparrón brutal, de esos que ahora llegan de repente, ya sabes. Se quedó paralizada en el sitio. No se movía. Y el agua subió tan deprisa que desbordó el cauce.

Se quedó callada, escupió en la tierra y se limpió la boca.

—¡Joder! ¡Tengo el estómago hecho polvo! Es por culpa del puñetero ajo de Ruthie. Se va a escarbar al bosque, a buscar ajo silvestre. Está loca con el ajo. Dice que nos protege de todos los males del planeta y se lo echa a toda la comida en cuanto tiene la oportunidad. —Se llevó una mano al pecho—. Necesito un poco de leche de cabra o algo por el estilo. Bueno, vamos a ir volviendo. —Y dio por terminado el paseo.

—¿Y los corderos? —pregunté.

—Los veremos mañana —dijo, por encima del hombro. La seguí monte abajo.

—¿Y qué le pasó a la liebre? ¿Se ahogó?

—No, no se ahogó, Hermana. Fue nadando hasta la orilla y salió del puto río. Todos los animales saben nadar cuando se ven en apuros.

Seguimos bajando. Jackie iba un poco por delante. El aire de la montaña nos vapuleaba. De repente dio media vuelta y estuve a punto de chocar ella. Tenía los ojos llenos de agua.

—Algunas chicas están enamoradas de mí —dijo—. Me basta con ponerles una mano encima para que quieran lamerme. No puedo ni verlas. —Ladeó la cabeza y parpadeó, apartando la vista de mí y mirando hacia el río. Me ardieron las mejillas. No entendía por qué me contaba eso, y tampoco supe qué responder. No sabía por qué se quedaba tanto tiempo con la mano apoyada en mi hombro. Sus ojos, normalmente brillantes e inflamables, se habían vuelto vidriosos y

opacos. A veces me parecía que estaba a punto de arder de cólera, pero nunca llegaba a prender. En ese momento tuve la sensación de que se le habían agotado las fuerzas. Sin decir nada, esperé a que volviera en sí, sabiendo que podía desarmarme con la misma facilidad con que podía convertirme en su aliada.

En el camino de vuelta pasamos por los prados y nos paramos a acariciar las crines de los caballos. Fue entonces cuando Jackie empezó a salir por fin de aquel estado mortecino.

—Aquí no hay ninguna constitución escrita —dijo, mientras le frotaba a una yegua castaña por detrás de las orejas. Cuando Vee aún vivía, estuvimos pensando si nos convenía establecer algo formal. Pero a la larga no habría funcionado. Estoy segura de que eso nos habría paralizado. No es fácil cambiar una constitución. Y vamos a tener que cambiar. —Continuaba pasando los dedos por las crines, desenredando los nudos—. No puedo decir que no me esperaba que tendría que depender de mis propios recursos mientras pasaba todo esto. La gente puede creer que soy extremista, pero lo hago por el bien de todos. De momento no han intentado degollarme.

Se rio, con una de esas carcajadas suyas, hacia dentro, y subió al caballo balanceando una pierna. Observé cómo clavaba los talones suavemente en el flanco de la yegua y cruzaba el campo a trote ligero. Montaba con mucha elegancia, con la espalda ligeramente inclinada hacia delante y las piernas relajadas. Recordé que cuando era pequeña había visto montar a la gente que venía a las ferias ecuestres en posturas parecidas, sin silla y sin arreos, pero con el mismo control.

Obligó a la yegua a dar media vuelta varias veces, como si la estuviera poniendo a prueba, y por fin regresó.

—Es una yegua de las montañas de Cumbria —dijo mientras se acercaba—. Guapa, ¿verdad? Es la raza de caballos más fuerte de todas. Incluso para mí son demasiado tercos. Los usamos para ir a las ciudades cuando necesitamos provisiones. Así ahorramos combustible. Y les gusta correr por las cumbres. — Por un momento, me pareció que iba a galopar, pero obligó a la yegua a frenar con las rodillas, se deslizó sobre la grupa, descabalgó y le acarició una pata de arriba abajo.

Sabía que no intentaba impresionarme, pero en ese momento me pareció capaz de todo. Pensé que si le ordenara a la montaña que se levantara y se moviera, la montaña la obedecería. Irradiaba una sensación muy especial, casi eléctrica. Me pregunté si aquel efecto se esfumaría con el tiempo, si algún día

sería capaz de entrar en una habitación como una mujer normal y corriente. Supe que era improbable. Veía que las demás la trataban con respeto. Mientras seguía examinando a la yegua, intenté verla como una chica más dulce, menos marcial y dominante, antes de enrolarse en el ejército o como la pareja de Veronique. Pero me era imposible imaginar una mujer distinta de la que tenía delante.

—Has visto entrenar a las chicas, ¿verdad? —preguntó—. Esa es mi unidad. Es lo que han elegido, y lo hacen bien. Algunas no están de acuerdo en que tengamos un consejo de defensa. Ya lo verás en las reuniones. Pero al fin y al cabo todas nos entendemos. Cada una tiene una función concreta en este tugurio. En el bosque. En la lechería. O en la piscifactoría. Todas tienen su especialidad. En ese sentido, esto se parece un poco a un monasterio. —Resopló—. En todo lo demás no. Vamos, necesito esa leche.

No trató de describirme Carhullan como una especie de utopía. Incluso el primer día que pasé en la casa, cuando estaba en la cama, convaleciente, y dijo eso de Shangri-La, detecté un punto de ironía en su voz. Era evidente que estaba orgullosa de la comunidad. Aun así, no sabía hasta qué punto creía haber fallado en su plan original, hasta qué punto había tenido que ceder. Quizá intentara dejar atrás su pasado, como las demás, hasta que se dio cuenta de que eso no era posible, de que incluso en los rincones más remotos del mundo nadie está libre de los conflictos humanos. Jackie los resolvía con una habilidad sobresaliente. Yo seguía sin saber hasta qué punto le había afectado la pérdida de su compañera. No entendía su dolor, su humor sombrío, sus trampas y sus torpezas, aunque era evidente que había sufrido.

Esperé a que terminara con la yegua. Me acerqué a acariciarle las crines, y el animal se frotó contra mí. Tenía el pelaje duro y grasiento, pero desprendía un olor dulce y agradable, un olor que inspiraba confianza.

Jackie no vino a buscarme al día siguiente ni al siguiente, y me llevé una desilusión. En vez de salir a pasear con ella, me quedé en la cocina ayudando a preparar la cena a Ruthie y a otra mujer que se llamaba Sonnelle. Vacíé los baldes donde habían dejado a remojo las alubias de ojo negro la noche anterior y las puse en un caldero de hierro enorme para hervirlas. Los ojos negros brillaban. No había vuelto a comerlas desde que era pequeña. Los puntos que me habían dado en la mano empezaban a picarme y a tirarme de la piel, y cuando las cocineras no me necesitaron fui a buscar a Lorry para que me los quitara con

unas tijeras. No sabía dónde se había ido Jackie o qué estaba haciendo, y cuando la vi al día siguiente no me dio explicaciones de su ausencia sino que continuó instruyéndome en el funcionamiento y el calendario de la granja. Todo giraba principalmente en torno a la alimentación, el cultivo, la cosecha y el consumo.

Entramos en el ambiente suave del invernadero. Habían pegado los cristales rotos con cinta adhesiva, para que no se movieran. En el tejado había tres paneles solares y el interior se calentaba con un circuito de agua caliente. Jackie me contó que había costado una fortuna pero había valido la pena. Podían comer tomates de mayo a septiembre. También tenían otras frutas que crecían fuera de temporada: frambuesas, fresas, soja y cítricos.

—En la época victoriana llamaban a los invernaderos cámaras de cultivo forzado —dijo—. Es fácil aprender del pasado y aplicar sus conocimientos al presente. Es lo único que hemos hecho aquí, Hermana. —En un rincón del recinto había una mujer agachada detrás de un semillero vertical. Se incorporó y nos sonrió. Tenía unos ojos claros, inquietantes, que me resultaron familiares—. Esta es Benna. Mi prima de dedos verdes. ¿Qué haría yo sin ella?

—Enfermar de raquitismo —contestó la otra. Y Jackie sonrió.

En los cobertizos de piedra ahumaban salvelinos, truchas y medias reses de ternera, cordero, venado y cerdo. Guardaban los huevos en carros de paja. Jackie me explicó que procuraban no gastar la munición con los ciervos de la zona. En vez de eso, Megan o ella los perseguían en invierno, con ayuda de algunas más, cuando era más fácil cazarlos. La que conseguía matarlos ganaba la lengua, y Ruthie la preparaba con vinagre y tomillo.

—Te pone muelles en los pies —dijo, balanceándose de puntillas—. Vamos, te lo enseñaré.

Cruzamos el patio y entramos en otra cabaña de piedra. Era el matadero. Lorry ya estaba allí, afilando un cuchillo y preparándose para desollar a un animal colgado de los cuartos traseros con un gancho de hierro: una cierva joven con el cuerpo mustio. Puse una mano en el vellón del vientre. La carne aún conservaba cierta tibieza. Notaba en el ambiente el olor cobrizo de la sangre y los pellejos mohosos. Todo sucedió a una velocidad que me revolvió el estómago: con unos cortes rápidos del cuchillo arqueado y un tirón silbante para extraer los sacos de vísceras azules y burdeos de la cavidad del vientre y tirarlos a un cubo. Lo que me asqueó fue la masa de hierba sin digerir, las briznas verdes y retorcidas que lanzaban una nube de vapor en el suelo de piedra fría.

Lorry cortó la lengua y se la dio a Jackie, que la dejó encima de la mesa

arañada, sacó un cuchillo más pequeño y la cortó limpiamente por la mitad. Cogió un trozo y se lo metió en la boca.

Lorry movió la cabeza con asombro.

—Parece que esta te la has ganado —dijo.

Jackie se la tragó y contestó:

—Sí. Aunque quien la abatió fue tu Número 5. Creía que el mecanismo estaba atascado, pero lo han limpiado a fondo. Le han dado un buen repaso con un poco de aceite. Vamos, pruébala. Está muy rica. —Levantó la boca por el lado bueno, sin cambiar de actitud. La invitación iba en serio. Miré la tira de carne arrugada sobre la losa de mármol. Sabía que si me lo pensaba demasiado no llegaría a decidirme. Por insignificante que fuera el desafío que me estaba lanzando, yo no quería fallar.

La lengua tenía sabor a tierra y estaba más tierna de lo que pensaba. Me la tragué entera, sin masticarla. Noté un chasquido en la garganta y me llevé un puño a los labios. Las dos se echaron a reír y Jackie me cogió del codo y me zarandeó.

—¡La hostia! Está asquerosa, ¿eh? —dijo. Y se sacó una petaca de un bolsillo lateral de los pantalones de faena—. Toma. Más vale que eches un trago de alcohol antes de que empiece a repetirte el desayuno. —Lorry se estaba riendo tanto que tuvo que apoyarse en la placa de mármol manchada de rojo. Se me revolviéron las tripas y tuve que salir al patio a que me diera el aire fresco.

Además de cazar, en Carhullan recogían cangrejos y caracoles debajo de las piedras del arroyo y las hojas del jardín. Me dijeron que eran las delicias locales. Los preparaban a la plancha, con ajo y mantequilla. El huerto tenía un tamaño considerable. Lo atendía a diario un grupo de mujeres que se preocupaban por cazar insectos más de lo que se habían preocupado por nada en la vida, según Jackie. Y les encantaba su trabajo.

Lo que no se recogía y se consumía fresco se secaba o se conservaba en salmuera para los meses más duros, cuando la tierra daba menos frutos.

Recolectaban hasta el último producto comestible de los alrededores. No se desperdiciaba nada. Había cestos llenos de frutos secos, manzanas y champiñones. Los tarros de cristal que guardaban en los estantes de la despensa parecían caseros y viejos, de los tiempos anteriores a la importación en masa. Tenían una pequeña lechería donde ordeñaban, separaban la leche y la batían para hacer queso y mantequilla. Un poco más arriba, en los prados, se encontraban las colmenas. La miel estaba salpicada de motas negras. Tenía un

gusto a flores mezclado con el toque ligeramente tropical de los tojos y el brezo. Me enteré de que Lorry la utilizaba como antiséptico, y cuando había jalea real la repartía entre todas las mujeres. Las comidas eran frugales y básicas, pero Jackie dijo que en general se las arreglaban bien.

En el cobertizo más seco guardaban la sal y el azúcar, los aceites y las semillas que habían traído en grandes cantidades antes de que la granja fuera autónoma y sostenible, aunque al ver que algunos contenedores parecían nuevos empecé a sospechar que las visitas de Jackie a la ciudad quizá fueran misiones de saqueo y que de vez en cuando robaba delante de las narices de la Autoridad. En la ciudad nos habían dicho que las raciones eran escasas porque asaltaban los camiones de reparto, pero nunca nos dieron más detalles. Cuando se lo conté a Jackie, contestó que la primera regla del control de la población era restar importancia a los enemigos del Estado y no presentarlos nunca como una amenaza grave, para no dar ideas a la gente. A pesar de que la Autoridad parecía implacable y despótica, el país había perdido el grueso del ejército y era débil. Bastaría una pequeña sublevación para agujerear el tejido del gobierno, dijo.

Apilaban las cajas de fruta con cuidado, de manera que las piezas no se tocaran, para impedir la propagación de plagas y mohos. Los productos podridos se los daban a los animales o los usaban para hacer compost. La vida en la granja era dura y austera. No contaban con ningún sistema de apoyo externo. Carhullan había quemado sus puentes el día en que las mujeres no se presentaron al llamamiento de la Reorganización Civil. Estaban en la lista negra, eran ilegales. Pero su preocupación más acuciante era la supervivencia.

Si hubiera recorrido estas montañas hace cien años, dijo Jackie, me habría encontrado con la misma industria y las mismas multas severas por mala administración. Pero la vida tenía entonces cierta pureza, una sensación de solvencia que el país ha perdido desde entonces. Y supe ver la satisfacción que ofrecía ese modo de vida. Después de tantos meses abriendo latas y paquetes de comida envasada, recibiendo alimentos reconstituyentes y viendo nuestra dependencia de los suministros del extranjero, esto fue lo más honesto y lo más natural que encontré.

—Es increíble —le dije, mientras quitaba el cerrojo de la puerta del establo más grande— que seas dueña de todo esto.

Se detuvo un momento antes de entrar y contestó:

—No. Nunca hemos sido dueñas de nada, Hermana. Las tierras de Gran Bretaña pertenecen a la Corona desde los tiempos de la Conquista Normanda. El



gobierno siempre ha tenido el poder de nacionalizar las tierras y declararlas de propiedad estatal. Pero hasta ahora no quiso hacerlo. Gestión de la crisis. Gracias a eso consiguieron meter a la gente en esos agujeros de ratas que llaman viviendas. En las zonas afectadas por las inundaciones la pelota siguió rodando para que todo pareciera razonable. Es una simple simulación de la vida real. — La miré con asombro. Se encogió de hombros—. Nadie se lo imaginaba. Y la ignorancia vuelve a la gente vulnerable, ¿no?

La puerta de madera del establo chirrió contra el suelo al empujarla Jackie. La luz entraba por las ventanas estrechas. Allí estaban el Land Rover y el camión del ejército, cubiertos con unas lonas. Los enormes neumáticos del Bedford, con bandas de rodadura muy profundas, asomaban por debajo de la lona. A su lado había una buena cantidad de bidones de plástico y barriles de metal llenos de combustible. No me equivoqué al suponer que Jackie Nixon había previsto la espiral de la crisis económica. Se había llevado de la civilización todo lo necesario para facilitar su proyecto en aquel nuevo mundo hostil, y había aprendido a confiar en sí misma.

Se sentó en un barril y cruzó los brazos:

—He estado incluso en lo que siguen llamando la capital. Está en muy mal estado. Si te contara lo que he visto no te lo creerías. Pero Londres no me interesa. Londres se ha terminado. Ya no somos el país que éramos. Si lo piensas, ya no existe un mando central. Hemos vuelto a convertirnos en un país de tribus locales. —Hizo una pausa, se llevó una mano a la cara y se frotó la mandíbula—. Hermana, tú has estado dentro. Quiero que me cuentes todo lo que puedas sobre Rith. Quiero saber exactamente cómo opera la Autoridad. Y quiero saber cuáles son sus debilidades.

En Carhullan se hacían dos comidas diarias: desayuno y cena. Casi todas las noches había alguna reunión en la cocina. Cuando estaba encendido el generador se podía poner el reproductor de CD, y las mujeres se peleaban para decidir a quién le tocaba elegir la música; si no había potencia eléctrica, las que tenían instrumentos tocaban un rato. Había un par de guitarras, un violín, una flauta y un acordeón. Algunas cantaban muy bien, entre ellas Benna, y me gustaba cuando encendían las velas de sebo y se ponían a tocar.

Había empezado a poner nombres a las caras. La del pelo de nutria que formaba parte de la patrulla de Megan era Cordelia. Todas la llamaban Corky. Yo

le había sonreído varias veces cuando nos reuníamos en la cocina, pero seguía tratándome con distancia, como si sospechara de mí. Casi todas eran blancas, aunque había un par de asiáticas y una chica negra, Nnenna, que fue la última en llegar a Carhullan antes de mí. Habían deportado a toda su familia. La madre de la niña recién nacida era Helen. Cada vez que oía un nombre nuevo me lo repetía varias veces para memorizarlo. Katrina. Sill. Tamar. Corinne. Maia.

Como la gente no paraba de ir y venir, de entrar y salir de los dormitorios, la casa siempre parecía caótica y abarrotada, aunque todo estaba organizado para asegurarse de que a nadie le faltara comida o comodidad. Tenían reservas de sidra en abundancia, y eso era una maravilla. Quedaba un lote de aguardiente de endrinas, del año anterior, que se había convertido en un licor dulce. Me pasaron un vaso de aquel jarabe rojizo. Me di cuenta de que era lo que me había dado Lorry para anestesiarme antes de quitarme el dispositivo y, al notar su aroma a bayas y a clavo, me asaltó ese recuerdo y no pude probarlo. Le devolví el vaso a Sonnelle y lo vació de un trago.

El ambiente se animaba después de la cena. El trabajo del día había terminado, aunque la unidad seguía de guardia y Jackie enviaba todas las noches una patrulla de cuatro mujeres a vigilar la zona. Me enteré de esto por Megan, una noche que no estaba de servicio. Normalmente no le importaba hacer el turno de noche, pero la temperatura había caído en picado desde hacía unas semanas, y dijo que se alegraba de no tener que estar en los páramos oscuros, congelándose el culo.

Megan tenía catorce años. Era la chica más segura de sí misma que había conocido jamás. Mientras que otras se cohibían un poco al principio y me observaban de lejos, como si me consideraran un ser frágil y necesitado de espacio y aislamiento, Megan no se cortaba a la hora de sentarse en el banco a mi lado. Apartaba de un empujón a la que estuviera más cerca de mí y se sentaba a horcajadas, apoyándose en mi brazo para acomodarse en el asiento de madera.

—Te ha costado recuperarte, ¿verdad? Me gusta la túnica. Yo nunca he tenido que llevarla —dijo, mientras tiraba de una de las cintas. Era muy directa, pero no veía ni rastro de hostilidad en su sonrisa, y supe que había dejado de ser una preocupación para ella. Luego, como aquel día, cuando me sorprendió en los páramos, me acarició el pelo.

—¡Dios! Es tan esponjoso que parece que va a salir volando, como un diente de león.

—Sí, bueno. A lo mejor debería cortármelo como tú —contesté. Se frotó el

cuero cabelludo. El tatuaje asomaba por debajo del pelo corto y anaranjado. Ahora que estaba muy cerca de ella vi lo complicado que era el dibujo. Parecía celta. Me pregunté quién se lo había hecho, con lo joven que era.

—El año pasado tuve piojos, y me tuve que rapar —me explicó.

—¡Qué pena! —dije.

—Me gusta así —contestó, encogiéndose de hombros—. Tengo una cabeza bonita. Ahora todas las Hermanas me copian. Tú también deberías.

Me gustaba la compañía de Megan y me alegraba de estar con ella. Era tan dura como fácil de llevar. Me contó su historia con mucho entusiasmo, orgullosa de ser la mayor de la segunda generación de Carhullan. Su madre llegó a la granja embarazada de siete meses y amoratada por los puñetazos de su padre, me dijo. Y al instante me avergoncé de mi viaje y confirmé los rumores de que la granja en parte era un refugio para mujeres maltratadas. La voz de Megan se llenó de orgullo. Su madre ya había soportado demasiadas palizas y en aquel momento no solo temía por su vida sino también por la de su bebé. Así que le robó el coche y cruzó Irlanda de punta a punta. En Dublín cogió el ferri hasta Holyhead, y desde allí varios autobuses para llegar a Kendal, donde tenía una prima. Se presentó en su casa con una maleta llena de pañales y un peluche. El resto del viaje lo hizo andando, por Mosedale y a través del puerto, hasta que encontró a las Hermanas en la granja. Pensaba que era un convento.

Murió en el parto —esto fue poco antes de la llegada de Lorry—, y la enterraron en el cementerio, junto a las Cinco Agujas. Le pregunté si Veronique también estaba allí, pero Megan hizo como si no me oyera y siguió esbozando su biografía.

—Tengo muchas madres —dijo, y me explicó que las mujeres la habían criado entre todas, como una hija común—. En cierto modo he sido un experimento, para ver lo que podían hacer sin la influencia de los soít.

—¿Qué son los soít? —pregunté.

—Son los tíos al revés y mirando a otro lado. Ja, ja, ja. —Me dio esta explicación en tono neutro, como si recitara una lección que estaba harta de repetir.

—Y ¿has sido un éxito?

Se encogió de hombros, con indiferencia, y volvió a acariciarme un mechón de pelo sin el menor reparo.

No se parecía a ninguna adolescente que yo hubiera conocido, pero tampoco era una mujer adulta. Tenía unos rasgos juveniles, una personalidad todavía

verde, pero daba la sensación de que era práctica, madura y resistente. Veía en ella una fuerte influencia de Jackie. Yo había comprobado en primera persona su buen manejo de las armas, cuando me «neutralizó» en el páramo con tanta facilidad, pero también era abierta, juguetona y atenta, a pesar de sus modales bruscos. En la cena me dio una de las tres patatas de su plato, para que soportara bien el invierno. Le preocupaba que el primer año pudiera resultarme demasiado duro. Allí hacía más frío que en las ciudades.

Me fijé en que seguía llevando dos dedos vendados.

—Me lo hice al derribarte de la cerca —dijo, levantando los dedos delante de mí. Parecían hinchados y amoratados, pero no dio muestras de sentir dolor cuando volvió a atarme la túnica. Era evidente que no quedaba entre nosotras ningún rencor por mi iniciación en la granja. Megan se había limitado a cumplir con su deber. No estaba segura de qué educación había recibido y, cuando le pregunté si sabía leer y escribir, me miró como si fuera idiota—. No soy retrasada. Me he leído todos los libros que hay aquí. —Yo no había visto mucha literatura en Carhullan: había unos cuantos en las estanterías de la sala que estaba al lado de la cocina, muy manoseados y con los lomos rotos, en su mayoría clásicos. Pero Megan me contestó con mucha arrogancia, como si fuera una proeza.

Cuando terminamos de comer, empezó a interrogarme.

—¿Qué prefieres: polla o coño? Todo el mundo quiere saberlo. Están haciendo apuestas.

—Bueno, no hay mucho de lo primero por aquí —dije, imitando su indiferencia. Y Megan sonrió.

Sentía curiosidad por mi vida y mis experiencias en una sociedad de la que ella nunca había formado parte. De todos modos, no parecía que el lado feo de esa sociedad le causara desconcierto, asombro o miedo. Tuve la sensación de que el mundo exterior no le inspiraba ni atracción ni rechazo. Su actitud era más de interés pragmático. Lo que había aprendido en Carhullan era de segunda mano, subjetivo. Había observado las ciudades desde lejos, y al parecer no le habían enseñado a sentir ni desprecio ni temor ni deseo de otro modo de vida, de una existencia anterior. Cuando le hablé del plan de recuperación me contestó que el gobierno se equivocaba y era provisional. Vi que esas palabras no eran suyas y me pregunté hasta qué punto comprendía el funcionamiento del sistema o si era consciente de que seguía viviendo bajo ese poder. Hablaba de la Autoridad como quien habla del mal tiempo, como algo que se tiene en cuenta pero se puede

soportar mientras dura. Si llegó al mundo con algún modelo filosófico determinado, sus creencias genéticas se habían alterado con el tiempo para volverse más resistente y segura de sí misma, más sociable con su gente. Nunca había estado expuesta a una situación de inferioridad, crueldad o dominio masculino. Era, en cierto modo, una mujer idealizada. Hablaba del mundo exterior con desaprobación pero sin inquietud, y me hizo pensar si eso la hacía más vulnerable o más fuerte. Tenía nobleza. Creía que la mayoría de las mujeres atrapadas en las zonas controladas por la Autoridad necesitaban su ayuda. Dijo que eran como esclavas. Que había que liberarlas. Y que yo había sido muy lista en ir a Carhullan. Me admiraba por eso.

—Aunque deberías afeitarte la cabeza como yo —me dijo al final de la cena—. Ese pelo tan esponjoso no durará mucho. —Me reí y le contesté que lo pensaría.

Hacia el final de la segunda semana, Megan vino a buscarme un día a la cocina, cuando estaba ayudando a fregar y aclarar los platos. Me dio una piedra azul, rodeada con un alambre y colgada de una cinta. Ella tenía un colgante parecido.

—No te lo pongas si no te gusta —dijo—. No me ofenderé.

Le di las gracias y le pedí que me lo atara al cuello, pero dijo que eso no estaba bien, que tenía que ponérmelo yo. Y se fue a beber con las demás mujeres. Vi que Jackie me observaba desde un rincón. Estaba al lado de la chimenea, con una botella de alcohol a mano, y el líquido brillaba a la luz de las llamas.

No todas las veladas se dedicaban a la juerga y la diversión. Había discusiones y debates formales sobre cuestiones de orden. Se celebraban como mínimo dos o tres al mes. Me recordaron las sesiones parlamentarias que oía en la radio de mi padre. Eran tan tempestuosas como inútiles, conducidas por políticos obtusos, interrumpidas por vítores y abucheos y llenas de comentarios despectivos. En las semanas previas al colapso dejaron de retransmitirlas, y la gente empezó a especular sobre si las anomalías habían aumentado y paralizado el mecanismo por completo o si los representantes por fin se estaban ocupando, aunque tarde, de evitar la ruina del país. Poco después se desbordaron los diques del Támesis y la marea entró en el Parlamento.

Me llamó la atención lo distintas que eran las cosas en Carhullan. Las

mujeres planteaban sus discrepancias sin interrumpirse, y quien no respetara la norma perdía el derecho a hablar esa noche. Exponían sus ideas o sus problemas por turnos, antes de abrir una ronda de réplica o llegar a un acuerdo. De vez en cuando se sometía algún asunto a votación. Las exposiciones podían ser concisas o extensas, según la persona o el caso concreto. Mientras, las demás tenían que estar calladas. Todas escuchaban atentamente. La encargada de moderar la reunión actuaba con mano firme pero justa. Jackie no presidía los debates, pero tenía un derecho casi presidencial a comentar, aprobar o vetar las propuestas. Ejercía una influencia silenciosa aunque incuestionable. No era que refutase los argumentos de sus oponentes. No tenía necesidad de hacer eso. Bastaba con que asintiera levemente con la cabeza para que la solicitud se diera por admitida. Normalmente estaba de acuerdo con todo lo que se decía. En caso contrario, discrepaba con cautela y determinación. A lo largo de los meses siguientes descubrí que muy pocas estaban dispuestas a disputar en serio el funcionamiento de la granja o a poner en cuestión lo que Jackie estaba haciendo con su unidad.

En la primera reunión a la que asistí, aunque en principio había aceptado intervenir, me dieron la oportunidad de abstenerme. Esa mañana, cuando bajé a la cocina, oí que Jackie y Lorry estaban hablando de mí. Al llegar a la puerta, las vi colgando un paño amarillo encima del dintel de la chimenea.

—Dale un par de semanas más —estaba diciendo Lorry—. Hasta que recupere las fuerzas. No hay necesidad de precipitar las cosas. —Jackie no parecía tan dispuesta a eximirme.

—Yo creo que es mejor que hable mientras siga dolida. Para que todas lo vean. Necesitan verlo.

—Puede ser —suspiró Lorry—, pero le conviene descansar. Todavía no lo ha superado.

Jackie asintió y, al verme entrar, me dijo bruscamente que no me preocupara por hablar esa noche. Y salió de la casa.

En lugar de intervenir, me senté a escuchar en silencio. Hubo una petición para que la gente se alejara de los cultivos cuando iba a las letrinas. Estaban pisoteando y estropeando las plantas. El jabón se gastaba más deprisa de lo que conseguían reponerlo. Uno de los perros estaba enfermo y quizá hubiera que sacrificarlo. Después de estas cuestiones prácticas pasaron a debatirse otros asuntos.

Aunque Carhullan parecía una comunidad unida y eficiente en ciertos aspectos, en otros tenía defectos. Detectaba viejos conflictos, cosas que

preocupaban a las mujeres desde siempre y para las que aún no habían encontrado solución. Me enteré de que había varios hombres cerca, en una aldea al otro lado del valle. Colaboraban en el funcionamiento de la granja pero seguían siendo una población satélite. Al parecer, las mujeres debatían continuamente si incluirlos en la granja. Por lo que allí se dijo no fui capaz de deducir cuántos eran. Entendí que uno de ellos estaba casado con una de las residentes, pero no estaba segura de si los demás encajaban en el mismo esquema.

Había también dos chicos, de la segunda generación, que ya no vivían en la granja. Los enviaron a la aldea cuando alcanzaron la pubertad, por su sexo. Esto me llamó la atención, pero no abrí la boca en ningún momento. Las normas seguían siendo extrañas para mí. Se me disparó el corazón cuando una mujer se levantó y tomó la palabra, pero se interrumpió enseguida y terminó diciendo, entre lágrimas, que quería recuperar a su hijo, que estaba pasando más tiempo con extraños que con su propia familia. Acababa de cumplir doce años. Se lo llevaron a la aldea el día siguiente a su cumpleaños.

La noche que me tocaba hablar estaba muerta de miedo. Me habían dicho que todas vendrían a escucharme. Que podía explayarme todo lo que quisiera. Llevaba casi un mes en Carhullan y en ese tiempo había conocido más a o menos a una docena de las Hermanas. Aunque empezaba a entablar relación con algunas, otras seguían siendo extrañas. Me aterraba la idea de intervenir delante de tanta gente. Cuando estaba con Andrew nunca veía el momento de dar por terminada la discusión. Temía ponerme a balbucear mientras contaba cómo habían sido los últimos años en Rith. O quedarme simplemente muda.

Jackie quería verme antes de la reunión. Me pidió que fuera a su dormitorio, al final del pasillo, una hora antes. Había visto la puerta muchas veces al bajar las escaleras pero nunca había entrado allí. Alguna vez sentí la tentación de llamar y no tuve valor. Me había impuesto una rutina estricta desde mi llegada; me había esforzado por adaptarme a las costumbres de la granja, ayudaba modestamente siempre que me lo pedían e intentaba descubrir mis habilidades, sin interferir en nada que no fuera de mi incumbencia.

Lorry y Ruth me permitieron ayudarlas en sus tareas, y también había estado cortando verduras con Sonnelle en la cocina y limpiando la mesa de roble después de las comidas. Incluso había aprendido a abrir a los conejos y a cortar

piezas de carne de las reses que colgaban en la fresca despensa de piedra. A pesar de que me habían devuelto mi ropa y mi lata de objetos personales, seguía poniéndome la túnica amarilla encima de los vaqueros, porque no estaba segura de cuánto tiempo debía llevarla. En Carhullan había muchas cosas en las que una tenía que iniciarse sola, sin indicaciones de nadie, y de momento no había logrado encontrar mi sitio. La verdad es que me gustaba la túnica, la textura tosca de las mangas, y el brillo que reflejaba en las ventanas cuando pasaba por delante de ellas. Todas las mañanas me ponía el colgante de Megan al cuello, como un amuleto.

El dormitorio de Jackie era el más grande del piso de arriba y miraba al oeste, hacia las montañas.

Quien construyera la granja, cuatro siglos antes, decidió habilitarse una cámara del tamaño de una *suite*. No contestó cuando llamé a la puerta, pero oí el chirrido de un somier y pisadas fuertes en los tablones cuando vino a abrirme. Llevaba puestas unas gafas con montura metálica que suavizaban sus rasgos duros y le daban un aire profesoral. Tuve la sensación de que la molestaba, aunque era ella quien me había llamado. Se apartó para dejarme paso, y entré.

No sabía qué esperar de su rincón privado. Había entrado en los demás dormitorios, pequeños y abarrotados. Las literas a veces estaban separadas por cortinas, aunque de día generalmente se dejaban abiertas, incluso cuando dos mujeres compartían la misma cama, y el orden era impecable. Las camas estaban hechas, muchas de ellas con mantas en tonos caquis —excedentes del ejército, me figuré— o colchas de lana, y los suelos parecían barridos. La primera vez que entré en un dormitorio casi esperaba encontrar la ropa y las sábanas tiradas, me imaginé que allí reinaría un desorden natural, pero todo parecía listo para pasar revista. No supe si sería por mí, si Jackie lo había preparado porque pensaba enseñármelos ese día, o si era la norma en Carhullan. Pulcritud militar.

Su dormitorio no era tan fresco como el resto de la casa, a pesar de que tenía la ventana abierta. En una esquina había una estufa de hierro fundido. Estaba vacía y no vi leña apilada a su lado. Aunque la temperatura seguía cayendo en las montañas, de momento no hacía frío suficiente para que Jackie necesitara calefacción, y puede que nunca encendiera el fuego. Las paredes estaban cubiertas de libros, del suelo al techo. Los que no cabían en los estantes estaban amontonados en el suelo o puestos en horizontal encima de las hileras. Tuve la sensación de que absorbían la luz y distorsionaban los ángulos de la habitación, y es posible que ofrecieran un buen aislamiento.



Todo estaba tan ordenado como en los dormitorios comunes, pero allí había muchas más cosas. Era la biblioteca de Carhullan. De repente, la jactancia de Megan por haber leído todos los libros de la granja me pareció encomiable. Me quedé en el centro, rodeada de volúmenes.

—¿Son todos tuyos? —pregunté—. Debe de haber miles.

—Sí y no —dijo—. La mayoría los traje yo. Pero son de todas. Tenemos una buena colección. Tú no traías ninguno. ¿Te apetece leer algo?

Se sentó en una silla, al lado del escritorio, retiró contra la pared un montón de papeles escritos y se quitó las gafas. Las dobló y las guardó en el estuche con mucho cuidado, como si fueran su bien máspreciado. Yo no me acordaba de la última vez que había leído un libro. A pesar de que tenía tiempo de sobra fuera del horario de trabajo —la única televisión pública emitía solo unas horas al día y era penosa, pura propaganda—, la lectura nunca había sido un consuelo para mí. Nunca me había evadido leyendo.

—¿De verdad? No sabría qué pedir —contesté—. En realidad no sé qué me gustaría.

—Bueno. De todos modos, me gustaría que echaras un vistazo a un par de cosas.

Se levantó y cruzó la habitación. Se agachó delante de uno de los estantes más bajos y sacó un libro grueso. En la cubierta había una foto gris. No veía la imagen: quizá fuera un hombre, con un abrigo largo, que llevaba algo en la mano, aunque no llegaba a distinguirlo desde donde estaba. Lo abrió y me dio un folleto fino que sacó de las páginas.

—¿Por qué no empiezas con esto? —dijo.

Lo cogí y me quedé mirándolo. Estaba manoseado y viejo. Tenía las hojas sujetas con grapas y el texto parecía escrito a máquina más que impreso. Se titulaba *El libro verde*.

—¿Qué es? —pregunté.

—Digamos que es una edición limitada.

Me puso una mano en el hombro. Casi noté una corriente que pasaba de su cuerpo al mío.

—Verás. Sabes por qué te encerramos, ¿verdad? No volverás a ese agujero si no es por propia decisión. Eso te lo prometo. Si lees esto, quizá te enseñe cómo soportarlo. Quizá te permita contextualizar. Y te dé algo de compañía. —Me hablaba con voz amable, pero sentí una sacudida de pánico en el pecho al pensar en la posibilidad de volver a la oscuridad y el mal olor de aquel agujero estrecho

y solitario, con sus paredes de metal cortante. Había momentos, a plena luz del día, en que cerraba los ojos y veía a la mujer de la mandíbula de hierro arrastrándome; me acordaba del perro descompuesto y lánguido en mis brazos. Y, cuando me despertaba, a veces creía que seguía prisionera en la caseta y me ponía a gritar en la oscuridad.

Tenía el panfleto en la mano. No estaba segura de qué me pedía Jackie o qué me ordenaba hacer, además de leerlo, pero intuí que había un trasfondo. Noté que una vez más me atribuía más conocimientos de los que tenía en realidad, que esperaba de mí más de lo que yo podía dar, y me sentí fuera de mi elemento. Retiró la mano de mi hombro, se apartó y volvió a sentarse en la silla, replegando su energía. Entonces vi que tenía unas marcas rojas y abultadas en el cuero cabelludo que asomaban entre el pelo fino.

—Siéntate, Hermana —me pidió—. Vamos a dar un repaso rápido a la situación antes de la asamblea. Hay cosas que debes saber.

Su cama era el único asiento disponible, y yo no me atrevía a acercarme a ella, así que me quedé de pie. Ya estaba al corriente de que había algunas tensiones en la granja. No tardé en darme cuenta de las maniobras sibilinas del sector que actuaba como fuerza opositora y veía que algo separaba a las mujeres en sus creencias. Por eso en los turnos del comedor siempre veía las mismas caras. Y por eso algunas relaciones se habían roto.

—¿Tiene que ver con el consejo de defensa? —pregunté.

—Sí. Pero hay algo más. Verás, lo bonito de vivir aquí es que podemos discrepar, que tenemos espacio y tiempo para eso. Y discrepamos, Hermana. Sobre todo en lo relacionado con el mundo exterior. —Suspiró y cruzó un tobillo por encima del muslo, sujetándose los cordones de la bota—. No culpo a las Hermanas por querer desentenderse de eso. De verdad que no. Han venido aquí en busca de una vida mejor, no para cometer los mismos errores. Han... Digamos que han decidido lavarse las manos y olvidar el pasado. —Su expresión se ensombreció—. Muy bien. Sí. Ahí abajo las trataban como si fueran simplemente un coño. Como ciudadanas de segunda y objetos sexuales. Estaban mal pagadas y poco reconocidas. Créeme que sé muy bien lo que se siente cuando te dicen que no estás capacitada para un puesto de trabajo. A la mitad de las mujeres del mundo las estaban violando, y a la otra mitad, los fanáticos las obligaban a envolverse en telas negras. Nos pasábamos la vida discutiendo qué aspecto debían tener las mujeres y cómo debían vestir, pero nadie hablaba de sus derechos fundamentales. Y, en este país, las mujeres se han tratado igual de mal

unas a otras. Peleándose como el perro y el gato. Compitiendo por los hombres. Comiéndose a sus hijos. Sin solidaridad. Sin respeto. Sin elegancia, si prefieres llamarlo así. —Soltó el cordón y abrió los brazos—. Y aquí, más o menos, hemos resuelto eso. Todo el mundo tiene una ocupación. Nadie tiene que arrodillarse en una iglesia segregada. No se detiene a nadie a punta de bayoneta. Procreamos. Somos libres. ¿Por qué íbamos a arriesgarnos a perderlo, Hermana? —Asentí, aunque me pareció que Jackie no se daba cuenta—. Y ¿qué pasa con el gobierno? Bueno, sería una locura interferir y llamar la atención sobre lo que hacemos aquí, ¿verdad? Pura locura. El riesgo es demasiado grande. ¿Qué tipo de campaña podríamos lanzar? Seguramente, lo mejor es cerrar la puerta. Esconderse y a tomar por culo. Y rezar para que nos dejen en paz.

Estaba sonriendo. No era una sonrisa de burla, pero sí algo afectada y condescendiente, como si respondiera a la opinión moderada y rudimentaria que expone un niño cuando recita un mandamiento fundamental: *No matarás*. Su compasión era tan grande que casi parecía decepción.

De repente se inclinó hacia delante.

—¿Tú qué piensas, Hermana? —me preguntó—. ¿Tienen las mujeres derecho a luchar si lo necesitan? O ¿eso es patrimonio de los hombres? ¿Somos pacifistas por naturaleza? ¿Un sexo más débil? ¿Tenemos que someternos o sobrevivir?

Yo seguía de pie en el centro del dormitorio. Notaba el aire alrededor de mis costados, amplio y abierto, y me habría gustado tocar algo sólido.

—Sí. Claro que tenemos derecho —contesté—. Aunque, ¿de atacar o de defendernos? —Fruncí el ceño y me quedé un momento pensativa. No sabía si Jackie de verdad quería polemizar conmigo o si solamente me estaba preparando para lo que pudiera ocurrir en la cocina—. Las dos cosas —dije—. Aunque todo es cuestión de escala. Creo que las mujeres somos igual de violentas por naturaleza. Sobre todo de jóvenes. Pero nos han enseñado que eso no es propio de nuestro sexo, que no es un comportamiento femenino. A los hombres se les perdona. A las mujeres no. Por eso lo reprimimos. Y estamos casi siempre a la defensiva. De todos modos, creo que somos capaces de atacar cuando hay algo por lo que merece la pena luchar.

Jackie asintió.

—Me parecen buenos argumentos, Hermana. —Volvió a reclinarsse y a cruzar las piernas—. Déjame que te haga una pregunta. Cuando fuiste a que te pusieran ese dispositivo en el coño, ¿por qué no te rebelaste? ¿Por qué les dejaste que te hicieran eso? —Tenía la frente alta y arrugada. Se había armado de incredulidad,

y yo no sabía si su impresión era sincera o si lo hacía para causar efecto. Sentí como si me hubiera dado un puñetazo en las tripas, y me quedé boquiabierta, horrorizada por su crueldad. Me había acostumbrado a su vocabulario grosero, a su humor a menudo taciturno, pero era imposible resistir el ataque cuando Jackie Nixon te interrogaba con tanta dureza. Apreté y rechiné los dientes y noté un cosquilleo en la punta de los dedos. No sabía si estaba asustada o enfadada.

—¿Qué otra opción tenía? —dije por fin—. Es obligatorio. Estaba acorralada por el sistema y... —Empecé a tropezar con las palabras—. Y a las que se niegan se las llevan y las encierran. He oído hablar de esos sitios.

—Sí. Ya lo sé. En las antiguas prisiones del condado. Es un escándalo. —Detecté un leve sarcasmo en su voz—. Pero, dime. ¿Fue por miedo? ¿Por miedo a las represalias? ¿Por miedo a que pudieran hacerte cosas peores? Hermana, ¿cuánto tiene que aguantar una mujer antes de atacar, no en defensa propia sino porque, como dices, hay algo por lo que merece la pena luchar? ¿No lo había para ti?

Busqué un resquicio de compasión en sus ojos azules y aparté la mirada. La ventana estaba iluminada por la luz rojiza del sol poniente. Los rastrojos de los montes tenían el mismo tinte vivo. Vi a unas mujeres que volvían a la casa desde los prados. No tenía ninguna respuesta convincente.

—Vale —dijo Jackie—. Sé que es difícil. Piensas que soy cruel. Piensas que soy una hija de puta. Puede que lo sea. Esa mierda no me va a quitar el sueño. Solo quiero llegar hasta el fondo, saber por qué siguen pasando estas cosas. Soy una puta turista macabra, Hermana. Me gusta entrar en esos rincones. Me interesa. Me interesa descubrir qué es lo que impide a la gente reaccionar. Y qué no. Y hasta dónde llegan estas cosas. —Hizo una pausa y continuó—: Quiero hacerte una pregunta. ¿Tienes inconveniente? —Volví a mirarla. Tenía una mano apoyada en la cadera y la otra en la mesa, sujetándose la barbilla. Parecía tranquila. Había perdido la vehemencia de la indignación y la pose de actriz. Negué con la cabeza y respondí:

—Me parece bien.

—Supongamos que tienes ese fusil que he puesto a punto. Supongamos que lo tienes en la mano cuando el médico te pide que te acuestes y te abras de piernas. Supongamos que te niegas a que te haga lo que te va a hacer. ¿Cambiaría algo que tuvieras el fusil?

—Sí —contesté.

Habían encendido velas en las repisas de las ventanas y la mesa de la cocina. La lámpara de parafina, colgada en el centro del techo, tenía la mecha a tope y emitía una luz mantecosa. El viento había arreciado y gemía en el patio, sacudía los marcos de las ventanas y sonaba como un lamento casi humano en el tiro de la chimenea. Las llamas anaranjadas saltaban en la parrilla de hierro de la chimenea, alcanzaban la leña y arrancaban destellos en los barrotes de hierro. Habían recogido los platos de la cena, retirado la mesa contra la pared y puesto los bancos delante. Las que no encontraron asiento se quedaron de pie o se sentaron en el suelo. Sesenta y cuatro mujeres. Sesenta y cinco, contando conmigo.

Me puse delante de ellas. Me miraron en silencio, pacientemente. Vi que algunas estaban abrazadas, o con los brazos cogidos a las piernas de su compañera. Si habían estado hablando o bromeando antes de la reunión, cuando llegaron de los campos y los dormitorios, se quedaron calladas en cuanto se abrió la puerta y me vieron entrar con Jackie. La luz de las velas esculpía sus facciones y les daba un aspecto demacrado, con los ojos en sombra. No parecían chicas, mujeres de mediana edad o mayores. Parecían seres asexuados, reducidos a músculo por el trabajo físico y la alimentación básica, seres sin ningún concepto de las categorías, sin más código de indumentaria que el que quisieran elegir. Las diferencias de edad se diluían en sus huesos. Supe que eran fuertes, resistentes, puede que más valientes de lo que yo llegaría a ser nunca.

Me tembló la voz cuando empecé a hablar, pero me salieron las palabras con más facilidad de lo que esperaba, y no tuve miedo. El calor del fuego en la espalda me avivaba por dentro como si estuviera llena de brasas. Sabía que estaban más o menos al corriente de la situación en Rith y los acontecimientos de los últimos años, pero hablé de todo. De las inundaciones. Del colapso del mercado y de la recesión. De la declaración del estado de emergencia y de la Reorganización. Describí las hileras de adosados, la escasez, las enfermedades y los abusos de la Autoridad. Les conté cómo había terminado mi matrimonio con Andrew. Y luego, aunque no lo tenía pensado, les conté también cómo me habían humillado, primero el médico y luego los supervisores en el coche patrulla.

Me saqué el dispositivo del bolsillo y me lo puse en la palma de la mano. Después se lo pasé a una mujer que estaba en la primera fila. Se quedó un buen rato observándolo antes de pasárselo a la siguiente.

Cuando terminé de hablar me sentía vacía por dentro y con la boca seca. Me

dolía la frente y caí en la cuenta de que llevaba casi una hora frunciendo el ceño. Me froté con el talón de la mano.

La cocina se había quedado en silencio. Las invité a hacer preguntas, pero nadie levantó la mano. Entonces Jackie me dijo desde un rincón que esa noche no se abriría ningún debate. Era el privilegio de quien intervenía por primera vez. En la siguiente reunión quizá me pidieran que continuara, aunque, si me quedaba algo por decir en ese momento, seguía teniendo la palabra. Les di las gracias por escucharme. En parte esperaba que aplaudieran o que gritaran, conmovidas por lo que acababan de escuchar, pero no hubo ninguna reacción. Simplemente se quedaron mirándome, con los ojos oscurecidos por las sombras, y me apreté el vientre con las manos. Me pareció un anticlímax.

La reunión se dio por terminada. El silencio se rompió cuando las mujeres empezaron a salir y a hablar entre sí. Las que se habían sentado en el suelo de piedra se frotaron las nalgas para entrar en calor. Algunas se quedaron en la cocina, como de costumbre, a beber sidra, y Lorry me trajo un vaso.

—Lo has hecho bien —dijo—. La primera vez no era fácil pero lo has hecho bien.

Negué con la cabeza.

—Solo les he contado lo que ya sabían. Probablemente lo habían oído antes. Puede que sus historias sean mucho peores —contesté.

Lorry se sentó en un banco. Me senté a su lado y me bebí de un trago la mitad del vaso.

—No. Eso no es verdad —dijo—. La mayoría de la gente se interesa por ti. Todas nos fuimos antes de que la situación se deteriorara de verdad. Desde aquí es difícil apreciarlo. Sigue costando creer lo que le ha pasado a este país. Creo que algunas se imaginan que las cosas siguen estando como las dejaron. Creíamos que tuvimos mala suerte cuando vinimos aquí. Pero no es cierto.

Me encogí de hombros. Vi que intentaba ser amable conmigo.

—Cambiando de tema. ¿Cómo va tu hombro? —preguntó.

—Mucho mejor, gracias. Solo me duele cuando me doy la vuelta en la cama de noche.

Lorry me pasó la mano por la clavícula.

—Es una suerte que no estuviera rota o dislocada. No se habría curado bien sin escayolar, y te habrías quedado con ese punto débil para siempre. —A la luz de las velas, sus ojos tenían un brillo entre castaño y topacio. Me parecieron imperfectamente preciosos. Carraspeó y, en un tono más confidencial, dijo—:

Jackie ha interceptado las comunicaciones de la Autoridad cuando sale de patrulla. Se le da bien rastrear las frecuencias. Lleva muchos años practicando. Hay cosas que sabemos desde hace tiempo. Pero no es lo mismo que enterarse de lo que están haciendo de primera mano. Eso lo cambia todo.

Estiró las piernas por debajo de la falda larga y plisada, y apoyó los codos en la mesa, que tenía detrás. Aunque siempre la veía cansada, normalmente se quedaba hasta tarde en la cocina.

—¿A ti qué te pasó, Lorry? —le pregunté.

—¿Quieres decir por qué vine aquí? Bueno, de eso hace mucho tiempo. Había cumplido los cuarenta, estaba divorciada y jodida en el trabajo, como todos los que trabajábamos en el sector sanitario. Estaba hecho pedazos, a punto de estallar. Me pasaba el día haciendo papeleo en vez de cosas útiles. —Hizo una pausa para beber un trago de sidra.

—¿Eras médico?

—Enfermera. —Bebió otro trago y siguió diciendo—: Hubo una pequeña atrocidad que no fui capaz de digerir. Un caso de maltrato familiar. Yo estaba de guardia. No era la primera vez que lo veía pero... Tuve que abrazar a la niña mientras le contaba a la trabajadora social que su padre les había pegado, a su madre y a ella. El padre acababa de volver de prestar servicio en América del Sur. Tenía el síndrome de Clough y no lo estaban tratando. No es un diagnóstico que siente bien en el Ministerio de Defensa, ya sabes. Lo encontraron en la habitación de al lado, gritando. Se había intentado clavar un cuchillo. —Lorry se quedó callada e hizo una mueca—. La niña se llamaba Angharad. Me acuerdo bien. Pobrecita. Hubo que ponerle tres litros de sangre, pero la perdía toda. Supongo que eso fue lo que inclinó la balanza. De repente te das cuenta de que el mundo está a punto de saltar por los aires. Creo que ya lo sabes, ¿verdad? —Me acarició la pierna y sonrió—. Bueno, me alegro de que hayas venido, Hermana. Pero ten cuidado. Y piensa bien qué es lo que quieres. Jackie es una mujer genial, aunque tiene sus demonios. Ha visto más tragedias que todas nosotras juntas. Ha tenido que hacer cosas que ni siquiera te imaginas. Algunos días me da lástima. Otros días... En fin. —Guardó silencio, levantó el vaso y se lo bebió entero.

Me quedé con ella y otras dos mujeres. Tuvieron la delicadeza de no hacerme demasiadas preguntas sobre mi intervención, como si estuviera fuera de lugar o no sintieran demasiada curiosidad. En vez de eso, quizá para mostrarme camaradería, se pusieron a intercambiar recuerdos de noticias que fueron

importantes en los años anteriores a su llegada a la granja. Hubo una oleada de envenenamientos en Londres. Los precios de la vivienda empezaron a caer porque las compañías de seguros rechazaron las pólizas. Se publicó el Informe Rojo sobre el cambio climático. Se aprobó la financiación para construir el nuevo reactor nuclear de Windscale. Y hubo otra secuencia de ataques terroristas. Eran noticias de hacía casi dos décadas.

Bebí más sidra de la garrafa antes de que la guardaran en la despensa. Me apetecía beber, después de la tensión que había pasado. Y cuando me levanté, tambaleándome, los acontecimientos de la noche se volvieron tan borrosos como los halos de las velas. Una mujer que se llamaba Carla me dio un poco de su último lote de crema de lavanda. Dijo que era casera y estupenda para la piel agrietada. Me frotó un poco en las manos, haciendo círculos alrededor de los nudillos para que la loción penetrara en la piel. Empecé a adormilarme y relajarme con la fragancia de las flores y el movimiento de sus pulgares en la palma de mi mano y entre los dedos. Cerré los ojos y noté que se me iba la cabeza hacia delante. Al cabo de un rato, oí que Lorry le decía algo en voz baja, y, aunque yo no quería que parase, Carla apartó las manos de las mías.

Apagaron las velas de sebo y las lámparas de parafina antes de retirarse a los dormitorios. Cuando subía las escaleras a trompicones, me acordé de que no me habían devuelto el dispositivo. Alguien se lo había quedado mientras pasaba de mano en mano.



Archivo cuatro  
Íntegramente recuperado

Megan tenía razón: el primer invierno fue duro. El agradable frescor del otoño dio paso a un frío y una humedad brutales. Los primeros días de diciembre llegaron acompañados de lluvias gélidas y nubes bajas. Los prados estaban casi siempre perdidos en una masa de niebla, y el viento arrastraba aguanieve de las montañas. Los días peores guardaban a los animales en los establos. Las vacas parecían pasmadas de frío, pero a las cabras les traía sin cuidado dónde las metieran. Se comían todo lo que encontraban, hasta la alambrada de los corrales, y daban leche en abundancia. Lorry me contó que algunas se escaparon, hacía unos años, y ahora había un rebaño salvaje en la otra ladera del High Street. Era imposible atraparlas.

Jackie estaba preocupada sobre todo por las ovejas. No eran la principal fuente de alimento y sí la especie más resistente de la granja, pero no soportaba la idea de perderlas antes de tiempo. La vi llevarlas al corral con ayuda de un par de collies que correteaban hábilmente alrededor del rebaño. No podía imaginarme lo difícil que debió de ser enseñar a las ovejas a no salir de una determinada zona de las montañas. Era una tarea durísima, casi un arte perdido, y una de las prácticas ganaderas más antiguas de la región. Lorry me contó que Jackie se había quedado varios meses con ellas en las montañas, como un pastor. Y que con la lana del primer esquila hicieron las túnicas amarillas. Tuvieron que cardarla, hilarla y teñirla con tojos y líquenes de los páramos.

Yo ya me había mudado de la casa principal a uno de los dormitorios en los establos. Me hicieron rápidamente una cama de madera baja, y debajo de ella guardé mi ropa en cajas, como hacía en la casa de Rith. Sin embargo, allí, con las demás mujeres, me sentía más feliz y menos encerrada. No me molestaba tener tan poco espacio, intimidad o pertenencias materiales.

Todas las ocupantes de aquel pequeño rincón doméstico tenían sus detalles personales: fotos pegadas en la pared, una caja con recuerdos, libros prestados, cabos de vela y a veces unas figurillas de madera que hacían con ramas cortadas envueltas en trozos de tela. Había visto esas figuras en los alrededores de las Cinco Agujas. Parecía un rito pagano. En Carhullan no se hablaba de religión, salvo a veces en el foro de debates nocturnos. Si alguien profesaba alguna fe la

guardaba en la esfera de su intimidad y practicaba sus creencias discretamente. Nunca hacían referencia a aquellas figuras votivas, y no conseguía adivinar cuál podía ser su finalidad.

Las mujeres de mi dormitorio eran alegres y prácticas. Me dejaban dormir cerca de la estufa, donde hacía más calor, me animaban cuando la temperatura caía en picado de noche y me acurrucaba debajo de las mantas, medio vestida, procurando inhalar el aire helado lo menos posible. Me preguntaban si seguía sintiendo los dedos o si se me había caído alguno, y me hacían reír a pesar de aquella angustia gélida. Al principio se me hizo raro dormir con tantas personas en la misma habitación, pero estaba acostumbrada a los ruidos de los vecinos en casa y en cierto modo me alegraba de no vivir separada de otros seres humanos por un tabique. A veces, de madrugada, oía a dos de ellas juntas, moviéndose por debajo de las sábanas, susurrando, y me quedaba escuchando hasta que terminaban. Por un lado me tranquilizaba y por otro me hacía sentir sola.

Sabía que haría más frío en la montaña que en la ciudad. Recordé la ilusión que me hacía ver la nieve cuando me puse en camino, pero no tardé en darme cuenta de que la idea era mucho menos romántica de lo que me imaginaba en los días frescos del final del verano. La realidad era brutal. El único aislamiento de los edificios eran las capas de heno esparcido en los desvanes, y las paredes de piedra rezumaban frío y humedad. Aunque cargaban la estufa de leña por la noche, por la mañana se había apagado y el aire del dormitorio era glacial. Me dolía respirar, me quemaba la nariz y la garganta y me obstruía las fosas nasales. No entraba en calor hasta que me tomaba las gachas de avena.

En un costado del establo había una ducha, con un depósito que recogía el agua de la lluvia. La calentaban por las mañanas y por las noches en un caldero, pero nunca llegaba a estar más que templada, y tuve que acostumbrarme a lavarme a toda prisa, casi sin tiempo de hacer espuma con la pastilla de jabón de lanolina antes de aclararme y volver corriendo a secarme y a vestirme. Me lavaba el pelo lo menos posible y procuraba ducharme a última hora del día, cuando había entrado en calor con el trabajo. En las letrinas hacía un frío de muerte. Siempre iba después de alguna otra, cuando el asiento de madera seguía caliente.

En Carhullan había una tradición, una costumbre que se estableció en sus primeros tiempos, cuando el número de residentes empezó a crecer. El día de sus cumpleaños, todas las mujeres podían darse un baño en la casa principal. Podían pasarse una hora sumergidas en la bañera de cobre mohosa, envueltas en vapor y

agua caliente, sin que nadie las molestara, mirándose al espejo que estaba enfrente. Cuando me enteré de eso me di cuenta de la suerte que había tenido al poder usar el baño interior de la casa durante las semanas de mi recuperación. De pronto me pareció el mayor lujo de toda la granja.

Empecé a ponerme la túnica amarilla como ropa interior, cuando salía a trabajar al aire libre, debajo de la sudadera más gruesa y el chubasquero. No quería desprenderme de ella; además, el tejido seguía siendo tupido y caliente. En cuanto estuve en condiciones de hacer algo más que lavar platos y ayudar a preparar las comidas me ofrecí voluntaria para trabajar, y me mandaron con una cuadrilla a cargar y almacenar ladrillos de turba. Habían cortado bloques de turba y los estaban secando debajo de unas lonas largas que llegaban hasta las montañas. Con el cambio de tiempo tenían que guardarlos a cubierto, para que se quemaran despacio y aromáticamente a lo largo de los meses de invierno junto con la leña del bosquecillo de sauces. Incluso pensaban hacer alquitrán con parte de la turba y refinarlo para preparar aceite de parafina. Me asombraba que pudieran aprovecharse tantas cosas del entorno y que las mujeres aplicaran aquellos conocimientos con tanta naturalidad.

No me importó ayudar a cargar turba, aunque no era lo que más me apetecía. Le había preguntado a Jackie si podía sumarme a su unidad. Después de la conversación que tuvimos antes de la reunión, estaba segura de que me aceptaría. El día en que me sentí con fuerzas para dormir con las demás en los establos, fui a buscarla. La encontré en el patio, dando de comer a los perros, y le dije que había decidido que eso era lo que quería hacer en Carhullan. Como de costumbre, puso una sonrisa torcida, tirando hacia arriba del lado bueno de la cara. Negó con la cabeza y dijo: «No, Hermana».

Tenía la esperanza, ingenua de mí, de que se sentiría halagada. Esas últimas semanas me dio la impresión de que me hacía señales. Y, como si quisiera despertar mi interés, me había dejado en la cama otro libro: *Los siete pilares de la sabiduría*, de T. E. Lawrence. Lo leí muy deprisa y lo dejé en la puerta de su dormitorio. Pero Jackie se tomó mi ofrecimiento a broma.

—Vuelve a preguntármelo en primavera —dijo—. No creo que aún estés preparada para atravesar las llamas. Todavía tienes cuentas que ajustar. Además, las chicas querrán medir tu fuerza primero. Y no puedo contar con nadie sin entrenamiento. No puedo permitirme ningún accidente.

Tenía un barreño de plástico en la mano. Los perros se arremolinaron a su alrededor y empezaron a ladrar, pidiendo comida. Vacío los trozos de carne roja

en un comedero, y los animales se abalanzaron sobre ellos. Me llevé una desilusión.

—Jackie, comprendo lo que me hiciste y por qué lo hiciste. Te juro que no te guardo ningún rencor. Me encuentro estupendamente.

Me atravesó con la mirada y dijo:

—No hablo de aquí, Hermana. Hablo de allí abajo. No hay lugar para la venganza en lo que estamos haciendo. Serías un lastre. A Chloe le vendrá bien un poco de ayuda en el barranco. Ya sabes dónde están.

Y me marché, decepcionada y desconcertada.

Las chicas levantaron la vista desde la zanja negra al ver que me acercaba. No llegaba a verlas bien, porque llevaban la cara cubierta con bufandas o capuchas muy ceñidas para protegerse del viento fuerte.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunté. Se quedaron calladas un momento, hasta que una de ellas se adelantó. Entre las telas que le envolvían la cabeza vi que tenía los ojos de un color canela cálido y la piel oscura.

—Siéntate —dijo.

—No hace falta, quiero ayudaros —contesté—. Me gustaría. Llevo semanas sin hacer nada.

Se le iluminaron los ojos, como si le hiciera gracia.

—Siéntate. Tengo que envolverte los pies. Para que no te entre el mal de la trinchera.

Me fijé entonces en sus piernas y en las de las demás. Todas llevaban plásticos encima de las botas. Me senté en el páramo pedregoso.

Vi que iba hasta una carretilla que estaban llenando de turba y sacaba dos bolsas de plástico de un morral de lona colgado de un mango. Volvió y se arrodilló a mi lado, me puso una pierna encima de su rodilla y me metió la bota en la bolsa. Me ató las asas en el tobillo. Luego repitió la operación con la otra pierna.

—Hay que cuidar el calzado —me explicó—. Cuando llueve, esto se convierte en una ciénaga. —Se sacó del bolsillo del anorak unos guantes de sobra y me los dio—. Soy Shruti. Estas son Chloe, Katrina, Fish, Lillian y Maud. Son imbéciles. No les hagas ni caso. —Las demás se echaron a reír, soltaron unos cuantos improperios y siguieron levantando terrones. Shruti me pasó una pala y separó las manos para indicarme—: Más o menos de este tamaño. —Luego señaló una hilera de bloques pardos que estaban debajo de una carpa de lona y añadió—: Cuando te canses, puedes ayudar a dar la vuelta a esos. —No le

veía la boca entre los pliegues de la bufanda, pero noté en sus ojos que estaba sonriendo.

Eran un grupo simpático. Parecían muy trabajadoras y acostumbradas a estar juntas, y no les molestó que me sumara a ellas. Shruti me cayó bien desde el primer momento. Era amable, me hacía sentir cómoda y tenía una serenidad que salpicaba a veces de ocurrencias ingeniosas. Las demás siempre la llamaban con algún mote, como Shrooms o Titty, y se burlaban de su acento, pero ella no se quedaba corta en sus contestaciones:

—Si no tenéis nada mejor que hacer que pasaros el día imitándome, allá vosotras, panda de gilipollas paliduchas. Tú ve a tu ritmo, Hermana, que yo me ocupo de que todo funcione.

Estas eran las bromas más suaves que se oían en Carhullan. Al principio me horrorizaron las pullas que se decían unas a otras: casi nada se consideraba tabú, impertinente o grosero; se decían auténticas barbaridades relacionadas con sus respectivos chochos o chuminos, como si aquel lenguaje fuera lo más natural para ellas. Se insultaban por sus inclinaciones sexuales sin que nadie se ofendiera. Ya había visto la crudeza con que Jackie hablaba de las mujeres de la granja, la había oído llamarlas zorras y cabronas, y lo achaqué a su política de mano dura, pero parecía un rasgo endémico.

Shruti era más o menos de mi edad y había llegado a Carhullan a los veinte años. Tenía como un parche de piel pulida en la parte derecha del cuello, que vi cuando se quitó la ropa de abrigo para cenar. Nunca la había visto desnuda, porque no estábamos en el mismo dormitorio, pero Nnenna, que era mi vecina de litera, me contó que la marca le bajaba por el hombro y el pecho y le llegaba hasta el muslo. Alguien de su familia, un hermano o un tío, le había tirado ácido encima, por alguna transgresión cultural, por negarse a contraer matrimonio o por tener una relación ilícita. Sin embargo, esa no fue la razón por la que se fue de casa y vino al norte. Se vengó del ataque y la juzgaron. A pesar de que rebajaron los cargos, considerando como atenuantes la provocación y su estado mental, se enfrentaba a quince años de prisión. El Ministerio de Justicia no consiguió seguirle el rastro. Ahora había dejado de existir, como todas las demás mujeres de Carhullan, y bien que se alegraba.

Me gustó estar con aquel grupo en los páramos. Trabajaban todo el año al aire libre, en los barrancos, el bosquecillo de sauces y el huerto; estaban todas muy bronceadas y eran alegres. Como yo era nueva para ellas y les inspiraba curiosidad, disfrutaron con la oportunidad de contar de nuevo sus historias

personales, hablar de viejas heridas de guerra y presumir de sus desventuras pasadas. Había en la granja menos víctimas de lo que imaginaba. Normalmente eran ellas las que habían cometido algún delito o no encajaban en su ambiente: personas con un pasado violento, sin pelos en la lengua, sin habilidades sociales, promiscuas, adictas a las drogas y conscientes de que necesitaban una disciplina para encontrar equilibrio. Todas coincidían en que Carhullan era lo mejor que les había pasado. Que ir allí era la mejor decisión que habían podido tomar, a pesar del conejo estofado, los sarpullidos en el culo, los retretes hediondos, las duchas frías que te ponían los pezones de punta y la falta de tampones.

Todas habían cumplido los treinta, pero aún conservaban el espíritu retozón de las chicas jóvenes. Se lanzaban puñados de turba unas a otras y resistían con buen ánimo las duras jornadas de trabajo físico en la penumbra del invierno.

Me caían bien y me gustaba estar con ellas. Había en los páramos y en los dormitorios un ambiente de camaradería desconocido para mí. Algo que iba más allá de la tolerancia o la ausencia de hombres: una sensación fundamental de utilidad y dependencia, de actividad, autenticidad y conexión. Solamente la mitad de las chicas eran de la región. Las demás venían de lejos: Londres, Glasgow o Birmingham. Katrina venía de Rusia. Si llegaron heridas o abatidas, si habían sido maltratadas o maltratadoras, con el paso de los años lograron reconciliarse consigo mismas y alegrarse de ser quienes eran.

—No hay un sitio mejor que este para rehabilitarse —me dijo Shruti—. Y es por trabajar en contacto con la tierra. Por volver a las cosas esenciales. —Añadió que la clave estaba en vivir en comunión con el entorno y no alejarse nunca más de la realidad. Eso era terapéutico, daba perspectiva a la vida—. Ya lo verás, Hermana. —Y me apretó el brazo con cariño.

Al final del primer día, después de tantas horas arrancando con las palas la tierra arcillosa y negra, darle forma y apilar los ladrillos que ya se habían endurecido, sentí una satisfacción que no recordaba haber sentido nunca. No me molestaban la lluvia ni el aire frío. Las tareas de la cocina no iban tanto conmigo, y cuando estaba con Helen y Stella me sentía algo incómoda, como si no tuviera las manos hechas para sostener a la niña. Necesitaba descansar más que mis compañeras, porque me dolían los brazos y la espalda, pero aguanté hasta que empezó a oscurecer y Shruti me dio una palmada en el hombro para decirme que era hora de alimentarse.

—Creo que esta noche hay cordero —dijo, haciendo una mueca. La bolsa de plástico que me había puesto en las botas estaba completamente embarrada, y los

guantes cubiertos con una costra de tierra tan dura que no podía doblar los dedos. Miré atrás mientras nos llevábamos la última carretilla a la granja y contemplé con admiración la veta de tierra fértil que había abierto con la pala.

Para celebrar mi primer día de trabajo oficial, mis compañeras organizaron una sesión de música después de la cena. Sacaron de un armario una botella polvorienta del whisky de Jackie y la fueron pasando de mano en mano para que todo el mundo diera un trago.

—Ladronas de mierda —dijo Jackie secamente cuando entró en la cocina, pero hizo un gesto con la mano, como si no tuviera importancia. Bebí con ellas, a pesar de que nunca me había gustado el whisky. Me resultaba ácido, con un toque a humo y a tierra que me hizo recordar la turba que había estado removiendo todo el día.

Sacaron el acordeón y un violín y empezaron a cantar una antigua balada carcelaria. No la conocía, pero la melodía era muy parecida a las canciones de la frontera que oía a veces en los bares, con mi padre, después de nuestras excursiones. Me pareció preciosa, incluso me emocionó, y no quería que terminase. Varias chicas se fueron turnando para interpretar las estrofas en solitario. Hacia el final de la canción, Jackie se levantó tranquilamente y empezó a cantar con confianza, con una voz fuerte y melodiosa que no sé por qué me sorprendió, como si no la creyera capaz de eso.

La letra de las estrofas había empezado a mezclarse en mi cabeza, porque la canción era muy larga; sin embargo, quizá porque era Jackie quien cantaba, o porque el acordeón y el violín se callaron de repente y la dejaron sola, recuerdo lo que decía la estrofa que interpretó ella: «En una cárcel de mujeres viven sesenta y cinco presas, y a mí me gustaría estar con ellas».

Esa noche dormí de maravilla, como nunca y sin soñar nada. Al día siguiente me desperté tan entumecida que no podía doblar las piernas, pero me levanté y me vestí para hacer mi trabajo. Hice lo mismo todas las mañanas durante el mes siguiente. Iba renqueando hasta la cocina, me sentaba en el banco con las demás y devoraba los huevos con pan, la morcilla o las gachas de avena. Los días eran todos iguales, y lo único que cambiaba era el tiempo: la lluvia sucia y las nubes grises como garzas dieron paso a un cielo raso y a la blanca quietud de la escarcha. Un día, cuando íbamos hacia los barrancos, Shruti me pasó un puñado de castañas y frutas deshidratadas de un cuenco que había en el aparador, y me dijo que era Navidad.



\*

A pesar de sus diferencias de opinión y sus distintas funciones, las mujeres formaban una comunidad cohesionada, respetuosa y basada en la ayuda mutua. Había amistades sólidas dentro de un mismo grupo de trabajo, pero las mujeres de la unidad de Jackie parecían unidas por unos vínculos más fuertes que los de las demás. Se entendían sin necesidad de hablar, se anticipaban a los movimientos de las compañeras, llegaban a la cocina a la misma hora y se reían por cosas que solo ellas entendían. Ni el peor de los vientos, la lluvia o el granizo les hacía interrumpir su entrenamiento. Mientras apilaba en la carretilla los bloques de turba oscura y con olor a carbón, las veía correr por la cumbre con grandes macutos a cuestas, la ropa y el pelo empapados, la espalda salpicada de barro y una costra agrietada en la espalda. Algunas se paraban a vomitar en la abrupta ladera, o se tambaleaban y se caían, pero nunca se rendían. Se levantaban, solas o con ayuda, y seguían adelante. Y Jackie siempre estaba con ellas, sin hostigarlas como un sargento de instrucción, sin gritarles consignas, simplemente corriendo a su lado, a la cola del grupo.

A veces tardaban varios días en regresar. Las veíamos desaparecer al otro lado de la cumbre. Por la noche, si ninguna había vuelto a la granja, Ruthie no desperdiciaba su ración de alimento. Acampaban en los refugios de las cumbres de la sierra, en condiciones durísimas. Escogían los peores días para salir de expedición, los de tormenta, niebla, heladas o aguaceros. Hacían gala de un masoquismo preocupante, como si los obstáculos y las dificultades les resultaran útiles. Sabían dominarlos, sacarles partido, utilizarlos para aumentar su resistencia, y los afrontaban siempre de frente.

Las chicas de mi cuadrilla me contaron que las misiones de la unidad, cuando estaban lejos de Carhullan, eran más extremas y más depravadas que las de las Fuerzas Especiales Británicas. Que lo que hacían era prácticamente tortura, de sí mismas o del ganado. Volvían cubiertas de sangre y cargadas con cabezas y pieles de ciervo. Les gustaba exhibir sus trofeos delante de las demás.

—¿Cuánto tiempo llevan entrenando? —le pregunté a Shruti.

—Puede que tres años. Desde que Jackie empezó a tomárselo todo muy en serio. Si no fueran de las nuestras me asustaría. Pero como lo son, duermo mucho más tranquila. De todos modos, están locas de atar. Hay que estar muy mal de la cabeza para soportar esa vida.

Tenía razón. Después de varios días fuera, muchas volvían sangrando, sucias

y con la sangre envenenada. Lorry les cosía las heridas y les daban raciones de comida extra. Había una división sutil entre las mujeres de la unidad y las trabajadoras. No se manifestaba con hostilidad, pero sí con pequeños gestos de separatismo: una línea en la mesa de la cocina o la costumbre de beber a solas en la sala común. Me imaginaba que eso pasaría en todas las comunidades. Veía menos a Megan desde que empecé a cargar turba. Puede que para ella hubiera pasado a formar parte de otro círculo. Seguía llevando su colgante, que solo me quitaba para ducharme. Aparte de mi alianza de bodas, era mi única joya. Me gastaba bromas cuando nos encontrábamos en la cocina, me decía que había escogido la parte fácil, pero normalmente me dejaba en paz con mi cuadrilla.

Seguían llamándome Hermana. No me había olvidado de que Corky, la que me llevó a la granja con Megan, me dijo ese día que si quería recuperar mi nombre tenía que pedirselo a Jackie. Pude haber preguntado si era verdad, si se trataba de algún rito de Carhullan, pero por alguna razón no quise saberlo. Cuando pensaba en mi nombre me acordaba demasiado de lo que había tenido que soportar, y me gustaba que las demás me llamaran como se llamaban a menudo unas a otras.

El tiempo pasaba muy deprisa con la rutina del trabajo. Los días se medían siempre igual: por la duración de la luz y la cantidad de leña o turba que trasladábamos. No me molestaba la repetición. Me ponía en forma y me ayudaba a recuperar la confianza. Me preocupaban más los días en que ocurría algo especial. Una mañana hubo un revuelo en la cocina, corrían rumores de que habían interceptado cierta información en las comunicaciones de la Autoridad. Estaba a punto de salir de la granja cuando Jackie entró en la cocina y cogió una manzana roja de la encimera. La lanzó al aire, la atrapó entre los dientes y le dio un mordisco. Luego se subió a la mesa, colándose entre dos mujeres que estaban sentadas, apartó con las botas los platos vacíos y echó a andar por la tabla de roble. Parecía desquiciada. Aunque no era la primera vez que la veía actuar con histrionismo —una vez cogió un pavo del gancho en el que estaba colgado, encima de la mesa de mármol del matadero, y obligó a Ruthie a bailar un vals con él en el patio antes de dejarla que siguiera desplumando aves—, nunca había presenciado una escena tan aparatosa.

Abrió los brazos, con la manzana mordida en una mano y anunció:

—¡El rey ha muerto! Ha caído en acto de servicio. Dios bendiga sus putos huesos. ¡Viva la revolución!

Las demás se quedaron boquiabiertas. Era raro tener noticias del exterior, y

aún más raro de tal envergadura. Jackie se arrodilló y besó a la chica que tenía más cerca, casi levantándola del asiento. Bajó de la mesa de un salto y se marchó con la manzana apretada entre los dientes. La seguí por el pasillo y la oí reírse a carcajadas en la puerta. Era una risa desencajada, que no sonaba bien. Noté en el pasillo un olor a whisky. Había estado bebiendo esa noche o a primera hora de la mañana.

Estábamos apilando los bloques de turba cuando vi llegar a los hombres de la aldea. Eran cinco, con barba y la cara delgada. Desfilando por el prado, entre las ráfagas de lluvia, tenían el aspecto de una aparición, como los fantasmas de los trabajadores de la construcción que había en la comarca décadas antes, altos, esbeltos y despeinados. Era evidente que no tenían la vitalidad de las Hermanas, y pensé en qué condiciones vivirían, si llevaban una existencia más pobre y hasta qué punto dependían de las mujeres para su supervivencia. Mientras se abrían camino entre los apriscos, me pregunté por qué venían, sabiendo que no serían bien recibidos. No comprendía su relación con la granja. Parecía absurdo que hubieran seguido a sus mujeres o sus novias para estar cerca de ellas, ya fuera por amor, por debilidad o por pura costumbre. Aunque, como nos ocurría a nosotras, tampoco ellos podían volver atrás.

Me había acostumbrado a estar solo entre mujeres y se me hizo extraño ver que se acercaban a la cuadrilla, saludaban a las chicas dándoles la mano, incluso algunos se abrazaban. Chloe besó a uno de ellos y él la agarró de las caderas. Shruti me los presentó. Eran Ian, Richard, Calum, Dominic y Martyn. Dijeron que se habían enterado de mi llegada. Algunos pensaron que era una broma. No sabían de nadie que se hubiera atrevido a venir a la granja desde hacía años, y les parecía imposible que alguien pudiera salir de la ciudad sin que lo detuvieran. Me limité a asentir con la cabeza. Luego, el que se llamaba Martyn preguntó si podíamos darles una carga de turba para el fuego. Si era posible, se la llevarían a la aldea. A cambio se ofrecieron a reparar las redes de pesca que la fuerza de las aguas había roto en los últimos meses. O a pagar con alguno de los otros acuerdos establecidos.

Lo pidió con educación. Yo no estaba segura de cómo eran los hombres o cómo actuarían las chicas cuando estaban con ellos, si las tensiones que había observado en las reuniones, donde las mujeres normalmente hablaban de ellos con desprecio y antipatía, podían traducirse en resentimiento o malestar. Pero no

fue el caso. Lillian y Katrina les dieron unos trozos de fruta deshidratada que llevaban en el bolsillo. La conversación era amistosa. Quizá tuviera un trasfondo de negociación, pero me pareció que había entre ellos una antigua alianza, incluso cierto coqueteo.

La dinámica del grupo se alteró sutilmente con su presencia. Tuve la sensación de estar observando a dos especies de animales que bebían hombro con hombro en el mismo arroyo, en estado de alerta y conscientes los unos de los otros, solo temporalmente compatibles. Las chicas dijeron que no hacía falta ayuda en la laguna, pero de todos modos les ayudarían a cargar la turba por la tarde, cuando terminaran su faena. Los hombres me miraron y quedaron en volver a esa hora. Martyn se inclinó para besar de nuevo a Chloe. Fue un beso íntimo y dulce.

—No tienes que ir si no quieres —me dijo Shruti cuando ya se alejaban—. Nadie te lo reprochará, y la cuesta del puerto es muy dura. —Contesté que no me importaba. A pesar del cansancio, sentía curiosidad por ver dónde y cómo vivían. Y no quería separarme de la cuadrilla. Me había acostumbrado a comer con ellas, a sus bromas insultantes y sus conversaciones eufóricas y escandalosas. Shruti me miró un momento con esos ojos oscuros y serenos y sonrió—. Vale. Muy bien. Ven si quieres.

Las chicas pasaron el resto del día trabajando en silencio y deprisa, a mayor velocidad. Hacia las dos de la tarde regresaron los hombres. Traían un par de mochilas, unos sacos viejos de fertilizante y un capacho de leña. Cargaron toda la turba que pudieron y la llevamos entre todos por la ladera del monte hasta el pie de un collado, y desde ahí cuesta arriba.

Al otro lado había una llanura de hierba rodeada de tojos y helechos. Anduvimos unos cuarenta y cinco minutos y, cuando empezábamos a bajar por otro valle, hacia el sur, oí la voz penetrante de un ave de presa. Miré hacia arriba y vi a un halcón solitario que sobrevolaba en círculos amplios. El paisaje era inquietante, pelado y azotado por el viento, encerrado entre las laderas cubiertas de helechos de color rojo oscuro, aunque el sendero por el que íbamos estaba trillado de tanto ir y venir. Desde la cima del puerto se veía otra cordillera, en el corazón del antiguo parque nacional. Varias agujas de roca se levantaban contra el horizonte, y al fondo descollaban los picos. Puede que mi padre me hubiera dicho sus nombres, pero no me acordaba. Era un paraje inhóspito y escarpado. Pensé quién quedaría allí, cuántas almas abandonadas intentarían sobrevivir lejos de las severas restricciones de las zonas de seguridad, perdidas, como nosotras,

en el montañoso territorio del norte.

Calum vino un rato andando a mi lado y me hizo algunas preguntas sobre Rith y el suministro de petróleo. También quería saber si finalmente se había llegado a imponer el reclutamiento obligatorio para los hombres. Se marchó a Carhullan cuando eso parecía muy probable. No se había acercado a la ciudad desde hacía siete años.

—Yo soy más amante que soldado —dijo. Se echó a reír y se le vieron las encías, inflamadas y rojas. Respondí a sus preguntas con cautela, puede que con más reserva de la necesaria, porque notaba en él algo que me ponía nerviosa; de repente no sabía cómo comportarme y tenía la impresión de que sus ojos grises me miraban demasiado fijamente.

Olía a sudor y a tabaco. En Carhullan no había muchas oportunidades de fumar. De vez en cuando aparecía un cartón de cigarrillos que se repartía enseguida. Jackie tenía provisiones de Golden Leaf, aunque casi nunca la había visto liar un cigarro; solo alguna vez, cuando volvía de sus entrenamientos o cuando podía acompañarlo con un vaso de whisky, y pensé que Calum tal vez comerciaba con ella. El pelo castaño le llegaba hasta el cuello, y vi que tenía los tendones muy marcados, nudosos y de un color ligeramente violeta. Era evidente que pesaba menos de lo que debería, que no estaba bien alimentado. Aun así, parecía más sano que los adictos al silverflex de Rith.

Martyn iba con Chloe. Llevaban entre los dos un saco muy cargado, y de vez en cuando se acercaban para besarse.

El sendero empezó a descender y se hizo más ancho, de aspecto volcánico, como un lecho de roca oscura y vítrea. Poco después llegamos a un llano. A la derecha había tres caseríos de piedra con el tejado de turba. Una tenue voluta de humo azul salía del cañón de una chimenea. En la puerta había un hombre mayor, de pelo blanco, con dos niños y un perro. Los niños se acercaron al vernos, abrazaron a las mujeres y luego, después de dudarlo un momento, me abrazaron también a mí. Me sorprendió su gesto y estuve a punto de apartarme cuando el primero me echó los brazos al cuello. No los había visto nunca, pero me aceptaban como a una más de la familia. Me pareció que tenían algo de la franqueza de Megan, de su afecto sencillo. Eran menudos y enjutos; uno de ellos aparentaba como mucho diez años, aunque ya tenía manchas en los ojos y parecía envejecido.

Descargamos los bloques de turba, los apilamos en un cobertizo y entramos en una de las casas más grandes. Los niños se quedaron fuera, con el hombre

mayor, y oí el ladrido del perro a lo lejos, como si estuvieran saliendo de la aldea.

La vivienda era más austera que la granja. Tenía una única habitación, con una mesa y varias sillas, una chimenea pequeña y tiznada de hollín debajo de una campana y dos escaleras enfrentadas que llevaban a dos alcobas, con unas camas muy bajas. No había electricidad, y la casa solo tenía dos ventanas estrechas. El espacio estaba lleno de sombras alargadas. Un montón de brasas rojas brillaba en la parrilla de la chimenea. Olía a arcilla, a carbón y a grasa animal, y a algo más que no llegaba a identificar, a una mezcla de almizcle, hongos y materia en descomposición, como un bosque. El suelo era de tierra blanda, sin tablones. Las mujeres tenían la costumbre de decorar la granja rústicamente, con flores y brotes verdes, cuencos de fruta o espirales de piedras en las repisas de las chimeneas y los bancos de las ventanas de la sala común. Aquí había muy pocos adornos. Todo era práctico y sobrio.

Hubo un silencio incómodo, y uno de los hombres tosió como si tuviera bronquitis. Calum pareció animarse entonces. Llenó un hervidor de metal de un barril de agua y lo colgó encima del fuego, de una viga torcida. Preguntó a quién le apetecía un té y se quitó la sudadera. Al sacársela por la cabeza le vi la tripa, sin pelos y hundida por debajo de las costillas. Llevaba una camiseta rota y descolorida, con leves manchas amarillas en las axilas. Nadie le contestó. Hubo otro silencio antes de que Martyn y Chloe se levantaran y fueran hacia la puerta de la granja. Las chicas cruzaron una mirada.

—Vamos. No hace falta andarse con cortesías —dijo Chloe—. Tenemos que volver enseguida o se nos hará de noche.

Se marchó con Martyn, y oí que decían algo en voz baja, se reían y abrían y cerraban la puerta de otra casa.

Calum me estaba mirando desde la chimenea. Se le había alborotado el pelo por detrás al quitarse la camiseta. Tenía los huesos de las sienes muy marcados y la cara alargada; los rasgos toscos y equinos. Aguanté su mirada unos momentos. Alguien soltó una broma, algo sobre visitas conyugales, y los demás empezaron a moverse por la habitación y salieron en parejas. No parecía un trámite informal, pero tampoco se entretuvieron con protocolos ni preámbulos. Katrina y otra chica se fueron con dos hombres y nos dejaron a Shruti, Lillian y a mí con Calum y Dominic. Calum no dejaba de observarme, con interés y curiosidad. Me sentí idiota por no haberme imaginado lo que iba a pasar. Noté un cosquilleo en el cuello y una oleada de calor. Quería marcharme, pero sabía que no podía.

El hervidor empezó a silbar y a soltar vapor por el pitorro en el fuego. Estuvo casi un minuto pitando, hasta que Shruti se levantó, pasó por delante de Calum, cogió un trapo de la mesa y lo descolgó del gancho de hierro. Lo llevó a un aparador cubierto de polvo, sirvió el agua en dos tazas y me ofreció una. La acepté agradecida por el detalle y la serenidad que irradiaba. Lillian asintió con la cabeza y sonrió.

—Bueno, parece que esta vez me ha tocado la mejor parte del trato. Qué suerte tengo. —Y empezó a subir por una de las escaleras. Los dos hombres la siguieron.

—¿Te apetece que nos lo tomemos fuera? —preguntó Shruti. Dije que sí y nos acercamos a la puerta.

—No me lo puedo creer —murmuré.

—Sí que puedes —dijo. Quitó el cerrojo y nos sentamos en un murete de la fachada, al lado de las otras casas. Vi a los niños con el perro al fondo del valle, agachados en los surcos de un sembrado. El mayor estaba arrastrando un contenedor hacia el borde del campo.

—¿Qué han plantado? —pregunté, más por decir algo que por verdadero interés.

—Nabos. Para las ovejas. Y para nosotras.

Shruti me dio un codazo.

—Chloe y Martyn están casados —me explicó—. Se lo toman muy en serio. Él no se acuesta con nadie más. No tiene nada de malo follar con tu marido, ¿no? Bebí un sorbo de agua caliente.

—No. Claro que no. Pero ¿por qué no vive aquí con él?

Shruti volvió a sonreír y se encogió los hombros.

—No lo sé. Eso es cosa suya. Me imagino que lo habrán decidido. Así están bien. Puede que él no sea la mayor prioridad para ella. Se ven lo suficiente para ir tirando. Y Martyn es un buen tío. Una vez, unos tipos acamparon alrededor de la granja y no duraron más de una semana. No eran precisamente lo que se llama leales o flexibles. Aunque supongo que es comprensible. ¿Tú te habrías quedado?

Apoyé la espalda en la pared. Era irregular y se me clavaba en varios puntos de la columna.

—No —contesté—. Y ¿qué pasa con Calum y los demás?

Shruti suspiró.

—Creo que algunos vinieron con sus mujeres, se quedaron y se adaptaron a

las circunstancias. Calum no. No sé por qué vino exactamente. Puede que para apartarse del mundo. Pero lleva mucho tiempo aquí. Más que yo. Se siente útil. —Me cogió del brazo y dijo—: Oye, no creas que se quedan solo por lo que estás pensando, como si fuéramos un harén. No es eso. La ciudad les gusta tan poco como a nosotras. También trabajan la tierra, y nosotras los ayudamos porque podemos. Es posible que al principio tuvieran aspiraciones románticas, pero ya no. —Se quedó callada, con una expresión casi de disculpa en los ojos oscuros—. Quizá parezca extraño, pero es que la vida aquí arriba es difícil. Uno quizá cree que está programado de una manera determinada y de pronto descubre que no. Al final te apañas con lo que hay. Y a Calum le gusta, por supuesto. Yo haría lo mismo.

Me soltó el brazo. Nos quedamos un rato calladas y empecé a oír los ruidos sofocados que llegaban de la casa de enfrente. No sabía cuál de las chicas había entrado allí, pero hablaba en voz alta, con abandono. Después oí que el hombre llegaba al clímax. La situación seguía resultándome incómoda, pero mi cuerpo reaccionó con una explosión de calor entre las piernas. Me los imaginé juntos: dos formas sin rostro que se movían rítmicamente de una manera exagerada. Vi que él sacaba el pene, empalmado y brillante, y pensé cómo volvía a cerrarse el espacio blando y resbaladizo dentro de ella.

Tuve la sensación de que me ahogaba. Hacía meses que no sentía nada parecido a la pasión. Desde que me metieron en el coche patrulla no había vuelto a tener ganas. Andrew se daba cuenta de que estaba traumatizada y no sacaba el tema. Me dejaba en paz. Hacía meses que no dormíamos juntos, y yo ni sabía que pudiera estar liado con alguien ni me interesaba. Las mujeres de Carhullan conocían más cosas de mí que él. Tal vez fuera por el aire limpio, los días de ejercicio físico o la sensación de libertad y armonía entre la gente; el caso es que de pronto me sentí preparada para abrir de nuevo esa parte de mí.

Shruti estaba callada, sin decir nada, mirando al frente. Se había recostado en la pared, con las piernas cruzadas y la taza desportillada en la mano. La miré. Los rizos oscuros le caían por detrás de las orejas. La parte del cuello donde tenía la cicatriz parecía brillante y ligeramente abultada a la luz del día. Era delgada, de huesos finos aunque con curvas. Si no hubiera estado allí conmigo me habría marchado sola, habría cruzado el puerto para volver a la granja mientras las demás se entregaban a sus placeres. Pero Shruti estaba a mi lado. Y su compañía me inspiraba como siempre serenidad. Me pregunté qué estaría pensando, si también sentiría alguna emoción.



La aldea tenía un aire decididamente sórdido, opresivo y melancólico. No se parecía a nada que hubiera visto. No entendía qué se había despertado dentro de mí, ni por qué la proximidad de los que estaban copulando me excitaba en aquel ambiente. Únicamente podía pensar en los movimientos de los que estaban en la cama, en los gritos que oía. No era distinta de ellos.

Empecé a ver imágenes de Shruti. Me imaginé que me acercaba a ella, le bajaba la cremallera del anorak, le levantaba las capas de ropa y le tocaba los pezones, me los metía en la boca y exploraba su forma con la lengua. El leve dolor iba en aumento. Me sentía ligeramente dolorida. Dejé la taza de agua caliente en el suelo y me levanté para hacer varias respiraciones profundas mientras contemplaba el valle a mis pies.

A pesar de que el cielo empezaba a oscurecerse, una franja de luz nacarada iluminaba el horizonte. La luna baja del invierno, colgada en el cielo, emitía un resplandor tenue. Parecía prisionera, frágil. Notaba el viento frío en la cara y el cuello; me mordía y me picaba en las orejas. Pensé qué sensación tendría mi piel si me hubiera quitado la ropa en la granja, si estuviera acostada, desnuda y expuesta a las corrientes de aire en las alcobas sin paredes, y me imaginé la sensación de un cuerpo cálido sobre el mío. Tenía treinta y un años. Me encontraba en un lugar que había tardado miles de años en formarse. Sabía que mi existencia no contaba para él. Y, de repente, quise ser más importante de lo que era.

Me volví y miré a Shruti. Tenía una expresión ilegible, los ojos vueltos hacia dentro. No entendía qué me estaba pasando. Solo sabía que no había regreso posible, lo que sentía mi cuerpo y lo que yo quería en ese momento.

Shruti se dio cuenta. Se levantó y me acercó con delicadeza hacia la pared. Se quedó delante de mí, con los brazos a lo largo de los costados. Miré el arco pequeño de su boca y me incliné hacia ella.

Me cogió de la mano y me llevó detrás de la esquina de la casa, para que no nos vieran los demás al salir. Volvimos a besarnos, nos abrazamos, nos separamos y nos bajamos los pantalones hasta las rodillas. Cuando la toqué vi que estaba tan húmeda como yo. Nuestras bocas empezaron a moverse deprisa y con dulzura, las lenguas acompasadas con los dedos. Se apartó una sola vez, para bajarme un poco más los pantalones, abrirme las piernas y humedecerme más todavía. El aire frío nos rozaba la cintura y los muslos, y la sensación de frescor en las manos pegajosas era lo más erótico que había sentido nunca. En el momento de cerrar los ojos, vi el cuerno blanco de la luna en el cielo violeta.

Cuando terminamos, nos subimos los pantalones y volvimos a la puerta de la casa. Nadie había salido. Cogí las tazas de agua, le pasé una a Shruti y nos las bebimos. Seguían templadas.

\*

El camino de vuelta por el puerto se me hizo más corto sin carga a cuestras. La luz se apagaba muy deprisa, y los helechos oxidados de las laderas parecían una cascada de restos de metal. El atardecer era claro y las estrellas brillaban lo suficiente para iluminar un poco el sendero. Las chicas empezaron a gastar bromas sobre lo que habían hecho. Lillian, la que había subido con Calum y Dominic, se echó a reír cuando Chloe le preguntó con quién había terminado esta vez.

—No he tenido que elegir —dijo—. Estas dos han sido muy generosas y han pasado. ¿Queréis saber cómo es estar con dos hombres? Es como estar con uno, solo que el doble de bueno. Nada tiene que esperar su turno. Bueno, ellos sí. —Y su risa resonó en el crepúsculo. Chloe estaba un poco apagada. Me fijé con curiosidad en ella y en Martyn cuando salimos de la aldea. Él le apretó la mano con fuerza, arrimó la cara a su pelo rubio como el trigo y le pidió en voz baja que se quedara a pasar la noche, pero ella no quiso y se apartó de él.

Shruti y yo también íbamos calladas. No sé si le sorprendió lo que nos había pasado. No sé si a mí tampoco. Un par de veces nos rozamos con la mano, y Shruti me cogió un momento los dedos y me los estrujó.

—Mira —dijo en voz baja. Y dirigí la vista hacia donde señalaba. Una lechuza pasó volando por encima del páramo, peinó la tierra y remontó el vuelo. Sostenía la cara con gracia en el aire, blanca como la esfera de un reloj, a la vez que batía las alas con fuerza y sigilo. Por un segundo vi un reflejo en sus ojos, un extraño destello entre amarillo y verde, como si una linterna se encendiera y se apagara.

Me sentía despejada y lúcida como nunca desde hacía meses. Veía los detalles del paisaje que estábamos recorriendo, el brezal y los bloques de caliza. No había vuelto a sentirme tan viva desde la mañana que salí de Rith. Era consciente de la presencia de otras fuerzas vivas en la montaña, cazando con visión nocturna y atentas a cualquier movimiento.

El risco nos separaba del puerto. Las demás habían apretado el paso para llegar a la granja antes de que nos sorprendiera la noche y terminara el último

turno de la cena, pero me quedé un rato parada y las dejé que se adelantaran. Esperé a que se alejaran, confiando en que no se volvieron para decirme que me diera prisa. Cuando calculé que no podían oírme, di media vuelta y retrocedí a paso ligero, observando el perfil de la cresta. Minutos más tarde me detuve, me arrodillé en la tierra tosca y me quedé muy quieta. Las voces de las chicas me llegaban cada vez más suaves, hasta que solo se oyó el silbido del viento entre la hierba y las rocas y el leve rumor de las montañas. Me tumbé en el suelo y esperé.

Hacía frío pero no quería incorporarme. Me puse la capucha de la sudadera y fijé la vista en la tierra. Pasaron diez minutos. Luego quince. Los últimos trazos de luz azul se borraron del cielo, y las lámparas de Carhullan se encendieron en la oscuridad, concentrando su fuerza poco a poco hasta formar una baliza a lo lejos. Notaba en las manos la dureza de la escarcha que empezaba a cubrir las briznas de hierba y los pinchos que se me clavaban en las manos. Me quedé muy quieta.

Por fin oí el crujido suave de unas pisadas en la tierra, los chasquidos que hacían al aplastar las raíces del brezo, y el roce de las telas de la patrulla furtiva. El murmullo de una orden se perdió en el viento antes de llegar a mis oídos. Esperé otro minuto antes de moverme. Luego seguí a la patrulla a través del páramo, agachada y echando el cuerpo a tierra de vez en cuando. Iba atenta al ruido más ligero y, cuando no oía nada, me paraba y me tumbaba entre las matas hasta asegurarme de que seguían adelante. La humedad me caló los pantalones y el peso me entorpecía los movimientos. Las escobas y los tojos me arañaban cuando tenía que avanzar arrastrándome, pero estaba llena de euforia y disfrutando de aquellas sensaciones tan nítidas.

La patrulla me sacaba solo seis metros de ventaja. Las espinas de un tojo se me clavaron en la cabeza y en las muñecas, porque se me habían subido las mangas, pero aguanté sin moverme. Ya estábamos cerca de Carhullan. Oí un leve chasquido, como si alguien girase despacio la rueda de una caja fuerte. Me cubrí los ojos. Cuando reanudaron la marcha vi las cuatro siluetas iluminadas por las luces de la granja. Salí de los matorrales rodando de costado. Se me había enganchado la ropa y tuve que desprenderla con cuidado, mordéndome el labio al manipular las espinas antes de reanudar la persecución.

Habían llegado al portón del patio. Oí voces fuertes que venían de la casa. La patrulla entró tranquilamente. Me sentía exultante, no de triunfo sino de satisfacción por lo que estaba haciendo: por el sigilo, por la paciencia y por ser la

última persona que quedaba en el páramo esa noche. Fui hasta la tapia del patio y avancé paso a paso.

Cuando estaba cerca del portón oí la voz de Shruti. Me pareció que hablaba con cierta preocupación.

—Ha venido con nosotras todo el camino. O eso creía. ¿No la habéis adelantado?

Y otra voz, la de Corky, respondió con claridad y desprecio:

—No. Estabais todas follando por ahí. Solo pensáis en vulvas babosas y no os habéis dado cuenta de que se ha ido.

Entonces oí que intervenía Chloe.

—Vete a la mierda, Cordelia —dijo—. ¿Por qué nos sigues a todas partes como si fueras la puta Inquisición? No es asunto tuyo.

—No, vete a la mierda tú, Chloe. Sí parece asunto mío, ya que no eres capaz de mantener al grupo unido. Ahora tendré que ir a buscarla con Lynn. Ya te puedes imaginar lo que me apetece. ¿Quieres decirle tú a Jackie que la novata se ha perdido por ahí, y probablemente se haya torcido un tobillo y esté muriéndose de frío, o se lo digo yo?

—Tú misma, gilipollas.

Antes de que la discusión siguiera subiendo de tono me deslicé entre los cobertizos y entré en el patio.

—No os preocupéis. Estoy aquí —dije—. Perdonad, me he desorientado un poco en la oscuridad. Nada más. No me ha pasado nada. —Me miraron, entre sorprendidas y enfadadas. Corky movió ligeramente la cabeza.

—¿Te has desorientado? ¡Qué raro! No te he oído llamar a las demás, Hermana —contestó. Y se quedó mirándome con los ojos entrecerrados. Me di cuenta de que no me creía. A su lado estaba Shruti, con cara de alivio. Le sonreí para que viera que estaba bien.

—¿Aún llegamos a tiempo de cenar o es demasiado tarde? —pregunté.

Puso los ojos en blanco y señaló la puerta con el pulgar.

—Sí, si nos damos prisa —dijo. Y me puso una mano en la espalda mientras entrábamos en la casa. Oí la voz de Corky detrás de mí, y por una vez parecía preocupada.

—Bonito parte vamos a dar. No sé quién tiene peor pinta: vosotras, nosotras o ella.

Ya estaban empezando a recoger la mesa, pero Ruthie nos había guardado la comida. Tenía cinco cuencos encima del fogón, tapados con un paño.

—Zanahorias con jengibre —dijo—. Y más os vale lavar los platos cuando terminéis. Yo esta noche no trabajo más.

Las chicas se acercaron a darle un beso y hacerle carantoñas, hasta que por fin la dejaron en paz y Ruthie salió de la cocina con fingida exasperación. Me senté con las demás a tomar la sopa y las sobras de un bizcocho de avena que estaba frío. Pese a que el buen humor se había esfumado después del altercado con la patrulla, yo seguía sintiéndome ligeramente eufórica. Volví a disculparme por haber desaparecido, pero Chloe negó con la cabeza y dijo que no era culpa mía. Lo que le pasaba era que estaba harta de que la maldita patrulla la espicara continuamente, como si fuera el enemigo en un juego de guerra.

Mientras hablaban de la salud de los niños de la aldea, desmenucé el bizcocho para mojarlo en los restos de sopa. Me pregunté si la unidad nos había estado vigilando cuando fuimos a la aldea y nos había visto a Shruti y a mí detrás de la casa. Sabía que daba igual. Era evidente que las chicas hacían excursiones para ver a los hombres cuando querían; era una costumbre regular. La mitad de las mujeres de la granja estaban emparejadas y allí todo se sabía: quiénes discutían, quiénes formaban uniones sólidas y quién había cambiado de pareja. Pero yo seguía siendo una cara nueva y no podía dejar de sentirme observada.

Cuando estábamos rebañando los cuencos, Jackie entró en la cocina y se sentó en el banco, algo apartada del grupo. Apoyó la cabeza en la mano y se puso a mirarnos, acariciándose el pliegue de la cicatriz por encima de la mandíbula. No pareció que su presencia afectara demasiado a nadie, pero yo me puse muy nerviosa, alterada, como siempre que Jackie estaba cerca. No sabía qué le habrían contado las chicas de la unidad sobre los incidentes de la tarde. No me había ordenado expresamente que guardara celibato durante el período de iniciación, pero sí me advirtió que no causara problemas entre las demás. No estaba segura de cómo reaccionaría si se enteraba de que había estado en la aldea y había vuelto tarde, o de que había dado esquinazo a su patrulla.

Se frotó la nariz con la mano y sorbió con fuerza antes de hablar. Siempre me desconcertaba la meticulosidad con que elegía los momentos.

—¿Está bien Martyn? —preguntó.

Chloe levantó la mirada.

—Está bien. Ha mejorado.

Jackie asintió.

—Y habéis terminado de almacenar la turba, ¿no?

Detecté un leve reproche en su pregunta, como si no estuviera del todo conforme con las visitas que Chloe hacía a su marido. Fue Lillian quien respondió.

—Sí, más o menos. Gracias a Hermana. Hemos abierto otra zanja por si acaso la necesitamos. Sería mejor secarla dentro pero ya no queda sitio. Nos ha venido muy bien contar con otro par de manos este año.

Jackie atravesó al grupo con sus ojos claros. Su mirada se detuvo al llegar a mí. Se levantó sin quitarme la vista de encima.

—Bien hecho —dijo. El comentario no iba dirigido a las demás, y supe que no estaba hablando de la turba.

Archivo cinco  
Parcialmente deformado

## [Datos perdidos]

Shruti acababa de salir de mi litera, y yo estaba entrando en la primera fase del sueño cuando la unidad decidió hacer un simulacro de ataque. Tuve que tranquilizarla después de la pelea, apoyando su cabeza en mi pecho, y acariciarle el pelo para borrarle las imágenes del cerebro. Se alteró mucho al ver a Chloe con la cara hinchada y cubierta de sangre. Había muy pocos altercados en la granja, y si Jackie no hubiera intervenido, podría haber sido mucho peor. Casi no me di cuenta de que Shruti se levantaba. Se inclinó para rozarme la mejilla con los labios.

—Hasta mañana —conseguí murmurar.

Las puertas se abrieron de golpe, de una patada, y antes de darme cuenta de lo que estaba pasando el dormitorio se llenó de alboroto y de ruidos, de órdenes lanzadas a gritos, y vi a las mujeres tiradas en el suelo, boca abajo y encañonadas en la cabeza. Aturdida y torpe, pensé que quizá había llegado la Autoridad.

Seguí notando el sabor de Shruti en la boca cuando me tumbaron con la mejilla aplastada contra los tablones. Tenía el corazón desbocado. Oí que algunas gemían. Una vara de metal fría, puede que el cañón de una escopeta, se apoyó suavemente en mi nuca. Poco después se retiró. Stella estaba llorando en el granero, en la puerta de al lado, y a los niños que dormían con sus madres les ordenaron que se callaran.

Realizaron la maniobra con mucha pericia, casi en la oscuridad; el inquietante resplandor de una mano que sostenía una cerilla era la única iluminación mientras arrancaban las sábanas de todas las camas. Luego encendieron las luces y Jackie entró en el dormitorio. Levanté la mirada. Llevaba puesto el uniforme de faena, un chaleco antibalas atado con lazos y el pelo recogido. Parecía completamente erguida y tenía una expresión indiferente y severa, como si las



que estaban inmovilizadas en el suelo fueran completamente extrañas para ella. Se detuvo en el centro del dormitorio, con una pose altiva y espléndida, mirando a las cautivas arrodilladas a sus pies.

Las otras mujeres de la unidad llevaban la cara cubierta con pasamontañas y vestían de negro. Eran ocho, y ocuparon distintas posiciones en la habitación, armadas con rifles cortos que yo nunca había visto en Carhullan. No lograba distinguir las con aquellas capuchas de lana. Sabía que Megan y Corky estarían con ellas, en nuestro dormitorio o en otro. Llevaron a cabo la operación como una emboscada bien planificada.

—Dadme el recuento —dijo Jackie.

—Están todas —contestó otra.

Jackie asintió mientras las demás apartaban las armas y salían. Entonces levantó las manos.

—Muy bien, señoras. Gracias por vuestra colaboración. Habéis sido muy útiles. Disculpad las molestias. Ahora procurad descansar y mañana os lo explicaré todo. —Dicho esto, dio media vuelta, salió y cerró la puerta.

Por un momento se hizo un silencio absoluto. Luego se oyeron murmullos y protestas mientras las mujeres volvían a la cama.

—¿De qué coño va esto? —le pregunté a Nnenna. Parecía desquiciada. Negó con la cabeza, se dio la vuelta y se cubrió la cara con la almohada. Fui hasta la puerta y la abrí unos centímetros. Las losas húmedas del patio brillaban en la oscuridad. No había nadie fuera y las luces de la casa principal estaban apagadas. Como si no hubiera pasado nada.

Las mujeres estuvieron quejándose hasta la madrugada del trato recibido, y a la mañana siguiente quitaron el estandarte amarillo de la cómoda y lo colgaron encima de la chimenea, para convocar asamblea esa noche. Yo me había quedado un buen rato despierta, repasando los detalles del incidente. Era la segunda vez que una de las Hermanas me apuntaba con un rifle. La primera vez fue una amenaza hueca, aunque entonces no lo supiera. Esta vez las armas eran de otro calibre, parecía armamento de asalto y no sabía de dónde las habían sacado, si estarían cargadas y por qué había elegido Jackie esa noche en concreto para ponernos a prueba. Sabía que pocas veces actuaba sin motivo. Era la primera vez que las chicas que formaban parte de su unidad se ausentaban del dormitorio, pero a la hora de la cena no ocurrió nada que indicara que estuvieran tramando algo. Supuse que salieron de la cama sin despertar a nadie, después de que Shruti se marchara. O tal vez lo organizaron todo desde dentro. No me sentía

tan impresionada o insultada como las demás. Estaba acostumbrada a los controles y los registros de la Autoridad. Más bien me intrigaba la finalidad del asalto.

A la hora el desayuno todo el mundo estaba de mal humor. Como para compensarnos, Ruthie sacó unas lonchas de jamón y queso. Nadie le dijo nada a Jackie cuando entró en la cocina y ella no dio muestras de estar preparada para recibir ninguna crítica. Parecía satisfecha de sí misma. Se tomó un trozo de codillo y un poco de pan de pie, al lado de la tela amarilla colgada en la repisa de la chimenea. Chloe, que estaba sentada a mi lado en el banco, resopló:

—¡Hay que ver!

El día transcurrió con las rutinas de costumbre. Mi cuadrilla había pasado del barranco al bosquecillo de sauces. Mientras estaba con Shruti serrando los troncos, le pregunté qué opinaba del simulacro.

—Algo pasa, seguro. Antes de que tú llegaras las cosas ya estaban así, aunque creo que no tan mal como ahora. Nunca habían echado la puerta abajo a medianoche. Y no creo que se trate de un juego, como dicen algunas. Jackie nunca se anda con juegos.

—Entonces, ¿qué es?

Shruti parpadeó y se quitó los guantes para frotarse con cuidado una ampolla que tenía en la mano. Saqué un rollo de esparadrapo del bolsillo y se lo di. Me quedé mirando cómo tiraba de la punta, sujetándola por el borde para poder enrollarlo después.

—Bueno, esta noche nos enteraremos.

Viéndola al lado de la corteza astillada y pálida, a la luz del sol bajo, me pareció curtida y pulida por el aire libre. Me inspiraba sentimientos muy profundos. No era el encaprichamiento o la pasión que había sentido por Andrew o por otros hombres con los que me había acostado. Me sentía muy cerca de ella, me despertaba una atracción que me parecía complicada cuando estaba sola, aunque más sencilla cuando estábamos juntas, tocándonos.

A veces Shruti me gastaba bromas, me decía que estaba intrigada por la novedad que suponía para mí, y notaba en su tono cierta preocupación. Yo sabía que lo que sentía por ella no era muy distinto de lo que siempre había asociado con el amor.

Desde aquella tarde en la aldea volvimos a estar juntas varias veces: en los almacenes oscuros, contra la pared de la cueva que estaba cerca de Carhullan, donde cultivaban los champiñones en bandejas de musgo y olía a esporas y a

moho. Íbamos a cualquier sitio donde tuviéramos un poco de intimidad, donde pudiéramos desnudarnos lo suficiente y nadie nos oyera. Un par de veces nos atrevimos a meternos la una en la litera de la otra, con la cortina cerrada, y en la ducha del patio, sin pensar en el frío mientras yo le metía los dedos. Y también en el secadero de la granja, escondidas entre la ropa de las mujeres, colgada de las vigas de madera, que goteaba rítmicamente sobre las baldosas. Shruti se arrodillaba encima de mí y movía la lengua primero muy despacio y luego frenéticamente, mientras yo levantaba las caderas para acercarme a su boca.

Ya conocía su cuerpo. Sabía que las quemaduras tenían el tacto de la tiza. Shruti era cariñosa y se había enamorado de mí. Me cuidó cuando tuve un ataque de giardiasis violento y doloroso, y estuvo diez días llevándome infusión de ortigas y trozos de pan duro; no paraba de pedirme perdón por haberme dejado beber agua del barril de la granja de la aldea, y cuando Lorry se acercaba a mi cama le decía que se fuera.

Había aprendido a dominar su temperamento con mano firme, aunque cuando se corría me tiraba del pelo y pronunciaba mi nombre con un bufido. Me daba cuenta de que sentía por mí algo más que cariño, y eso me gustaba. Había escuchado mis confesiones, mi descripción de la vida en la ciudad con Andrew. Yo no le había preguntado nada: si se había acostado con los hombres de la aldea o con alguna de las Hermanas. No me interesaba con quién hubiera estado por última vez o qué delitos había cometido en su vida anterior. Había matado, pero era evidente que ya no le quedaba ni una gota de esa furia.

A pesar de que las demás estaban en otro lado de la arboleda, cargando los troncos en la carretilla con mucho jaleo, Shruti bajó la voz para decirme:

—Sinceramente, creo que Jackie está inquieta. A ella le conviene tener algo que hacer, estar ocupada. Cuando llegué aquí no era tan terca. Vee le hacía compañía. Se la veía más relajada. Casi tengo la sensación de que quiere empezar de nuevo, hacer algo distinto, ¿sabes?

Me senté en el tocón de un árbol. Olía a savia fresca.

—A mí me insinuó, cuando llegué, que las mujeres quizá tuvieran que cambiar, que quizá fuera necesario.

Shruti se echó a reír.

—Sí. Eso se lo insinúa a todo el mundo. Puede que tenga razón. Pero de momento seguimos aquí, ¿no?

Asentí con la cabeza y me mordí la piel seca del labio.

—¿Tú qué piensas de ella?

—¿De Jackie? Bueno, no está loca. Eso lo sé. Aunque algunas lo dicen cuando no las oye. No está loca. Aunque no le faltan motivos para estarlo. Te interesas mucho por ella, Hermana. Ten cuidado si no quieres que me ponga celosa. —El esparadrapo se desenrolló con un chasquido. Sonreí. Sabía que aquella era mi oportunidad de averiguar más detalles de Carhullan y decidí sacar el tema que hasta entonces no me había atrevido a hablar con nadie.

—Nadie me ha contado cómo murió Veronique. En realidad no lo he preguntado. Pero parece un asunto prohibido.

Shruti cortó una tira de esparadrapo, se lo envolvió en el dedo y me devolvió el rollo. Se agachó en el suelo, delante de mí, y se metió las manos por detrás de las rodillas.

—Sí, ya lo sé. Nadie habla de eso. Sabía que me lo preguntarías. Eso me pasa por ser buena contigo, ¿eh? —Sonrió con tristeza—. Vee tenía cáncer. Se encontró un bulto. Supieron lo que era desde el primer momento. Pero eso fue después de la Reorganización, y no quiso ir a la ciudad a pedir tratamiento. Jackie quería que fuese, y Lorry también, pero Vee dijo que no tenía sentido: no las atenderían, y de paso podían estropearlo todo. Ninguna de nosotras estamos registradas en el censo, porque así lo decidimos. Bueno, eso ya lo sabes.

Se quedó callada y sacó las manos de debajo de las rodillas para partir una ramita por la mitad.

—Discutieron como locas, y las dos eran igual de tercas. Casi tiran la casa abajo con los gritos que daban. Un día oí a Jackie vociferando en el piso de arriba. Estaba diciendo que había servido a su puto país, que había matado a todos los negros del desierto que le había ordenado la coalición y que ahora su país tenía que servirle a ella salvándole la vida a su negra. Mierda. Ya sabes cómo habla. Bueno. Esta discusión la ganó Vee. No fueron a la ciudad. —Suspiró y dijo—: Tardó unos ocho meses en morir. Sufrió mucho. Lorry hizo todo lo que pudo. Incluso la abrió para intentar sacarle el bulto, pero aquí es imposible tratar una cosa así.

Volvió a suspirar y parpadeó. Le brillaban los ojos de emoción. Tragó saliva, con aire incómodo, y se quedó mirando el suelo.

—Al final Vee empezó a suplicar. Para que la ayudasen a terminar cuanto antes. No paraba de decir que si la querían tenían que ayudarla. Y eso hicieron. Se la llevaron a las Agujas, porque le encantaba ese sitio, y le pegaron un tiro. Fue Jackie. Todo el mundo estaba presente. Todas la querían. Era una mujer increíble. ¡Estaba llena de optimismo! No se alteraba por nada. Ni siquiera por

Jackie. ¡Ojalá la hubieras conocido! De verdad.

Metió la mano entre los residuos del suelo del bosque, como si buscara algo debajo de las hojas y las ramas quebradizas. Cuando la sacó tenía en la palma un hueso marrón. Lo tiró. Vi que le costaba mucho guardar la compostura. Respiró hondo y siguió diciendo:

—Y Jackie... Desde ese día no soltó el rifle. No podía separarse de él. Creíamos que quería matarse. Estaba desquiciada. Parecía un peligro, para los demás y para sí misma. Apuntaba a cualquiera que intentara quitárselo. Incluso a Lorry. Hicieron falta doce personas para desarmarla. La molieron a palos. —Se detuvo y volvió a tragar saliva—. Nunca había visto un amor como el suyo. Nunca en la vida. Sé que no habría sido capaz de hacer lo que ella hizo. Ahora ya sabes por qué nadie habla de eso.

Se levantó bruscamente y movió la cabeza con pesar. Se le saltaron las lágrimas. Me levanté y me acerqué a consolarla, pero me apartó con la mano y puso una sonrisa forzada.

—Sabía que me lo preguntarías —repitió. Se secó las lágrimas con los guantes, cogió la sierra y la encajó en el pálido corte del tronco. Sujeté la sierra por el otro extremo y empezamos a moverla adelante y atrás. Trabajamos en silencio. Intenté concentrarme en la tarea pero mi cerebro no colaboraba. Me veía apuntando con un arma a la cabeza de Shruti, y a ella con el pelo empapado de sangre. Solté la sierra y me incorporé.

—¿Por eso han puesto esos ídolos al lado del círculo de piedra? —pregunté—. ¿Es por Veronique?

Shruti dijo que sí con la cabeza.

—Sí, algo así.

Esa noche la reunión no discurrió con el civismo y la facilidad de costumbre. Las mujeres llevaban todo el día cavilando sobre los incidentes de la noche anterior y estaban cada vez más alteradas. Se las veía afectadas y cansadas. Las que hablaron lo hicieron con rabia, interrumpiendo y haciendo callar a las demás, rompiendo las normas del debate.

Jackie estaba al lado de la chimenea, escuchando los comentarios de las que iban tomando la palabra, sin protestar por el desorden o porque levantarán la voz. Asintió con la cabeza un par de veces, cuando lanzaron alguna protesta nueva. Había mucho ruido y mucha tensión en la cocina, y me pareció que Jackie acercaba la oreja izquierda cada vez que alguien hablaba, como si estuviera sorda e intentase oír lo que decía con el lado bueno. Se me ocurrió que

la herida que tenía en la cara quizá le hubiera causado daños internos. Había perdido la arrogancia de la noche anterior, aunque seguía llevando el uniforme de faena y estaba erguida, con la barbilla alta. Tenía el aspecto de una mediadora que recogía la lista de quejas para trasladarlas a una comisión de arbitraje. Pero vi que estaba interpretando un papel, que era otro de sus cambios de personalidad. No miraba directamente nada ni a nadie.

Me asombraba que pudiera plantarse delante de tantas mujeres furiosas sin dejarse intimidar. En ese momento me pareció formidable, incluso más impresionante que la mujer con la mandíbula de hierro con la que soñaba cuando me encerraron en la caseta del perro. Pero su misterio ya no era tan profundo para mí. Antes no sabía cómo había llegado a ser quien era. Conocía sus orígenes y su herencia familiar. Era del antiguo norte, de los territorios en disputa, y esos genes antagonistas producían la fricción que encendía su orgullo. Es posible que los años que pasó en el ejército agravaran esa tendencia natural, que contribuyeran a reforzarla y organizarla hasta hacerla indestructible.

Pero Jackie tenía algo aparte del espíritu de la región y esa fuerza vocacional. En un libro que me prestó había escrito una cita de su puño y letra al principio de cada capítulo. *No son quienes más daño pueden hacerme sino quienes más sufren los que vencerán.* Y entonces me di cuenta de qué quería decir: se refería a esa parte de ella que se inmoló el día que apretó el gatillo para quitarle la vida a Veronique. A pesar de que seguía con vida, llevaba consigo a todas partes un trozo de su ser muerto, y era ese tumor, esa masa, lo que daba a su organismo una inmunidad absoluta. Le ofrecía un escudo con el que doblar mejor la espada de su enemigo y clavar la suya con más fuerza. Había matado el amor al matar a su amada, y estaba curada de debilidad humana.

Cuando las mujeres terminaron de hablar y los murmullos de protesta se apagaron, Jackie echó unos leños al fuego y cerró el tiro de la chimenea. Se aclaró la garganta y dijo:

—¿Cuánto tiempo? —Y aunque habló como siempre, en voz baja y moderada, todo el mundo oyó perfectamente la pregunta. La cocina estaba en silencio; solo se oía el chasquido y el chisporroteo del fuego—. ¿Cuánto tiempo nos queda?

Al ver que nadie respondía, examinó a las mujeres que tenía delante. Parecían envueltas en una quietud resinosa. Todas esperaban sus explicaciones, y, si entendieron la pregunta, no quisieron responder. Jackie fue la única que se movió. Se sacó las manos de los bolsillos de los pantalones y se las puso en las

caderas. Sus brazos parecían unas alas sin piel.

—Esta semana he interceptado una transmisión por radio —anunció—. No habrá sucesión al trono. La Autoridad está redactando una constitución para el país. Han creado una comisión para evaluar la jurisdicción actual. En los próximos dieciocho meses barrerán las zonas no oficiales y pasarán a administrar las que no están bajo su control. Vendrán aquí y nos dividirán. Por tanto, queda un año y medio para que este lugar desaparezca.

Solamente los niños de Carhullan se acostaron esa noche. Las Hermanas se quedaron en vela, cuidando del fuego y tratando de asimilar la noticia, y cuando el amanecer empezó a diluir la oscuridad del cielo a levante, Ruthie se puso a preparar un desayuno para dar de comer a todo el mundo en un solo turno. Al principio no supieron cómo reaccionar. Hubo incredulidad y enfado. Era raro ver lágrimas en la granja —las mujeres eran en general muy fuertes—, pero algunas se vinieron abajo y se apoyaron en el hombro de sus amigas o su pareja. Otras se encerraron en sí mismas, mirando ciegamente el suelo de piedra. Y otras no parecían dispuestas a aceptar la idea.

Se reanudó el debate. Jackie respondió a todas las preguntas que le hicieron y negó las acusaciones de que estaba mintiendo, retorciendo los hechos y dramatizando la situación. Dijo que no era un engaño bien urdido y cruel. Era verdad. Pidió a las mujeres de su unidad que estaban con ella el día en que interceptaron la transmisión que se pusieran en pie. Las aludidas obedecieron y juraron que era cierto, repitieron el mismo mensaje casi palabra por palabra.

Yo estaba observando a Megan. No sabía cómo reaccionaría, cómo se sentiría ante la posibilidad de perder el único hogar que había conocido en la vida. Estaba a la izquierda de Jackie y parecía serena. Si algo vi en ella fue predisposición, determinación y lealtad a la madre del clan. Si era hija de alguien, lo era de Jackie. Comprendí que la seguiría hasta el fin del mundo; se había forjado en el crisol de aquel lugar salvaje, era hija de su brutalidad, y la mujer que ostentaba el mando había sido la influencia fundamental en su educación. Una vez confirmada la noticia, Jackie le dijo algo al oído. Megan y Corky salieron de la cocina. Por la ventana, las vi cruzar el patio con los rifles a la espalda. Estaba nevando ligeramente. Era el primer día de febrero.

Chloe se levantó y pronunció un discurso. Tenía la cara hinchada y los ojos morados de los puñetazos que le había dado Corky. Nadie sabía por qué se

pelearon, cuál había sido el detonante. Chloe fue la que salió peor parada. Sin embargo, no había perdido la fortaleza de ánimo y habló sin miedo, incluso en un tono algo amenazante, como si no tuviera nada que perder.

—Entonces, ¿qué propones, Jackie? Es evidente que te guardas alguna carta en la manga. Que tienes un plan. —Jackie la miró comedidamente.

—Así es —contestó—. Pero ¿por qué no me dices antes lo que estás pensando, Hermana?

Chloeladeó la cabeza y cruzó los brazos.

—Aquí hay armas. Eso lo sabe todo el mundo. Y esta es nuestra casa. Supongo que tenemos derecho a quedarnos aquí y discrepar de las políticas del gobierno. Me parece que estamos en condiciones de defendernos en caso necesario. Por lo tanto, ¿por qué no nos sentamos y discutimos si tu pronóstico es acertado?

Helen, que estaba acunando a Stella en los brazos, asintió.

—Sí —dijo—. Podríamos negarnos a irnos de aquí. Resistir lo que haga falta, hasta que pierdan el interés por nosotras. No somos una amenaza para nadie.

Jackie estaba callada y, aunque pareció que calculaba la respuesta, seguramente ya la tenía preparada.

—Nos daría un mes de plazo. Todo depende de cuándo nos encuentren los satélites estadounidenses, si es que no nos han encontrado ya. No tardarán demasiado. Y, en cuanto sepan a quién se enfrentan... —Guardó silencio, movió la cabeza afirmativamente y siguió diciendo—: Aquí estamos en buena posición, no es fácil llegar. Llevamos ventaja en un ataque terrestre. Pero hay que contar con el factor sorpresa. Pueden borraros del mapa cuando quieran con un solo ataque aéreo.

—¿Lo dices en serio? —gritó Chloe. Y soltó una carcajada de incredulidad, pero se le ahogó la risa al ver la cara de su oponente. La situación no era para tomársela a broma.

—¿Crees que somos un objetivo menor, Hermana? —preguntó Jackie sin alterarse—. ¿Crees que no tenemos la importancia suficiente para que los que mandan se preocupen, aunque estemos aquí aisladas? ¿Sabes cómo nos han clasificado? Somos insurgentes de primera categoría. Dedos de la misma mano. De la primera a la última. —Levantó el brazo, separó los dedos y dejó las palabras en suspenso—. No, Chloe, no estoy dispuesta a desperdiciar munición en un refugio. La única oportunidad real que tenemos es salir de aquí y desmantelar el mecanismo de la Autoridad en Rith, unirnos con la gente de allí.



Y eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Hubo otro revuelo. Alguien maldijo a voces desde el fondo de la cocina y acusó a Jackie de buscar la gloria, de querer que su nombre pasara a los libros de historia.

—¡No eres el puto Mao, Jackie!

En lugar de responder a la provocación, Jackie miró a quien la acusaba con una paciencia asombrosa.

—¡Venga ya! ¿Con quién vamos a unirnos? —insistió Chloe, pasándose las manos por el pelo—. ¿Con esos imbéciles que llevan diez años dejándose pisotear? ¿Crees que van a hacer caso a un puñado de mujeres que vienen de las montañas? Yo no.

Lillian se puso de su parte.

—Chloe tiene razón. La gente está demasiado asustada. No querrá correr riesgos. ¿Por qué van a destruir el sistema que les mantiene con vida? Si empezamos a atacar la ciudad nos tomarán por bandoleras. Es demasiado tarde, Jackie, ¡demasiado tarde! ¡Por eso estamos aquí! Porque todo lo demás es una mierda. Y no queremos formar parte de eso.

Hubo murmullos de asentimiento. Algunas señalaron con amargura que la idea era imposible, que la vida en las ciudades no era problema de Carhullan ni responsabilidad de Carhullan. Jackie recorrió la habitación con la mirada leyendo todas las caras. Me miró fijamente unos segundos, se agachó, me cogió del brazo y me levantó del asiento.

—¡Arriba, Hermana! ¡Arriba! Cuéntaselo. Cuéntales por qué viniste. Diles lo que sientes, diles que no eres tan distinta de las mujeres que viven allí. Diles que estás dispuesta a luchar.

Todos los ojos se volvieron hacia mí. Me había pillado desprevenida, con la guardia baja. Me puse roja y me quedé muda, avergonzada de que me hubiera señalado en ese preciso momento. Sentí un escalofrío de horror en las tripas al comprender lo que se proponía, lo que me estaba pidiendo, la decisión que tenía que tomar. De todas las que estábamos allí, yo sería la primera en tomarla, públicamente y bajo coacción. Jackie no me permitía el lujo de elegir. Sabía perfectamente lo que se traía entre manos. Por eso me rechazó cuando quise entrar en su unidad, por eso me había dejado al margen los últimos meses. Era su espía en la reserva.

Casi la odié por lo que me estaba haciendo, la odié por escogerme y utilizarme como un peón en su partida. Pero yo no podía odiarla, y aquello no

era un juego. Jackie me había tocado en una parte muy profunda y había previsto alguna misión para mí. Sus palabras siempre me aclaraban las ideas. Y era su voz la que escuchaba siempre en mi cabeza. Al margen de sus métodos, de su estrategia, supe que estaba de su parte.

—Cuéntaselo, Hermana —me ordenó.

Miré a Shruti de reojo. Estaba sentada con las piernas cruzadas, tranquila, como aquel día en la pared del caserío, como siempre. Vi que esperaba a oírme hablar, que me concedía el beneficio de la duda. Yo quería que la cocina se quedara desierta, o decirle al oído lo importante que era para mí y cuánto lo sentía. Quería decirle que me encantaba su bondad, la suave pimienta de su piel en mi boca, su manera de perdonar a todos los que le habían hecho daño, ella incluida. Y comprendí que tenía que renunciar a Shruti.

No recuerdo lo que dije. Ni siquiera mientras hablaba era consciente de lo que estaba diciendo. Sentía el brazo de Jackie posado en mi hombro, en reconocimiento de mi lealtad, atándome a ella. Notaba una corriente de energía que pasaba de su cuerpo al mío y circulaba por mis venas mezclada con mi sangre. Había visto desde el principio mi potencial, el mecanismo del que podía servirse. Lo supo desde el primer momento, cuando encontraron esa foto que yo llevaba en la lata, la de ella y Veronique delante del portón de Carhullan. Me dio las gracias cuando terminé de hablar. Esa fue la primera y la última vez que lo hizo.

Las mujeres se tranquilizaron, y vi que su rabia se había diluido. Al ponerme delante de ellas me había convertido en su conciencia, en su empatía, en la persona que había llegado cuando ya no esperaban a nadie, mucho tiempo después de que Carhullan estuviera encerrado en sí mismo y desconectado del mundo que se caía en pedazos. No podían echarme de allí sin echar también a las personas que habían sido. No estaban tan lejos de quienes habían dejado atrás, y lo sabían. Era el mejor argumento que Jackie Nixon podía esgrimir para apelar a la solidaridad y a la intervención, y para despertar la esperanza. Me había convertido en un soldado sin devolverme el arma de mi padre.

Me cogió la cara entre las manos y me dio un beso, como hicieron las mujeres la primera vez que bajé a la cocina, y volví a mi asiento. Estaba al rojo vivo, irradiando calor por los cuatro costados. Me sentía como si tuviera unos fuelles entre los barrotes de la caja torácica que me hacían arder en llamas. Nadie me tocó ni me dijo nada. Ni siquiera Shruti.

Ruthie se puso a preparar la comida. Un grupo fue a la lechería y volvió al

cabo de media hora con la leche recién ordeñada. Me pareció que el nivel de tensión se relajaba después de servir el sagú, cuando terminamos de comer. Jackie pasó a exponer su plan y todas la escucharon en silencio. Quizá empezaran a darse cuenta de que era la mejor oportunidad para su supervivencia, aunque en algún momento la consideraran grandilocuente y excéntrica, demasiado pesimista, aunque hubieran pensado que Jackie no estaba haciendo las cosas bien. En los dormitorios, y cuando estaba con mi cuadrilla, había oído hablar de sus paranoias y sus agresiones, de sus obsesiones y sus síntomas de trastornos crónicos desde que estuvo en el ejército. Y había visto por mí misma ese brillo en sus ojos azul sílex cuando hablaba del combate.

Pero en ese momento no parecía trastornada. Vi que la escuchaban sin oponerse a sus planteamientos tanto como en otras ocasiones. Había demostrado que era realista y que las escépticas no tenían razón. Mientras que las demás estábamos cansadas, por no decir agotadas, los acontecimientos de la noche a ella la llenaron de fuerza y valentía. No parecía pasada de vueltas por la falta de sueño, por aquel debate tan exhaustivo y por la adrenalina de la emergencia. Simplemente tenía confianza. La situación era proporcional a sus capacidades; estaba perfectamente cualificada para afrontarla.

Nunca olvidaré aquella mañana. Fue la mañana de su anunciación, de su llegada. Los misioneros pasaban a menudo por las miserables viviendas de Rith, predicando de puerta en puerta, y hubo gente que volvió a refugiarse en la religión. Si los gobernantes no eran capaces de salvarlos de las ruinas, Dios los rescataría y los llenaría de éxtasis. Había tarjetas religiosas pegadas en todas las farolas y dentro de todos los buzones; en la fábrica y en el hospital se distribuían folletos de los aliados estadounidenses, y en todos los envíos de alimentos se incluían oraciones. Otros acudían a los traficantes para meterse a Dios en vena, o tomaban una dosis de felicidad envasada en viales para olvidarse un rato del mundo. La gente necesitaba creer. La gente necesitaba exaltación.

Y es posible que yo también buscara un mensajero, que buscara un camino. No lo sé. Pero Jackie Nixon tenía el semblante de un profeta aquella mañana. Su presencia alteraba la luz, la atraía, y sus ojos la acaparaban. Sabía que tenía razón en lo que estaba diciendo, que nos estaba señalando el camino, y por segunda vez en la vida puse toda mi fe en ella.

—Veo que miráis alrededor y contáis cuántas somos —dijo—, que no estáis seguras de que seamos suficientes, de que sea posible y de hasta dónde somos capaces de llegar. No puedo daros esperanzas. No puedo hacer promesas. Y

tampoco puedo decir que lo conseguiremos. Lo único que puedo decir es esto: la historia siempre ha dependido de los actos de un puñado de individuos. La historia está de nuestro lado. Sois capaces de lograrlo.

Estaba armada de ejemplos para animarnos. No podíamos decir que una campaña militar era imposible sin reflexionar primero. La guerrilla afgana no solo había derrotado al ejército más poderoso del planeta, también había contribuido a la desintegración de la Unión Soviética. Los británicos perdieron más gente en la lucha contra el IRA que en las campañas de Suez, el conflicto de las Malvinas y la Primera Guerra del Golfo. Las fuerzas de la Coalición seguían sufriendo graves pérdidas en Sudamérica y en China. No podían aplastar a los rebeldes; sus tropas eran demasiado torpes, demasiado convencionales. Y, en la segunda oleada de ataques extremistas, diez hombres armados con detonadores y unos kilos de explosivos habían paralizado las infraestructuras de Londres durante un mes. Volaron dos diques en el sur, y dos estadios. Nunca los detuvieron.

Jackie tenía conocimientos. Las demás se daban cuenta, igual que yo. Con el tiempo, todas las historias personales acababan por desvelarse en Carhullan, también la suya. Sabíamos que había estado en los Cuerpos de Élite. Había recibido entrenamiento y contraentrenamiento. Si de algo entendía, era de estrategia operativa y de la lógica de la guerra sobre el terreno. Conocía la capacidad de los ejércitos irregulares y de los grupos guerrilleros, porque se había encargado de eliminarlos. Había pasado la primera parte de su vida adulta combatiendo. Tenía cicatrices. Se retiró al cabo de diez años pero, como otros de su misma clase, simplemente pasó a la reserva, nunca se apagó. Entre los montones de libros de Lawrence, Osgood, Fuller y Douhet que había en su biblioteca, todas habíamos visto un volumen grueso que llevaba su nombre, escrito en sus años de Cambridge. Era su especialidad, su expediente.

—No puedo obligaros a que vengáis conmigo, y no voy a intentarlo —siguió diciendo—. Respetaré vuestra decisión si decís que no. Me encargaré de alojaros en las ciudades. No os preocupéis; estaréis seguras. Sois libres, Hermanas. Habéis sido libres desde hace mucho tiempo. Habéis triunfado donde otros fracasaron. Aquí hemos triunfado. Hemos creado una libertad auténtica. Puede que esta granja sea el último reducto de libertad. Y siempre hemos defendido nuestro territorio cuando nos han amenazado. Pero quiero que tengáis en cuenta a qué nos enfrentamos ahora. —Se detuvo y se humedeció los labios con la lengua—. La libertad lleva aparejada una responsabilidad; lleva aparejados un

privilegio y una conciencia. Exige decisiones difíciles. No podemos quedarnos de brazos cruzados y permitir que la Autoridad siga haciendo lo que está haciendo. No podemos esperar a que vengan a destruir lo que hemos construido. No lo consentiré. Ya me conocéis. No lo consentiré.

Varias cabezas asintieron. El ambiente empezaba a cambiar. Jackie era consciente del dominio que ejercía sobre todas. Siempre las había tenido bien sujetas. La habían seguido hasta allí y la seguirían aún más lejos. Podía utilizar la retórica hasta conseguir sus objetivos, pero no lo hizo. Su ira se había esfumado. Sonrió con afecto a aquellas mujeres, con sus trenzas, su pelo rapado y su ropa vieja.

—Hemos vivido bien aquí —dijo—. Me encanta este sitio. Todas sabéis el cariño que le tengo. Siempre fue el hogar de mi familia. Mi madre decía una frase que me habéis oído decir en primavera, cuando hace demasiado calor: «Estos días prestados son. Y tendremos que pagarlos en otra época del año». Creo que el tiempo que hemos pasado aquí ha sido eso.

Su voz se volvió áspera y ronca cuando se refirió al fin de Carhullan, no porque llevase toda la noche hablando sino porque le dolía. Tenía los ojos tan azules que yo no soportaba mirarlos. La granja continuaría funcionando como siempre a lo largo del próximo año. Después se cerraría. Habría que sacrificar a los animales y soltar a los caballos. Veronique y ella querían que sirviera como ejemplo de recuperación medioambiental, de auténtica transformación del modo de vida, pero el mundo había cambiado demasiado y con él la función de Carhullan. Algún día, en el futuro, la tierra volvería a trabajarse; de eso estaba segura. Algún día se sembrarían los campos y se recogería la cosecha. La gente aprendería a tratar bien la tierra. Pero de momento, había que renunciar a eso y poner los esfuerzos en otra causa.

Dirigió otra mirada alrededor de la cocina y luego se volvió hacia el fuego, para dejar que las mujeres respiraran y darles una única oportunidad de acercarse y clavarle un cuchillo por la espalda.

Archivo seis  
Íntegramente recuperado

Los hombres llegaron ese mismo día con Megan y Corky. Entretanto habían caído cinco centímetros de nieve. Parecían indecisos al llegar al patio, como si no estuvieran seguros de que tenían permiso para cruzar ese umbral. Ningún hombre había entrado en la granja desde que estaba en manos de Jackie Nixon. Seguramente adivinaron que aquello era una infracción de las normas, que pasaba algo raro.

Traían mochilas a la espalda y todos los enseres que pudieron cargar. Era evidente que la patrulla encargada de avisarlos les había dicho que tenían que desalojar la aldea. No parecían contentos. Las Hermanas tampoco lo estaban. Su llegada era la segunda sorpresa que tenían que soportar en un plazo de cuarenta y ocho horas. Las que aún no se habían marchado a hacer sus tareas se agolparon en las ventanas, indignadas por esta violación de la regla principal de Carhullan. Después se reunieron alrededor del fuego y descolgaron el estandarte amarillo.

Chloe vio a su marido desde la cocina y fue corriendo a recibirlo a la puerta de la granja. Vi como se agarraba a Martyn. Se abrazaron con fuerza y torpeza, como si llevaran años separados. Luego, él le levantó la barbilla y le examinó las heridas de la cara. Las madres de los niños también salieron a abrazar a sus hijos. Por fin veían cumplido su deseo. Pero las circunstancias eran sombrías.

Jackie las siguió al patio y dio la mano a todos los hombres. Hablaba en voz demasiado baja para que las que estábamos dentro pudiéramos oírla, pero debió de ofrecerles un breve resumen de lo que nos había contado, porque al cabo de un rato los hombres se enardecieron y levantaron la voz. Martyn seguía sin soltar a Chloe. Vi que gesticulaba mucho al hablar. Me acerqué a la puerta y desde allí le oí decir con indignación:

—No vamos a ser tus rehenes, Jackie. Eso está fuera de lugar. ¿Quién coño te has creído que eres para hacer esto?

Chloe no quitaba los ojos del suelo. Los demás, un poco apartados y con aire incómodo, esperaban las consecuencias que podía tener el desafío de Martyn, formando vaharadas blancas en el aire al respirar. El único que aparentaba tranquilidad era Calum, que observaba los edificios y la fecha grabada en la piedra sobre la puerta de Carhullan, con el cuerpo largo y flaco ligeramente

doblado por el peso de la mochila.

Martyn no se callaba, y vi que Jackie empezaba a perder la paciencia. Cerró las manos, aunque no llegó a apretar los puños. Los hombres reunidos en el patio le sacaban casi una cabeza, pero ella estaba en mucha mejor forma. Se sabía dueña del terreno que pisaba y llevaba demasiado tiempo siendo la reina para tolerar la sublevación de un visitante. Llevaba una pistolera cruzada en el pecho —me había fijado en aquel bulto debajo de la ropa en otras ocasiones—, con la culata a la vista. De repente me puse nerviosa. Sabía que había utilizado el arma en otras ocasiones.

Oí entonces que alguien pronunciaba el nombre de Veronique, y vi que Jackie se tensaba. Hizo un gesto brusco con la mano, un movimiento tajante que dejó a Martyn sin palabras. Nunca había oído gritar a Jackie en los meses que llevaba en Carhullan, ni siquiera en los entrenamientos, cuando el viento arrastraba por el páramo los resuellos de las mujeres en sus sesiones de instrucción. Las que estaban en la cocina oyeron la descarga de improperios que soltó. Y volvieron a la ventana a tiempo de verla dar un paso hacia Martyn, que apartó el brazo de los hombros de Chloe como si fuera a defenderse. No le atacó, pero le lanzó un ultimátum nítido y expresado con frialdad.

—No tengo tiempo para tus gilipolleces. No te quedarás aquí para enfrentarte conmigo. Eres un mantenido. No lo olvides, Martyn. Si quieres irte, vete ahora. Los acuerdos que teníamos se han terminado, porque es mi puto privilegio. Las tierras en las que vives son mías. Si te marchas, te quedas solo. Os quedáis solos los dos.

Chloe levantó entonces la vista del suelo. Tenía la cara desencajada. Miró primero a su marido y luego a Jackie. Después entró en la granja, apartándome de un empujón, y cerró dando un portazo. La puerta retumbó con el golpe y el eco resonó en toda la casa. Oí que iba a la sala común. Y se oyó un porrazo fuerte. Volví a la ventana. Martyn seguía mirando hacia donde se había marchado Chloe. Empezó a decirle algo a Jackie, pero ella le dio la espalda, sin dejarle terminar.

La patrulla acompañó a los hombres a uno de los cobertizos. Después les dieron de desayunar en la larga mesa de la cocina. La cocina se quedó vacía al instante, como si una manada de zorros se abalanzara contra un grupo de pollas de agua a la orilla de un lago. Cuando pasé al lado de Calum vi que sonreía para sus adentros, con los ojos hundidos puestos únicamente en la comida que tenía delante.



Esa mañana se dedicó a las tareas básicas y por la tarde se reorganizaron los dormitorios. Varias chicas de la unidad de Jackie se trasladaron a la casa principal, donde a partir de ahora dormirían tres mujeres en una habitación, y las demás se repartieron en los dormitorios comunes, como centinelas. Se improvisaron unos catres en los establos para los hombres. Allí no había calefacción ni agua, pero les dieron varias mantas y les dijeron que podían lavarse en la caseta de al lado. Lorry los examinó a todos y los declaró más o menos sanos, a pesar de que lo demacrados y desnutridos que estaban. El mayor de todos tenía problemas de riñón, y Sonnelle le preparó una infusión de hinojo. Los niños habían sobrevivido mejor desde que quedaron excluidos de Carhullan. Sus madres se ocupaban de que estuvieran bien atendidos y les llevaban a menudo una parte de sus raciones.

Una sensación de urgencia se apoderó de la granja. Todo el mundo terminó sus tareas de prisa y volvió a la casa principal como si esperaran más anuncios, alguna explicación de qué hacer a continuación o alguna orden de Jackie. Pero Jackie no estaba. Nadie había vuelto a verla en todo el día. Yo quería hablar con ella de mi incorporación a la unidad pero no la encontré en ninguna parte y, cuando le pregunté a Megan, se encogió de hombros.

Shruti apenas me dirigió la palabra mientras cortábamos los árboles y llevábamos la leña a la cocina. Era evidente que estaba enfadada y me consideraba una ingenua, enamorada de Jackie. Intenté empezar una conversación un par de veces, pero me respondió con monosílabos y evasivas. Dijo que ya habíamos perdido demasiado tiempo y no tenía ganas de quedarse cortando leña a oscuras. Yo me había acostumbrado a que en la granja las desavenencias se resolvieran con franqueza y en el momento, pero Shruti estaba más dolida de lo que esperaba.

Comprendía que no había esperanza de que ella se sumara a la unidad. Aunque las demás seguían gastándole bromas sobre su pasado, Shruti había dejado atrás la violencia definitivamente, sin posibilidad de vuelta atrás, ni siquiera por el bien de la Hermandad o bajo la bandera de la lucha contra la opresión. Vi que clavaba el hacha que tenía en la mano sin acertar a hacer una línea recta. Respiraba entrecortadamente. No sabía qué hacer, y al final me acerqué a ella y la abracé hasta que noté que la tensión se agotaba, soltaba el hacha en la tierra blanca y helada y se echaba a llorar suavemente.

Esa noche Jackie volvió a la granja y reclutó a diez voluntarias para su unidad. Yo estaba entre ellas. El mes siguiente se incorporaron algunas más, cuando perdieron la esperanza de que los planes de dismantelar la granja para irnos a las ciudades ocupadas quizá no fueran en serio. Me sorprendió ver a Lillian en el grupo. Le sonreí y encogió los hombros. Jackie nos anunció que empezaríamos el entrenamiento al día siguiente, que no nos preocupáramos por nuestras rutinas anteriores. Otras Hermanas nos sustituirían. Nos necesitaba tres semanas completas, y luego todos los días media jornada, hasta que lanzáramos la campaña. Se expresó con un formalismo apabullante que no dejaba la menor duda de su profesionalidad y su determinación de seguir hasta el final. Sin embargo, parecía menos tensa, como si le relajara reanudar su antigua ocupación.

Tendríamos que pasar pruebas de valor y resistencia, físicas y mentales, y aprender a leer un mapa y a orientarnos.

—Empezaremos por lo esencial —dijo—. No os preocupéis por lo demás de momento. Os dividiréis en grupos más pequeños en las primeras caminatas. Luego espero que sigáis entrenando solas. Cuando hayáis visto cómo funciona la unidad. Cuando estéis preparadas, os organizaréis en patrullas, igual que las demás. Si yo no estoy, obedeceréis las órdenes de las integrantes del Consejo. Ya las conocéis. —No nos dio las gracias por dar un paso al frente ni elogió nuestro ejemplo. Y nunca volvió a señalarme. Pero nos observó con cierto orgullo, y a mí me bastó con eso.

A lo largo de esas tres semanas nos llevaron hasta el límite. Nos despertaban a voces en la inhóspita oscuridad de la madrugada y nos ordenaban que nos levantásemos. Nos vestíamos, adormiladas y asaltadas por la luz de las antorchas, desayunábamos muy temprano y nos reuníamos en el patio. El tiempo era durísimo para entonces. Parecía increíble que aquella lluvia tan fría no llegara a helarse, aunque era densa, gruesa y gélida, y nos calaba hasta los huesos a diario. Jackie nos aconsejó que lleváramos ropa ligera, y nos quitaba las camisetas o los jerséis de lana secos si nos sorprendía poniéndonoslos encima de la capa de sudor frío. Nos explicó que eso consumía muchas sales vitales para el organismo. Que el movimiento era suficiente para conservar el calor.

El viento azotaba los páramos que rodeaban Carhullan. El cielo enfurecido tenía el color del carbón y las nubes giraban como vórtices con los bordes desgarrados. En cada caminata llegábamos más lejos monte a través. Primero ocho kilómetros, luego dieciséis, luego veinticuatro, aumentando

progresivamente la carga de los macutos, en los que teníamos que meter cada vez más equipamiento. La primera etapa del ascenso siempre era la cumbre, para calentar los músculos de los muslos hasta que nos ardieran, y a la vuelta bajábamos temblando de agotamiento, a veces deslizándonos por la pendiente porque nos fallaban las piernas.

Sabía que sería duro pero no estaba preparada para un esfuerzo tan extremo. Aunque me había puesto en forma trabajando al aire libre con Shruti, Chloe y las demás, seguía siendo más lenta y más débil que las que llevaban años viviendo en aquel terreno tan escarpado y casi siempre me quedaba atrás. Si logré resistir fue por pura fuerza de voluntad y por las ganas de no fallar. Cuando me sentaba un rato, me mareaba tanto que creía que iba a desmayarme y me imaginaba que la unidad me encontraba varios días después, con los ojos arrancados por los cuervos. Como hice el día que salí de Rith, nunca miraba atrás una vez que me ponía en camino. Era mejor no ver las cálidas luces de Carhullan, mejor no pensar en las mujeres de la granja, a las que veía en los campos, a nuestros pies, moviéndose como insectos. Mejor no pensar en Shruti dormida, con la mejilla apoyada en la almohada húmeda, y en el suave latido de su cuerpo cuando soñaba.

Nos daban raciones para que nos lleváramos: carne seca, sal y agua. Había poco tiempo para comer y descansar, y en la medida de lo posible comíamos en marcha. Yo apretaba el paso todo lo que podía, y únicamente cuando el corazón se me hinchaba y bombeaba con demasiada fuerza, como si fuera a reventar y a partirme los huesos, aflojaba a ritmo de paseo. Las reclutas hablábamos poco. Íbamos lejos las unas de las otras, y solo cuando alguna se arrodillaba para vomitar o empezaba a tambalearse, alguien se acercaba a ayudarla. Las veteranas se quedaban a nuestro lado cuando caíamos o intentábamos protegernos del viento detrás de una peña. «Vamos, Hermana. Levántate. Demuéstranos quién eres». Algunos días, varias mujeres se dieron la vuelta. Yo volvía más tarde que las demás, pero nunca me permití rendirme.

Siempre me habían encantado las montañas, me producían desde pequeña un placer sencillo —las vistas, los colores cambiantes en las laderas, los ríos salobres—, y, aunque hacía años que solamente las veía de lejos, muchas veces pensaba en aquellos paisajes cuando estaba en la fábrica, delante de la cinta transportadora; eran rincones llenos de belleza y libertad. Ahora iba tropezando por sus barrancos y sus pantanos, doblándome para encarar el rugiente viento que me zarandeaba, y arrastrándome para trepar por los peñascos, entre el brezo

y los espinos, sujetándome a cualquier cosa firme que encontrase. Y, a pesar de todo, no podía decir que no fuera hermoso. A pesar de su austeridad, de su tamaño intimidatorio y de la tortura de la marcha, me parecían más bellos que nunca. Cuando llegamos a las puertas de la granja y Jackie nos ordenó que diéramos media vuelta y subiéramos al risco de nuevo, y todas emprendimos el camino con una determinación repugnante, no me tiré al suelo ni me puse a gritarle al páramo pardo y tosco. Si las montañas ponían a prueba mis límites, también me satisfacían, eran el instrumento con que calibrar mi resistencia.

Por las noches me miraba los pies para asegurarme de que no se me infectaban las ampollas, y todas las mañanas me ponía entre los dedos las gasas que me habían dado. Tenía rozaduras de las correas del macuto en los hombros y en la parte baja de la espalda. Al final de la tercera semana, llevaba encima la mitad de los kilos que pesaba y empezaba a darme cuenta de lo increíble que es el cuerpo humano.

La mañana de la última marcha, nos reunimos en el patio como de costumbre, a la espera de instrucciones. Estaba medio dormida y reventada de las caminatas anteriores. Jackie apareció con una cazadora militar y nos saludó diciendo:

—El camino de hoy será largo. Es un suplicio y tiene que serlo, así que más os vale dosificar el ritmo. No quiero tener que enterrar a nadie. O echar vuestros restos a los perros. —Se le escapó una risa nerviosa y ladeó la cabeza—. Bueno, no me deis las gracias, señoras, pero tengo un regalo especial para vosotras. Venid por aquí.

La seguimos a una de las cabañas de piedra. Era la primera vez que yo entraba allí. Siempre estaba cerrada con llave y candado. Sacó una llave del bolsillo de los pantalones de faena y la introdujo en la cerradura; el resorte saltó suavemente y Jackie retiró los cerrojos y encendió la luz. Delante de nosotras había un montón de cajas de metal troqueladas. Jackie bajó una de ellas y la abrió. Tal como imaginaba, ahí estaban los fusiles. Nos dio uno a cada una, y una bolsa con munición que pesaba mucho, llena de balas de bronce. Cuando me llegó el turno, sacó de otra caja el fusil de mi padre y me sonrió. Le miré la cicatriz inerte que le llegaba desde la boca hasta la oreja. Después cogí el fusil. Estaba reparado y libre de óxido, y supe que seguía siendo tan preciso como siempre para matar ciervos.

Ninguna de las armas tenía correas. Teníamos que llevarlas siempre en la mano. Si veía que alguien dejaba el arma en el suelo un momento, nos advirtió, tendría que repetir la caminata al día siguiente. Y también el siguiente si se le

caía.

—Tened en cuenta que os seguiré de cerca —dijo—. Os iré haciendo compañía como el lucero del alba.

Me puse en marcha, con el fusil en una mano y la bolsa de balas en la otra. Cuando empezaba a salir el sol, Jackie nos alcanzó a medio galope con uno de los caballos.

—¿Quién está sudando ahora, Hermana? —me preguntó al pasar, riéndose.

Teníamos veinticuatro horas para hacer sesenta y siete kilómetros. Daríamos seis vueltas alrededor del High Street y atravesaríamos de noche aquellas abruptas pendientes. Era la misma distancia que había de Rith a Carhullan. El día de mi llegada, cuando me asaltaron en el páramo, la patrulla me dijo que era imposible que hubiera hecho todo el trayecto andando, y era cierto. Esta vez quería demostrarles que se equivocaban.

No hubo ningún motín en la granja. Si Jackie lo esperaba, y por eso decidió trasladar a las más veteranas de la unidad a la casa principal, para protegerse, el tiempo demostró que no tenía motivos. Nadie podía desafiarla. Fuera cual fuera la ley que ahora imperaba allí, Carhullan era suyo. Nadie más que ella habría podido mantenerlo unido tantos años. Me sorprendió ver que había tantas mujeres dispuestas a seguir sus planes. En el fondo me sentía especial, puede que envenenada por una rebeldía antinatural o por la necesidad de liderazgo, por las ganas de hacer lo que me habían inculcado que estaba mal. Fuimos dieciocho en total las que nos ofrecimos voluntarias. Las mayores de la colonia estaban exentas. Jackie necesitaba que Ruth, Lorry y otras mujeres especializadas en determinadas tareas siguieran en sus puestos como siempre. La granja tenía que seguir funcionando como un reloj, aunque más que una granja ahora fuera el sistema de apoyo de la unidad militar.

Un grupo reducido se negó a entrenar. Jackie respetó su decisión, tal como había dicho, y prometió que cuando llegase el momento las escoltaría hasta alguna de las ciudades de los Peninos y se encargaría de proporcionarles alojamiento, un número de sección y camuflaje para ocultarse de la Autoridad. Shruti estaba entre ellas. Seguíamos hablando y nos sentábamos de vez en cuando juntas en las comidas, pero nunca nos veíamos a solas, nunca nos buscábamos como antes. Desde la noche en que Jackie hizo su anuncio no habíamos vuelto a dormir juntas, y aunque seguía sintiéndome atraída por ella,

sabía que era lo mejor para las dos. No le conté lo que hacía con la unidad y ella no hizo preguntas. Los momentos que pasábamos juntas estaban presididos ahora por una leve tristeza, como si no hubiéramos tenido la oportunidad de desenamorarnos y nuestra relación se hubiera visto abortada o cortada de golpe.

Yo habría podido alejarme de ella por completo, haberla evitado en la granja para que todo nos resultara más fácil, al menos a mí, haber intentado convencerme de que nuestra relación había sido un error, pero Shruti se empeñó en conservar el vínculo. Se ofrecía a lavarme la ropa, me dejaba flores en el cajón que había al lado de mi litera. Tenía más bondad de la que yo habría sido capaz de tener nunca, y sin ella nunca habría sabido lo que es la bondad. Sentía un ligero dolor en el pecho cuando me abrazaba después de la cena, antes de irse a la cama, o cuando me ponía la mano en el hombro y me preguntaba si estaba bien, al ver mis cortes y mis heridas, mi cabeza afeitada.

Habríamos podido acercarnos, y habríamos vuelto a terminar con las piernas abrazadas y el cuerpo desbordado, húmedo y arqueado. Y, si ella me hubiera buscado con esa intención, no se lo habría impedido ni la habría rechazado, aunque sabía que a Jackie no le gustaba. Pero Shruti se refrenó igual que yo. En vez de eso, me ofreció una amistad serena y espiritual.

Una mañana, al volver del entrenamiento, me encontré en la cama una bolsita de terciopelo. Tenía los dedos sucios y ateridos de frío, dos uñas negras, y tuve que forcejear con el cordón para abrir la bolsa. Vertí en la palma de la mano lo que había en la bolsa. Era un colgante eduardiano, con piedras verdes, blancas y violetas. Sabía que era de Veronique y que había llegado a manos de Shruti cuando esta murió y repartieron sus objetos personales. Me había escrito una nota en un trozo de papel diminuto: *Llegará el día. Sé fuerte*. No supe qué decir cuando la vi esa noche, y no dije nada; me limité a sonreírle al entrar en la cocina y después me fui a la sala, donde Megan y Corky estaban bebiendo con otras mujeres.

Procuraba no pensar en los momentos que habíamos pasado juntas, aunque me daba cuenta de que mis sentimientos eran más profundos, ahora que estábamos separadas, que en aquellas primeras semanas de pasión y descubrimiento. Shruti fue una revelación para mí. Y, de no haber sido por las enseñanzas de Jackie Nixon, las de Shruti habrían sido las lecciones más importantes del tiempo que pasé en la granja.

Carhullan no era perfecto. Si alguna vez estuvo cerca de serlo, si llegó a alcanzar un nivel muy alto de civismo y tolerancia, si llegó a ser una sociedad

que celebraba la fuerza y el respeto femeninos, ese equilibrio ya no existía. Había discusiones entre las que integraban la unidad y las que se ocupaban de llevar la granja y pensaban que había recaído sobre ellas una carga de trabajo injusta, que ocupaban el último escalón de la jerarquía. En las reuniones, algunas seguían intentando convencer a Jackie para que cambiara de postura, y ella empezaba a hartarse.

Chloe sacaba el tema sin rodeos.

—¿Cómo sabemos que lo que dices es verdad, Jackie? ¿Dónde está la prueba, aparte de tu palabra? Todavía no he visto por aquí a ningún supervisor de la Autoridad. ¿Alguien lo ha visto? Lo que pasa es que estás empeñada en esta batalla. Y nos estás arrastrando a todas contigo. —Entonces se volvía a las demás y les recriminaba—. ¿Por qué no despertáis de una vez? ¿Es que no veis lo que nos está haciendo? ¿De verdad creéis que puede llevar a Stella a la ciudad sin que nadie se dé cuenta?

Hablaba con fervor, con desesperación. A veces perdía los nervios y se marchaba despotricando a buscar a su marido en los establos. Jackie cerraba la puerta tranquilamente después de que Chloe saliera.

Finalmente se suspendieron las reuniones. Sabía que éramos tan culpables del fracaso y la desunión como cualquier otra comunidad humana. Que teníamos los mismos defectos.

Los hombres no se integraron. Se hicieron cargo de algunas tareas, para sustituir a las que nos fuimos con Jackie, pero seguían comiendo por separado y haciendo vida aparte. A pesar de que cumplían con sus obligaciones, su proximidad incomodaba a quienes nunca se habían imaginado que tendrían que compartir Carhullan con un grupo de hombres. Dominic, Ian y los chicos se ofrecieron a entrenar con nosotras, pero Jackie los rechazó, con el argumento de que alterarían la dinámica del grupo. No quería hombres en su ejército.

Empecé a acercarme a Calum. Desde que me incorporé a la unidad había ido varias noches a su cama, cuando estaba demasiado tensa y no podía dormir en mi litera, o cuando había bebido suficiente brebaje casero para que me diera igual. Iba después de entrenar con las armas, cuando la extraña euforia que me causaban su precisión y su fuerza letal me encendía y me llenaba de deseo, y cuando había tenido algún disgusto, para librarme de las imágenes y los ecos de lo que había visto y hecho durante la instrucción: las patas delanteras del perro que matamos, completamente despatarrado; el chasquido del cuchillo al cortarle la tráquea y los ligamentos.

Calum era muy complaciente. Había escogido su papel y lo interpretaba siempre que hiciera falta. Yo sabía que vivía a expensas de Jackie, que le daba tabaco y un lugar seguro en la comunidad a cambio de follar con las mujeres cuando ellas quisieran. De seguir ofreciéndoles excitación y alivio, como siempre. Sabía que era el padre de al menos dos de los niños de Carhullan, también de Stella. Pero ahora no había embarazos. Calum se controlaba y cuidaba de su higiene. Jackie no quería infecciones que incapacitaran a las mujeres.

Calum tenía un cuerpo delgado y suave. Se le marcaban las costillas y el pelo le llegaba por debajo de los hombros. No nos besábamos. Me sujetaba de las caderas cuando me ponía encima de él; hacía todo lo que le pedía. Me miraba fijamente con sus ojos grises. Era un amante consumado, dócil, y sabía cómo moverse y qué palabras decir para excitar a quienes lo buscaban. Proporcionaba un placer físico y limitado. Las primeras noches que fui a su catre, cerraba los ojos y pensaba en Shruti. La veía arrodillada delante de mí, rozándome con la lengua hasta que mis terminaciones nerviosas empezaban a tensarse y contraerse involuntariamente, o pensaba en sus ojos vidriosos, en cómo me miraba, con las pupilas dilatadas, cuando llegaba al clímax. Y luego, cuando comprendí que era mejor no conservar esos recuerdos de ella, cuando comprendí que tenía que dejar que se marchara, bloqueé estas imágenes de su cuerpo oscuro. Solamente veía fragmentos.

Las nuevas de la unidad nos pusimos en forma. Las marchas continuaron. Pasábamos la noche haciendo guardia en la puerta de un agujero, nos quedábamos días enteros sin movernos, en un búnker excavado debajo del brezal. Soportábamos la hipotermia, la falta de sueño, el agarrotamiento de los tendones y el aburrimiento. Llevábamos encima lo que nos ordenaban. La primera regla de orientación era memorizar todas las coordenadas importantes. La segunda, no doblar nunca los mapas de otra manera que no fuera siguiendo sus pliegues. Jackie nos dijo que no podíamos hablar con nadie de nuestras operaciones. Nos enseñaron técnicas de infantería, supervivencia en combate y primeros auxilios. Las excursiones eran cada vez más largas: atravesábamos los glaciares de las cumbres y los farallones de los riscos, y bajábamos hasta el fondo de los valles.

En las orillas del lago Ullswater vivían algunos grupos de extraoficiales



harapientos y mal equipados. Respirando despacio, observábamos sus movimientos a través de la mira de hierro de los fusiles. Cargábamos la recámara en silencio. La mayoría de las armas eran antiguas; se habían usado para el entrenamiento militar antes de que Jackie las confiscara, y solo teníamos unos cuantos fusiles modernos con mira telescópica que montábamos para las operaciones de vigilancia. Nos dijo que no nos preocupáramos por eso. Que seguíamos teniendo ventaja: el factor sorpresa. Pero debíamos prepararnos para cometer asesinatos estratégicos.

En la caseta cerrada donde guardaban las armas había doce pistolas automáticas, tres fusiles Barrett, morteros ligeros, granadas y explosivos suficientes para volar las infraestructuras de las que dependía la Autoridad y a las que se aferraba la gente. El coste de la matanza tenía que ser mínimo. Nunca atacaríamos a los civiles intencionadamente. Más adelante nos enseñaría a manejar todas las armas que había ido acumulando, gracias a alguna red clandestina o algún trato de favor. No desperdiciaba munición real en los entrenamientos, racionaba las reservas de diésel del Land Rover y el Bedford retirado del servicio. Nos acercábamos a Rith a caballo y, al abrigo de la oscuridad, cuando se cortaba el suministro eléctrico, merodeábamos como asaltantes por los alrededores.

Me gustaba montar esos caballos. Eran dóciles y fuertes, y se enfrentaban con aguante y seguridad al terreno escarpado, las abruptas pendientes y los ríos crecidos. Los caballos nunca me habían puesto nerviosa. Siempre me acercaba a observarlos cuando los veía en los campos, alrededor de Rith, y descubrí que era buena jinete. Me entendía bien con los animales y sabía adaptarme a ellos. Estaba claro que Jackie sentía auténtica pasión por los caballos. Cabalgamos juntas un par de veces por la sierra, y al volver a la granja elogió mi destreza.

—Se te da bien, Hermana. Estos animales saben reconocer la confianza y la lealtad. Yo me fío de quienes se fían de mis caballos. —Y me contó que años antes su familia se había dedicado a la cría—. Los caballos de montaña son pequeños por naturaleza —me explicó, mientras acariciaba el flanco oscuro y brillante de la yegua a la que estaba desensillando—. Los romanos fueron los primeros en domarlos, en la Muralla. Y luego empezaron a cruzarlos. En aquella época los utilizaban como bestias de carga, pero nosotros los convertimos en animales veloces. Les enseñamos a correr. Y ahora van a entrar en combate.

Al final de la primavera ya sabíamos reconocer las plantas y las raíces comestibles, para sobrevivir más tiempo en los páramos, y también las especies

purgativas. La nieve de las cumbres se había fundido y los ríos bajaban con la furia de un torrente, cargados de residuos y agua del deshielo. La unidad tuvo entonces que pasar una nueva prueba de aptitud.

En las orillas del Swinnel, Jackie se quedó desnuda delante de nosotras. Megan, Corky y otras que estaban familiarizadas con la instrucción siguieron su ejemplo. Era la primera vez que veía el cuerpo de Jackie. Se notaba que lo había usado mucho a lo largo de los años, sometido a grandes esfuerzos desde que tenía diecisiete años. Tenía los pechos grandes y los pezones de color ciruela, pero todo lo demás parecían fibras y correas tensas. Tenía unos hoyuelos muy marcados en los hombros, como cráteres entre los tendones, y una serie de círculos morados en la espalda.

Cogió su fusil y un saco de munición, levantó los brazos por encima de la cabeza y se metió en la corriente hasta que la fuerza del agua le hizo perder pie. Entonces echó a nadar, sumergiendo varias veces la cabeza en la corriente y boqueando al salir a la superficie. El pelo oscuro y fino le llegaba por debajo de los hombros y le cubría la cara. Salió del río diez metros más abajo, sana y salva, en la orilla contraria, y aulló como un animal. Una a una nos metimos en el río. El agua estaba tan fría que quemaba, y el torrente me arrastró hasta el fondo.

Benna se hundió al cruzar, y no aparecía. Su mano rasgó un momento el agua salobre y después la perdimos de vista. Seis de nosotras corrimos un kilómetro y medio por los campos, desnudas y descalzas, hasta un conducto estrecho que había debajo de un puente para el ganado. La encontramos atrapada entre dos rocas, hinchada, con la cara encajada entre las piedras. El agua encrespada pasaba de largo junto a su cuerpo blanco. Por orden de Jackie, trasladamos el cuerpo sin vida de su prima montaña arriba y lo apoyamos en una cerca de piedra. Nos obligó a sentarnos en semicírculo y quedarnos una hora mirando el cadáver.

—Esto es lo que parece —dijo—. Esto es no ser nada. No lo olvidéis ni de coña. —No había en su expresión nada que indicase que aquella mujer era de su familia. Tenía un gesto admirable y aterrador.

Jackie le pasó a Megan su pistola de servicio y le dio una orden. La culata parecía muy grande en las manos pequeñas de Megan, aunque la maniobraba como si no pesara. Dudó unos instantes. Luego vi que sus ojos se volvían opacos, como los de un reptil. Amartilló, apuntó y disparó. El arma saltó hacia atrás y el brazo de Megan absorbió el retroceso como había hecho cientos de veces. Del agujero de la frente de Benna empezó a brotar un chorrillo de sangre

acuosa. Estábamos en silencio total. Únicamente se oía el rugido del agua al pasar entre las concavidades y las rocas. No hubo ninguna ceremonia.

Los entrenamientos se suspendieron durante varias semanas y la granja recuperó su ambiente de unidad. Llegaron el calor y la humedad del verano, que en aquellas alturas barridas por el viento no producían tanta claustrofobia. La hierba de los páramos estaba muy crecida y tenía exactamente el mismo color de los cervatos que pacían en sus brañas. Había ciervos por todas partes. Jackie me dijo que era un repunte temporal; la población probablemente disminuiría en pocos años, golpeada por el hambre y las enfermedades. Costaba imaginarlo. Todo era abundancia. El musgo y los líquenes crecían de maravilla y la vegetación parecía casi exótica. Los buitres sobrevolaban las madrigueras y los halcones se abatían en picado desde muy alto sobre sus presas. Libres del cultivo a lo largo de las últimas décadas, las montañas del norte volvían a ser parajes vírgenes. Vivíamos rodeadas de naturaleza salvaje.

Solo los campos que rodeaban la granja tenían un aspecto pulcro y cuidado, y uno tras otro las mujeres fueron recolectando sus frutos. Se esforzaron mucho en sacar adelante la cosecha como todos los años, como si esta no fuera distinta de las anteriores, a pesar de que sería la última. Trabajábamos juntas. Se segaron los prados y se llevaron los carros a los graneros. Me enseñaron a afilar las hoces y a atar las pacas de heno. A lo lejos, al lado de Shruti, vi a Helen, vestida con una túnica azul y con su hija atada a la espalda. Doblada sobre la tierra como todas. Estaban engavillando, así lo llamaban, y nadie dejaba de arrimar el hombro en temporada alta. Hasta Chloe echaba una mano, aunque casi siempre estaba con Martyn y los hombres.

Había, de día y de noche, una especie de grito ronco que llegaba de los páramos. Nunca había oído nada igual. Al cabo de un rato decidí abandonar a las demás para ir en busca de aquel ruido. Fui por detrás de los cobertizos y eché a andar por el páramo, tratando de identificar qué animal podía ser. Jackie había empezado a esquilar a las ovejas en uno de los corrales al aire libre. Estaba sentada en un taburete, con una oveja sujeta entre las piernas.

Tenía penachos de vellón amarillo y negro pegados a la camiseta. Levantó la vista cuando me vio acercarme cautamente, volviendo la cabeza a un lado y a otro. Vi que sonreía, a su manera reservada y satisfecha.

—Son guiones de codornices —dijo—. Han venido desde Escocia. Aunque

no creo que encuentres ninguno. —Soltó a la oveja. El animal se incorporó con dificultad, se sacudió y emitió un balido débil. Jackie se levantó y se cepilló la ropa con las manos—. ¿Sabes qué otra cosa me gustaría ver por aquí? Lobos. Nos sigue faltando un gran depredador en la cadena. Aunque si se acercaran me encontraría a estas preciosidades muertas por todas partes. Todo tiene sus pros y sus contras, ¿eh? No te preocupes. Volveremos a entrenar la semana que viene, Hermana. Entonces podrás cazar algo más grande que un pájaro.

Un año después de mi llegada a Carhullan estaba tumbada entre los húmedos helechos del otoño, camuflada y quieta, tan cerca de los ciervos que me llegaba el olor hediondo de su orina según iban marcando el territorio, y el olor a almizcle de sus greñas. Oía los chasquidos y los rebotes de las astas cuando bajaban la cabeza para embestirse unos a otros. Escondida en la zanja de helechos, notaba las picaduras de las garrapatas que se me clavaban en las ingles y los codos. Me puse boca arriba y empecé a pellizcarme y apretar la piel hasta que las veía sacar la cabeza, aturdidas e hinchadas de sangre.

Había perdido la capacidad de asustarme y dejarme llevar por el pánico. Me había vuelto indiferente y práctica. Nunca había tenido una conciencia tan nítida del paso del tiempo. Me pasaba la noche sentada con la patrulla, contemplando el gélido resplandor de las estrellas, atenta a la respiración de esa época del año en que las capas de vegetación se encogen y comprimen como las cenizas de la leña quemada. En la montaña era consciente de cada instante corporal, de cada ciclo de la luz. Sentía la energía que transportaba hasta la última fibra de mi cuerpo, y comprendí que era finita, que las posibilidades que la vida me ofrecía en ese momento no regresarían nunca.

Y a medida que crecía mi resistencia, crecía mi comprensión de la tarea a la que nos enfrentábamos. Jackie creía que era posible ocupar la ciudad. Aun cuando fracasáramos, evitaríamos que nos capturaran y resistiríamos el tiempo suficiente para dañar sus órganos vitales. Quizá tuviéramos que pasar una temporada escondidas en las montañas. Pero a la larga, cuando la Autoridad reuniera los recursos necesarios, nos seguirían la pista y nos detendrían. Entonces se pondría a prueba el resultado de nuestro entrenamiento. No se anduvo con rodeos al contarnos lo que sabía de los centros de detención de las antiguas ciudades industriales. Nos enseñó una foto que fue pasando de mano en mano. Era de un pelotón de fusilamiento. Al fondo se veía una pared llena de

manchas oscuras, y a los pies un cuerpo borroso y desmadejado.

—Aquí no vale el Tribunal de La Haya —dijo—. En este país no se respetan los derechos humanos. No os llevarán a juicio. Ni siquiera presentarán cargos. Intentarán destruirnos. Sacaros toda la información posible por cualquier medio posible. Y os aseguro que serán implacables. Si termináis ahí, en un centro de detención, os dejarán vivir mientras consideren que podéis ser útiles. Luego os pegarán un tiro. —Asintió y nos miró a todas.

En caso de que nos detuvieran, solamente podíamos decir tres cosas. Nuestro nombre. A qué milicia pertenecíamos. Y que no reconocíamos la legitimidad del gobierno. No podíamos confesar nada más, ni en respuesta a los interrogatorios ni a cambio de posibles incentivos. Ni sí ni no.

—Solo os pido que resistáis todo lo posible —dijo—. Ya llegará el momento de hablarles de nosotras. Pero todavía no.

Jackie me había dicho que no volvería a encerrarme en la caseta del perro sin mi consentimiento, y un año después de mi cautiverio dije que estaba dispuesta. Vino a buscarme por la noche, con otras tres. Me sacaron de la cama y me arrastraron por el suelo del dormitorio y por el patio. Intenté escapar, me retorcí y lancé algunos puñetazos con la mano que tenía libre. Fue un simple acto reflejo que no me hizo ningún bien. Se detuvieron un momento. Me dieron una patada en la tripa que me dejó sin respiración. Me pusieron poca abajo y me ataron las manos a la espalda. Me cubrieron la cabeza con una bolsa atada al cuello. Alguien atravesó el plástico con el pulgar para hacer un agujero a la altura de la boca.

En poco más de un minuto volví a verme encerrada en la caseta de hierro, tirando de los nudos de la cuerda con que me habían atado las muñecas, procurando respirar despacio, procurando tranquilizarme. Notaba la tierra blanda y tibia en las plantas de los pies. El suelo olía a mierda fresca, como si la hubieran esparcido justo antes de llevarme.

La primera vez aguanté cuatro días allí. Me armé de valor y me concentré en lo que me habían dicho que hiciera. Me dejaron la garrafa de agua en el suelo, la sujeté entre los pies y desenrosqué el tapón con los dientes. Tenía una capa de mierda pegada por debajo, y al acercármela me entraron arcadas. No podía apoyarla en las rodillas para beber, así que volví a dejarla en el suelo y empecé a forcejar para desatarme las manos. Los nudos eran fuertes. En el escaso espacio que quedaba alrededor del taburete, conseguí deslizar los brazos por encima de la cabeza y poner las manos delante, de manera que ahora podía quitarme la

bolsa y agacharme a coger la garrafa. La agité. Estaba casi vacía.

Una desesperación amarga como la bilis me subió a la garganta, pero me la tragué. Me concentré y repetí las instrucciones que me habían dado. Las palabras flotaban como llamaradas rojas en la oscuridad. Cuando se acabó el agua empecé a notar el mareo de la deshidratación y me asaltaron las mismas imágenes espeluznantes, como un ejército de fantasmas que estuviera acechando en la oscuridad del ataúd a la espera de que yo les devolviera la vida.

La segunda vez que vinieron a buscarme resistí siete días en la caseta. Cuando me quedé sin agua, me bebí la orina que había guardado en la garrafa. Me comía lo que me echaban en el suelo asqueroso. No llamé a nadie. Se acercaba el invierno y hacía un frío helador entre aquellas paredes de metal.

El séptimo día me llevaron a rastras por el patio hasta uno de los corrales de piedra. Las mujeres de la unidad que me interrogaron iban encapuchadas y llevaban ropa oscura. Me pareció reconocer a Corky, pero estaba débil y desorientada y no podía estar segura de nada. No me pidieron disculpas. Me hicieron cortes, me golpearon en los riñones y me quemaron. Una de ellas me metió un tubo por la vagina y me dijo que era una puta. Me dejaron encerrada en el corral, tirada en el suelo, hecha un ovillo y gimiendo, hasta que entraron otras cuatro mujeres. Jackie venía con ellas.

Me sonrió con compasión y vi en sus ojos azules que me quería como una madre. Me traía el desayuno en un plato: huevos con beicon y pan. Las yemas estaban muy hinchadas. Se agachó para dejar la comida a sus pies y olisqueó con fuerza.

—Huele muy bien —dijo. Luego cogió una loncha de beicon y me la puso delante de la cara. Me abalancé para cogerla, pero las otras me inmovilizaron. Volvió a dejar la loncha crujiente en el plato y se chupó la grasa de los dedos—. Humm —murmuró, con voz suave y compasiva—. ¿Cómo me llamo, Hermana? La miré, suplicándole que parase—. Si me dices mi nombre, podrás comerte esto. Si me dices los nombres de todas las que estamos aquí podrás irte, ahora mismo.

No me trataron ni mejor ni peor de lo que yo traté a las demás cuando se invirtieron los papeles. Ni mejor ni peor que como siempre se había tratado a los soldados para prepararlos antes del despliegue. Y Jackie se aseguró de que recibiéramos el mismo trato que ellos.

No nos convirtió en monstruos. Simplemente nos dio la fuerza para transformarnos en los seres inviolables que el Dios de la Igualdad quería que

fuésemos. Sabíamos que estaba desmontando nuestra antigua condición de mujeres inválidas y que si nos trataba con tanta crueldad era para reconstruirnos como personas capaces de soportarlo todo. Derribó las paredes en las que habíamos vivido encerradas. Al otro lado había un campo fresco y rojo, y en su suelo fértil crecían todas las flores de la guerra que la historia jamás nos había permitido recoger. Era un lugar muy hermoso para pasear. Tan hermoso como los páramos ese otoño.

Archivo siete  
Parcialmente deformado



No estaba claro de quién fue la idea de hacer esquejes con los tojos. Un atardecer, hacia el final de ese segundo invierno en Carhullan, Jackie nos reunió a todas y nos dijo que había llegado el momento de ponerse en marcha. Necesitábamos una acción preliminar, neutra, antes de lanzar el ataque, dijo, para crear un vínculo con la población civil. Pero no fue ella quien dio la orden de trasquilar las ramas de las aulagas en los acantilados de los páramos que rodeaban la granja. Algunas de las Hermanas decidieron en secreto que aquella sería la señal, y un grupo salió al día siguiente y volvió con el primer lote.

Esa noche, después de terminar sus tareas, las mujeres que no formaban parte de la unidad se reunieron en la mesa de la cocina para atar los tallos con jirones de tela de las túnicas. La planta cubría los páramos con sus brotes de color vivo en cualquier época del año, y las ramas que cortaron estaban llenas de flores. Pasaron así dos semanas, hasta que se acabó la tela amarilla.

La primera noche entré en la cocina y las estuve observando mientras trabajaban. Las túnicas estaban apiladas a un lado del fogón de hierro. Había dejado la mía junto a las demás. Cuando se quedaron sin tela, alguien cortó una esquina del mantel de la mesa para rasgar una tira larga y fina. A pesar de que todas llevaban guantes, se arañaban continuamente las manos, porque se les clavaban las espinas, y de vez en cuando las oía suspirar. Veía que se quitaban el guante y se frotaban la piel. Luego, el pinchazo empezaba a sangrar.

No habría sabido decir por qué, pero me gustaba verlas trabajando. La rutina de las manos, la destreza con que hacían su labor era hipnótica, y la embriagadora fragancia de las flores inundaba la cocina. Siempre me había gustado esa planta, su dulce perfume, que cobraba una intensidad tropical con el calor del verano, y sus gotas de color en las laderas. La suavidad y el brillo de sus pétalos parecían inconcebibles, en comparación con las espinas duras y oscuras. Y me infundían serenidad los movimientos que hacían con las manos para liar la tela alrededor de las ramas. Sabía que esta ocupación anunciaba nuestra entrada en acción. Todo lo que habíamos planeado estaba a punto de empezar y todo iba por buen camino.

Una vez terminados los ramos, los guardaron en sacos de arpillera y los

llevaron a los establos. La mañana siguiente, las que nos habíamos ofrecido voluntarias para ir a Rith los atamos a las sillas, colgados sobre los flancos calientes de los caballos. Nos pusimos en camino cuando empezaba a salir el sol. Las pezuñas de los caballos hollaban la gruesa corteza de escarcha en las zonas más altas, y el hielo se moteaba de barro y se fundía a medida que nos adentrábamos en el valle. Vadeamos los arroyos, atravesamos las antiguas aldeas entre los coches abandonados y saltamos las zanjas abiertas por las riadas. No nos encontramos con nadie en todo el camino y, mientras recorríamos la antigua comarca, tuve la sensación de estar viajando por un territorio remoto, un lugar habitado por seres grandes y pequeños. Se oyeron truenos, pero no llegó a llover. Caía la tarde cuando llegamos a los alrededores de la zona de seguridad.

Íbamos con cuidado para que no nos vieran. Cruzamos las aguas turbias y encrespadas del Eden cuando se interrumpió el suministro eléctrico y la oscuridad se extendió sobre la ciudad. La corriente empeoraba alrededor del puente. Aunque estábamos a muchos kilómetros del estuario, la arena se había abierto camino río arriba y cubría algunas zonas de la orilla. Había madera y troncos apilados contra los pilares, y los árboles que no habían llegado a caer se estaban muriendo, anegados por el agua y con residuos colgados de las ramas.

Desmontamos, escondimos los caballos entre las casas en ruinas de la ribera y cargamos los sacos al hombro. Desde allí seguimos andando por la carretera destrozada, la misma por la que yo me había marchado. En el filo de la ciudad nos dividimos en patrullas para llevar a cabo la misión

Rith estaba tal como lo dejé. Todo me resultaba familiar, decadente y abandonado, atrapado todavía en el fallido mecanismo del plan de recuperación. No veía ningún indicio de mejora. Los contadores de la luz seguían zumbando, colgados como quistes en las fachadas de los edificios. Había montones de basura fétida vertida en los solares —aparatos electrónicos, cochecitos de bebé, envases de plástico— y cientos de coches aparcados en la explanada de hormigón del antiguo supermercado. Vi a una camada de cachorros de perros salvajes acurrucados debajo de un autobús que nos gruñeron y nos miraron con hambriento interés al pasar a su lado. Las calles de la parte más baja estaban inundadas y en las puertas de las casas habían pintado una X roja. Pasamos por delante de la fábrica de turbinas. Las verjas estaban cerradas y los barrotes asegurados con una cadena gruesa. Había un cartel atado al poste. *Cerrado hasta nuevo aviso.*

Era inquietante volver a Rith de noche, bajo aquel cielo marrón, avanzando

con tanto sigilo como cuando me escapé. Oía el eco fuerte de la sangre bombeando en mi cabeza. Me sentía a punto de estallar. Tenía ganas de aporrear las puertas y arrastrar a la gente de la cama, zarandearla para sacarla de aquel sopor y obligarla a que nos siguiera hasta el castillo, como una turba enfurecida, para descuartizar miembro a miembro a todos los que vivían allí. Pero no lo hice. Me movía como un espíritu encerrado en otra dimensión, incapaz de manifestarme, incapaz de salir y tocar el mundo sólido.

Las demás vigilaban mientras yo recorría las calles como un fantasma, dejando los ramos en las puertas de las casas que aún seguían habitadas, en los buzones, entre las grietas de los ladrillos y atados en las verjas de la clínica; en cualquier lugar donde la gente vivía y sufría.

No sabíamos cómo iban a reaccionar los que vivían en las casas compartidas; cómo interpretarían, si es que lograban descifrarlo, el sentido de un ramillete atado con una cinta. Era una señal rústica y extraña, incongruente en las calles de adoquines oscuros, aunque parecía una advertencia, y sus flores amarillas infundían algo de esperanza. No teníamos otro modo de comunicar nuestras intenciones, octavillas impresas que pudiéramos distribuir entre la gente. Los tojos no delataban nada. Eran sencillamente un regalo cifrado, un curioso estallido de color en los callejones húmedos y oscuros.

Últimamente no me acordaba mucho de Andrew, pero cuando pasamos por la calle que me habían asignado años antes, me lo imaginé durmiendo en el piso de arriba, en aquel cuarto abarrotado de cajas, de posesiones salvadas, llevando la misma vida de siempre. No sabía si estaría solo o con alguien. Había pasado un año y medio desde mi desaparición y dudaba que aún quedara en la casa algo mío. Andrew no era sentimental. Lo más probable es que hubiera dado parte a la Autoridad, que los supervisores vinieran a examinar mis cosas y se llevaran todo lo que les había parecido útil. Nadie había ido a buscarme. Me había esfumado sin dejar rastro; puede que incluso me hubieran dado por muerta. Al margen de cuál hubiera sido mi destino, Andrew se había quedado sin mujer.

Me lo imaginé recogiendo el ramillete por la mañana, camino de la refinería, sintiendo las espinas en la palma de la mano y preguntándose qué era, qué significaba. Seguro que volvería a dejarlo tirado en el escalón, para que la otra familia lo recogiera, o lo arrojaría a alguno de los vertederos que había al final de la calle. Aunque después se enteraría de que en todos los barrios habían aparecido ramos idénticos. Y caería en la cuenta, como los demás, de que en los alrededores de Rith no había tojos, ni siquiera en las laderas de Beacon Hill. Era

una planta que ahora solo crecía en las montañas, una especie traída del antiguo Distrito de los Lagos. Era un mensaje del exterior.

Estuvimos dos semanas haciendo incursiones nocturnas en la ciudad. No nos cogieron. No nos quedábamos para observar cómo encontraban los ramos ni nos dejamos ver mientras los repartíamos. Nos íbamos corriendo adonde habíamos dejado atados los caballos y volvíamos a Carhullan por los senderos de montaña. Nunca pasábamos dos veces por la misma calle. Y nunca dimos más pistas de lo que estaba por venir. Mientras desempeñaba mi misión, sabía que Jackie no estaba lejos de mí, haciendo sus propios cálculos, observando los movimientos de la Autoridad.

El castillo acechaba la ciudad desde lo alto de la loma que estaba enfrente del Beacon, y allí tenía la Autoridad su cuartel general y el archivo de todos los que vivían en las zonas oficiales. Desde que las inundaciones arrasaron Solway City, el castillo se había convertido en el puesto de mando central de la región. En las ciudades de los Peninos, la presencia de la Autoridad era más escasa, la suficiente para preservar el orden y supervisar los detalles del trabajo y la distribución de alimentos, pero la principal cámara de poder de la región estaba en Rith. Atacarla equivalía a romper la estructura que lo apuntalaba todo. El plan de Jackie no era irrumpir y huir para sembrar confusión. Se proponía dar un golpe de Estado. Tomaríamos la ciudad el mayor tiempo posible. Cuando corriera la voz, cuando hubiéramos reunido más munición, vehículos y provisiones, las demás ciudades caerían, según ella. Habría un levantamiento masivo en cascada. La corriente se volvería en contra de los que llevaban diez años abusando del poder. Seríamos la primera ciudad en declarar la independencia, pero otras nos seguirían. Ya no se trataba de defender Carhullan, ahora estábamos luchando por todo el territorio del norte.

Mientras recorría las calles de la ciudad en la que había nacido, trazando de nuevo su mapa en la oscuridad, la sangre me circulaba más despacio, y pensaba en la visión y la valentía de Jackie. Veía su silueta, junto a la chimenea de la cocina. Estábamos en la cúspide de un gran momento histórico, había dicho, apartándose de las llamas para mirarnos.

—Estamos acostumbradas a que los cambios se produzcan siempre de otra manera, ¿verdad? Acostumbradas a esperar, a confiar en que nos salven, a confiar en que los que mandan cambien y nos cambien. Ese es el mal de nuestra especie. Y se ha convertido en la debilidad nacional. Nadie nos ayudará, Hermanas. Estamos solas. Entonces ¿por qué no aquí? ¿Por qué no ya? —Había

apretado los puños y tenía saliva en los labios—. Las revoluciones siempre empiezan en las zonas montañosas. Es el destino de esos rincones. Mirad alrededor. Mirad dónde estamos. Estas son tierras en continua disputa. Nunca han estado en paz. Quienes vivimos aquí jamás nos hemos rendido. Y jamás nos rendiremos.

De noche cerraban los portones de la entrada del castillo y solamente dejaban pasar a los patrulleros azules que iban y venían. Cerca de las murallas, al otro lado de la carretera, se encontraba la estación. Una vez a la semana llegaba un tren de mercancías de los puertos del sur con comida y medicamentos. La clínica estaba a un kilómetro de allí, en lo que antes era el elegante hospital de Rith. Y en un extremo de la ciudad se levantaban los inmensos cilindros grises de la refinería de la Uncon. Todo estaba vigilado y señalado. Nada se fiaba al azar.

La última noche de reconocimiento, me quedé parada en la calle mientras la lluvia silbaba alrededor. La basura se acumulaba en la entrada de las alcantarillas: envases, envoltorios vacíos y ampollas de cristal rotas con restos de un líquido plateado. Las estampas religiosas se pudrían en el bordillo de las aceras y las ratas correteaban por los desagües llenos de basura. Un perro flaco que llevaba en la boca unos jirones grises se escabulló al final de una hilera de casas. Oí los gritos que daba una mujer dentro de un edificio, como si no pudiera parar, como si fuera cómplice de su desesperación.

No sentía ningún cariño por Rith. No me quedaba ni una pizca de afecto por el lugar en el que había crecido y presenciado el rápido hundimiento del país. Su destino me traía sin cuidado. No lamentaba el papel que iba a desempeñar. La situación había llegado demasiado lejos. La gente estaba oprimida, como en los siglos anteriores; eran los esclavos que Megan se imaginaba. El gobierno les había fallado hacía mucho tiempo, y seguiría fallándoles. Vivían en un infierno de despotismo y desesperación. Como el resto del país, la ciudad se había convertido en un escenario de ruinas; no podía haberle ocurrido nada peor que caer en aquel estado de decadencia.

Antes me costaba creer lo que estaba viviendo. Ahora estaba profundamente convencida de que se habían cometido demasiados errores, de que merecía la pena salvar todas esas vidas humanas y ocuparse de ellas, de que teníamos el deber de liberar a la sociedad, de transformarla.

\*

No formé parte del grupo que escoltó a las no combatientes de la granja. De esa tarea se ocupó la unidad original de Jackie. Aquel mes de marzo, a lo largo de dos semanas, fueron subiendo al Land Rover en pequeños grupos para que las llevaran hasta los pies de las montañas y desde allí a distintas poblaciones de los Peninos. Jackie no contaba con una red de apoyo sólida pero parecía confiar en sus contactos dentro de las zonas vigiladas. Aunque no iban a participar en la lucha, todas las mujeres se comprometieron a difundir los planes de Jackie y recabar la ayuda de la gente para cualquier acción que pudiera trasladarse allí más adelante, después de la operación en Rith.

La separación fue más dolorosa de lo que me esperaba. A pesar de que la unidad se había fortalecido en sus convicciones, y de la línea que separó a la comunidad en los últimos tiempos, desalojar la granja significaba romper amistades forjadas a lo largo de una década. Al ver cómo se abrazaban en el momento de la despedida, dudé si estábamos haciendo bien al fin y al cabo, si no habría sido mejor para todas quedarnos en Carhullan y rogar para que nos dejaran en paz, tal como querían algunas. Tenía la sensación de que las estábamos exponiendo a un peligro extremo, enviándolas a campos de concentración tan atroces como los del siglo anterior, pero sabía que seríamos nosotras las que correríamos la peor suerte.

Helen llevaba a Stella en brazos. La niña se echó a llorar y forcejeó para intentar bajarse del coche. Su madre intentó tranquilizarla diciéndole que solo iban a dar un paseo, pero Stella se había asustado al oír el estruendo del motor, y al principio se retorció, mirando el Land Rover con miedo, y luego escondió la cabeza para no verlo. Cuando las mujeres empezaron a acercarse una a una para darle un beso en la mejilla húmeda, la niña se dio cuenta de que pasaba algo raro, y lloraba cada vez más. Era la menor de todas, la última hija de Carhullan, y la iban a entregar en adopción, a dejarla en un mundo que no le daría el amor que le habían dado en la granja. Todas lo sabían, y algunas tuvieron que apartarse, incapaces de presenciar el abandono de una niña tan pequeña. Helen empezó a acariciarla con ternura cuando se sentó en el asiento trasero. La puerta del coche se cerró y los sollozos de la niña se amortiguaron.

En la segunda evacuación le dije adiós a Shruti. Llevaba una bolsa pequeña y miró hacia donde estaba yo. Después vino a darme un abrazo y me susurró al oído. Me habló en su lengua materna y no entendí lo que decía. Al notar sus manos cálidas en mi cabeza, sosteniéndome la carne y los huesos de la nuca, me pareció que era ella quien cargaba con todo el peso de mi cuerpo. Sentí que

pesaba más que nunca, que estaba llena de plomo y metralla, como las bolsas que llevábamos en las caminatas. Quise decirle algo pero no pude. La abracé de la cintura y le metí el colgante en el bolsillo sin que se diera cuenta. No podía quedarme con él. Nuestra intimidad había durado poco, pero Shruti se inclinó para rozarme los labios suavemente con los suyos. Supe que no volvería a verla. Con independencia de cuál fuera el éxito de la campaña, nunca sería suficiente para darme la oportunidad de estar con ella aunque quisiéramos.

Subió al Land Rover con las demás. Jackie se puso al volante, y arrancó el motor. El vehículo se alejó rebotando por aquel terreno escarpado, mordiendo la tierra con los neumáticos al abrirse camino entre los edificios de la granja. Y luego, Shruti desapareció.

A un lado del grupo de las que se quedaban vi a Chloe, con los brazos cruzados y apretados contra el pecho. Estaba llorando. Tenía la frente arrugada y se le hinchaban y deshinchaban las mejillas. Me di cuenta de que estaba afectada por algo más que la partida de sus compañeras. Nunca llegó a convencerle la interpretación que hacía Jackie de los acontecimientos futuros y tampoco de su estrategia, y creía que estaba involucrada en algún engaño o alguna conspiración. Nunca estuvo de acuerdo con la transformación de Carhullan ni con la táctica de mano dura. Se sentía intimidada y a merced de Jackie. Se le notaba el pánico. Estaba demacrada, tenía el pelo rubio salpicado de canas, y la piel, que antes era morena, se había vuelto pálida. Hasta sus ojos habían perdido ese color avellana. Ahora tenían el brillo amarillento del citrino.

Desde que empezaron a hacer los ramos de tojos se la veía nerviosa y esquivada, cuchicheando con su marido siempre que estaban juntos, y con aspecto de estar a punto de venirse abajo. Salía todos los días a buscar a los supervisores por la montaña, y volvía todos los días diciendo a la primera de nosotras con la que se encontrara que no había ni rastro de invasores. Me daba mucha pena ver en qué se había convertido. Estaba aterrorizada y paranoica. Me hacía sentir muy incómoda cuando gritaba a Jackie y Martyn tenía que llevársela, o cuando les suplicaba a las demás que la escucharan y se ponía en ridículo. La mayoría de las mujeres la evitaban.

Vio que la estaba mirando. Bajé la vista rápidamente, para no darle pie a estallar, y decidí marcharme, pero el contacto visual bastó para que Chloe volviera a intentarlo. Tomó aire y me cogió de la muñeca cuando pasé a su lado.

—Por favor, Hermana —me susurró—. Por favor, escúchame. Jackie te está utilizando. —Tenía el aliento ácido, como si no hubiera comido en todo el día.

Me agarró con fuerza, a pesar de que le temblaba la mano—. Te has dejado engatusar desde que llegaste. ¿No te das cuenta? Todo lo que dice es mentira. Lo que estáis haciendo no está bien. Os van a matar a todas. Y a ella le da igual. Está obsesionada. ¡Por favor! —Miró con gesto desesperado a las que estaban en el patio y levantó la voz para decirles—: ¿Por qué no me creéis? —Oí que alguien resoplaba y empezaba a murmurar.

—A lo mejor porque eres una histérica y una gilipollas.

Me solté de la mano de Chloe y la aparté. No soportaba tenerla cerca cuando se ponía así, y noté que estaba llenándome de rabia y a punto de atacarla. La empujé y crucé el patio para entrar en la casa.

—Eres tonta, Hermana —me gritó—. ¡Te ha lavado el cerebro! Te ha convertido en una marioneta y ni siquiera te das cuenta.

Esa noche, Chloe y Martyn desaparecieron. Nadie los oyó salir, pero no se presentaron a la hora de desayunar. Cuando Jackie se enteró de que no estaban, registró los cobertizos para ver si habían robado algo y luego reunió a la unidad en el patio.

—Me gustaría mucho que la Hermana Chloe y el Hermano Martyn volvieran, y si para eso tenéis que cortarles los putos pies y traerlos a cuestras, hacedlo. Si se han ido se han ido. Eso no cambia nada para nosotras. No podemos poner esto en peligro después de tantos esfuerzos. —No se alteró ni subió la voz, pero vi que estaba pálida y tenía la mandíbula tensa. Nos miraba sin parpadear, con unos ojos severos y sin pestañas, como los de una grajilla.

Cogió un fusil del almacén, ensilló un caballo y salió camino de la aldea. Se alejó trotando bajo las nubes bajas. A unos treinta metros más adelante, ya en el páramo, puso el caballo al galope y se perdió de vista.

Lillian se acercó y me dijo:

—¡Madre mía! Chloe ha debido de volverse loca. Ahora sí que la ha liado bien y se merece lo que le pase. ¿En qué coño estaría pensando? Y ¿qué se supone que tenemos que hacer? ¿Romperle las piernas y traerla a cuestras?

—Sí —contesté, encogiéndome de hombros—. Si planean delatarnos, o si los detienen y se les escapa algo, seremos nosotras quienes pagaremos el precio. No podemos dejar que se vaya.

Lillian me miró y arqueó las cejas.

—Cada día te pareces más a Jackie —dijo, pero asintió y me dio la razón.

Salí con Lillian, Nnenna y la cuarta de nuestra patrulla, Corinne, que antes de sumarse a la unidad trabajaba en las colmenas. Llevábamos once meses juntas,



haciendo guardia de noche y simulacros de asaltos y demoliciones, o acechando a otra patrulla, escondidas entre la hierba larga y rubia. Éramos capaces de anticiparnos a lo que pensaba cualquiera de nosotras, y yo me había acostumbrado al olor a sudor rancio de su ropa, a verlas desnudas, duchándose o defecando cerca de las madrigueras que habíamos cavado. Nunca me había sentido tan cómoda como cuando estaba con ellas. Las conocía íntimamente, a fondo, casi tan bien como me conocía a mí misma. Y era consciente de que mi vida dependería de ellas cuando atacásemos Rith.

Nos encaminamos hacia la laguna, hicimos un circuito de reconocimiento alrededor de los peñascos de granito resplandecientes y, a cierta distancia las unas de las otras, comunicándonos con gestos de la mano, seguimos las cercas de piedra que bajaban hasta el valle. Ir de expedición con ellas era lo más natural para mí y estaba más que acostumbrada a los procedimientos, pero hasta ese día no habían tenido un propósito o una consecuencia inmediata. Esta vez era diferente. Parecía una misión importante y crucial. La adrenalina me puso alerta y en tensión, y me alegré de pensar en algo que no fuera la ausencia de Shruti. Tras meses de entrenamiento, por fin había llegado el momento de movilizarnos y pasar a la acción. La situación era inesperada, y sus perspectivas, inciertas; no se parecía nada a como imaginábamos poner en marcha el plan, y precisamente por eso íbamos más deprisa y atentas a los escollos del terreno.

No había ni rastro de la pareja en ninguna parte. Nos llevaban varias horas de ventaja y quizá hubieran llegado hasta la presa si es que tenían intención de ponerse en contacto con alguien en Blackrigg o si estaban atravesando la comarca por las carreteras asfaltadas y cubiertas de maleza. Bajamos hasta Vaughstele. El pueblo estaba casi sepultado por los arbustos, las plantas trepadoras y los rododendros. Los rosales silvestres ya habían florecido y se extendían por todas partes. Viniendo de las montañas peladas, aquel paisaje de helechos y brezo, el fondo verde del valle parecía demasiado engalanado. Unos pájaros irreconocibles, con el pico rojo, revoloteaban en las horquetas de las ramas. Registré todas las casas abandonadas, una a una, forzando puertas y ventanas cuando estaban cerradas y recorriendo rápidamente las habitaciones húmedas y cubiertas de moho. Toqué con la mano todas las chimeneas para comprobar si estaban calientes, si quedaban rescoldos de algún fuego encendido la noche anterior. Todas estaban frías.

Una parte de mí no los culpaba por intentar huir. Jackie nos había ofrecido pocas opciones dentro de su plan, y Chloe no tenía valor para enfrentarse al

conflicto. Tampoco quería irse de las montañas. Era evidente que Martyn se habría quedado allí tan contento, sobreviviendo como buenamente pudieran, pescando, cultivando nabos, cortando leña, viviendo como un extraoficial independiente y pobre hasta que también esa posibilidad se esfumara. No dejaba de sentir compasión por ellos. Pero sabía, con las tripas, que lo que habían hecho era una estupidez imperdonable. No habían sido capaces de ver la importancia de la operación de Jackie.

Hicimos una última batida por el pueblo y regresamos a Carhullan por la ruta del sur, más larga. Los encontramos sentados detrás de un montículo, muy juntos. Chloe se había quitado una de las botas y estaba llorando. Martyn la abrazaba. Nos miró al ver que nos acercábamos.

—Se ha torcido el tobillo. No puede seguir andando —dijo, con la mirada vidriosa y perdida. Vi que había perdido la poca voluntad que le quedaba. Corinne y Nnenna se fueron a buscar a Jackie mientras yo las esperaba con Lillian. Martyn no paraba de arrullar a Chloe, para tranquilizarla, y al cabo de un rato se quedó callada, como dormida en su hombro. Nadie hablaba. Las orillas de la hierba estaban llenas de flores anaranjadas. Me puse a mirar fijamente el pie blanco de Chloe, estirado delante de ella, hasta que empezó a cobrar un aspecto distinto. Hasta que se convirtió en algo horrendo que no parecía humano.

Al cabo de una hora oí el ruido sordo de unas pezuñas. Jackie se nos acercó por detrás. El caballo estaba empapado en sudor y parecía reventado. Jackie lo obligó a girar en círculo antes de desmontar.

—Volved a la granja —nos dijo—. Tengo que hablar con ellos a solas. Marchaos.

Chloe estaba llorando otra vez, acurrucada contra su marido. Lillian se quedó quieta unos momentos, pero me siguió al ver que yo echaba a andar.

Cuando estábamos cerca del risco oí dos disparos. El ruido venía de lejos, pero el eco resonó como un latigazo en las montañas y era inconfundible. Lillian se paró en seco y yo me quedé clavada en el sitio. Lillian llevaba las manos entrelazadas por detrás de la cabeza, con los codos casi tocándose delante de la cara, de manera que no llegué a ver su expresión. Reanudé la marcha. Cuando llegamos a la granja, me pareció que estaba tranquila, pero el resto del día noté que tardaba un poco en responder a lo que se le decía. No volvió a hablar del incidente, y las demás tampoco. Era evidente que el caso estaba cerrado.

Antes de que subiéramos al camión, antes de dejar Carhullan definitivamente, volví adonde habíamos encontrado a Chloe y Martyn. Vi un montículo de tierra

removida. La fosa era grande, casi demasiado para dos cuerpos. Sabía que era cómplice de su muerte. Lo sabía y no me sentía culpable. No tenía remordimientos. Comprendía que había sido necesario. Pero en las pesadillas que he tenido desde entonces, la sepultura está llena de los cadáveres de todas las mujeres que se fueron de la granja, de todas las personas a las que he querido. Mi padre y Andrew. Shruti.

No hubo más daños colaterales en Carhullan. Un pequeño contingente se quedó para abastecer a las que intervendríamos en la operación. Ruthie y Lorry entre otras. Las provisiones se agotaban poco a poco. Los pavos que antes se posaban de noche en los árboles del huerto y se arrullaban los unos a los otros con los picos escondidos entre las plumas se habían marchado. Nadie atendió al ganado en la época de cría y buena parte de los rebaños fueron sacrificados. Solamente a las ovejas autóctonas se les permitió reproducirse y pacer libremente en las montañas. Las veíamos en nuestras idas y venidas, desgredadas y fuertes en las cumbres, observándonos con altivez desde el borde de los peñascos.

Seguíamos comiendo bien, aunque con sensación de racionamiento, de que se hacía recuento de los víveres y se calculaba cuánto podían durarnos. Cada comida podía ser la última, y por eso cada bocado de cordero o venado sabía mucho mejor, y las primeras grosellas del invernadero tenían para nosotras una acidez exquisita. Las visitas a los hombres se volvieron más frecuentes y más emocionantes. Acometíamos con más brío las rondas de entrenamiento en combate y seguíamos peleando después de que hubiera concluido el tiempo asignado para el asalto. Lo veía en los ojos de todas: el brillo intenso, la efedrina de la expectación.

Y yo sentía lo mismo. Me miraba los cortes de las manos y me producían una atracción grotesca. Metía la punta de la lengua en la hendidura roja para saborear mi propia sal. Follaba con Calum sin límites, como si fuéramos bestias salvajes, y lo dejaba lleno de marcas. Vivíamos al borde del abismo y todo se intensificaba; todo era hermoso y todo era sórdido.

El día de mi cumpleaños, mientras me desnudaba junto a la bañera de cobre, me miré en el espejo y vi la transformación que se había producido en mi cuerpo. Estaba calva, recién afeitada de nuevo, y veía la sombra de los folículos que crecían a contrapelo. Mi piel se había vuelto más oscura, casi de color haya. Estaba más delgada. Había perdido peso y ganado músculo: tenía una retícula en

la espalda y a lo largo de los brazos, protuberancias alrededor de los hombros y encima de las rodillas. Me había tatuado una línea azul en la clavícula. Me pasé un buen rato sudando, delante de la estufa del dormitorio, mientras Megan me perforaba la piel y aplicaba la tinta.

Tenía la anatomía de una fanática, el cuerpo tan modelado como las demás chicas de la unidad. Recuerdo que la primera vez que las vi pensé que estaban locas —Corky, Megan y las otras—, que parecían naturales y raras al mismo tiempo, y ahora yo no era distinta de ellas. Si dos mil años antes nos hubiéramos apostado en la orilla de la costa, haciendo frente a los barcos de los invasores con antorchas en las manos y gritándoles para que se acercaran, nos habrían llamado Furias y nos habrían temido.

Me gustó lo que veía en el espejo empañado, aunque también me impresionaba. La mujer que tenía delante era una desconocida pero, al mismo tiempo, veía su verdad. Se movía cuando yo me movía, se inclinó para cerrar los grifos al mismo tiempo que yo. Tenía una cara parecida a la mía antes de mudar de piel cuando llegué a Carhullan, pero la suya era más nueva y más dura. Era mi alma.

Lorry llamó a la puerta mientras estaba enjabonándome. Entró en el baño, se sentó en el borde de la bañera y me miró sonriendo, con la frente fruncida. Vi que estaba sufriendo. Tenía sesenta y tres años y parecía mucho mayor que antes. En el año y medio transcurrido desde que la conocí, su artritis se había agravado y le había quitado movilidad. Andaba encorvada, adelantando la cadera mala. Seguía cuidando de todas como siempre, pero nos habíamos vuelto más fuertes, nos habíamos endurecido y estábamos en mejor forma; sabíamos curarnos solas en el campo, y entretanto Lorry había dejado que los años se le echaran encima.

—Esto es tuyo —me dijo, enseñándome un gancho de metal pequeño que tenía en la palma de la mano. Saqué una mano del agua para coger la espiral.

—¿Lo tenías tú? No sabía quién... Lo había dado por perdido.

—Lo cogí prestado. Necesitaba algo que me recordara por qué vine aquí mientras pasaban todas estas cosas, Hermana. Espero no haberte molestado. He decidido que ya era hora de devolvértelo. Pero tú no te has olvidado de nada, ¿verdad que no?

Negué con la cabeza. El recuerdo del día en que me lo implantaron seguía siendo muy nítido, igual que el de mi fuga de Rith. Me acordaba de mis primeros días en la granja, de las gachas de avena con mantequilla y la manzana, del asombro que me produjo morder su carne. Recordaba las excursiones al baño

como un fantasma, las sábanas sucias que me cubrían los brazos, y la cara tensa y concentrada de Lorry cuando me sacó el dispositivo. En ese momento, mientras lo tenía entre los dedos, me parecía mentira que alguna vez hubiera estado dentro de mí.

Lorry seguía sonriendo.

—Sí. Estás preparada —dijo.

Me sentí agradecida. Ella había sido la primera en aceptarme, y sabía que nunca podría olvidarlo. Puse la mano encima de la suya y le pregunté qué pensaba hacer cuando nos fuéramos. No se había hablado de llevarla a los pueblos de los Peninos con Ruth.

—Yo también tengo órdenes que cumplir —contestó—. No te preocupes por mí, Hermana. —Me acarició el brazo, se levantó con esfuerzo y salió del baño.

Se me pasó por la cabeza que su misión era prenderle fuego a la granja, para que no quedase ni rastro de aquella empresa. Y me la imaginé derramando la parafina por el suelo y dejando un reguero a lo largo de las escaleras. Vi, como desde arriba, las llamaradas naranjas en el centro del patio mientras la casa principal ardía, y oí los chasquidos de la madera al incendiarse los establos. De todo aquello únicamente quedaría el esqueleto humeante de Carhullan, su estructura de piedra tiznada de hollín y el tejado de pizarra hundido. Y el viento de los páramos, empujando con su triste lamento las fibras de granito, incapaz de mover una sola piedra ennegrecida.

## [Pérdida de datos]

Entre Megan y yo la alejamos de la línea de batalla. Tenía el abdomen empapado de sangre y, aunque ella misma se estaba sujetando la caja torácica, no tenía fuerza suficiente para apretar la herida. Oíamos la concentración de las balas en las almenas y el estridor que hacían al clavarse en las viejas defensas de arenisca. Los marines habían puesto cargas de explosivos en las murallas y la tierra volaba por los aires cuando los detonaban, y aunque la fortificación había resistido, el portón se había salido de los goznes por detrás del rastrillo. Las mujeres que lo defendían se quedaron aisladas, como le había pasado a Jackie.

Nos refugiamos unos momentos detrás de una barricada, en la torre del homenaje, y, al mirar hacia el cordón que formaban los soldados, vi que el humo cubría la entrada y oscurecía los cuerpos a ambos lados de la puerta y a los que disparaban a través de la brecha. Un Lynx militar se había quedado inmóvil en el aire encima de nosotras. Las palas de la hélice doblaban el aire alrededor. Lo había oído acercarse en mitad de los gritos y los disparos, y lo había visto elevarse por encima de las murallas como una gigantesca ave prehistórica, con cuernos y cuerpo de reptil. Lo tenía tan cerca que veía la cara del piloto. No había visto volar un solo aparato desde hacía casi diez años. Lo habían hecho por Jackie. Al final se habían visto obligados.

A una señal de mi cabeza, Megan se arrodilló encima de la barrera y lanzó una ronda de disparos. Arrastré a Jackie hacia los barracones. Se sacó la mano del estómago. Parecía un guante rojo. Le retiré los restos de la cazadora de la carne reventada y le examiné la herida. Era enorme y estaba salpicada de fragmentos negros. Miré a Megan. Había vuelto a agazaparse detrás de la barricada y estaba recargando. Parecía perdida. Tenía quince años.

Jackie me miró y me indicó que me acercara para que pudiera oírla. Las cortantes ráfagas de aire le alborotaban el pelo oscuro alrededor de la cara. Vi

que la luz se apagaba en sus ojos. Su llama empezó a parpadear y su color azul se fue volviendo cada vez más opaco y sólido. Estaba fría y pálida. Estando allí tendida en los alrededores del castillo, mientras tragaba sangre y sin dejar de pelear, me dio una última orden.

—Al suelo —dijo—. Pon las manos detrás de la cabeza. Y quítate el chaleco. Tumbate y espera. Ya basta. Basta. Alguien tiene que sobrevivir para hablar de nosotras. Cuéntales todo lo que hemos hecho, Hermana. Hazles comprender lo que hicimos y quiénes éramos. Haz que vean.

Esta es mi declaración. Que sirva como confesión si aún se me requiere alguna. Participé voluntariamente en el asedio de Rith y en el asalto al cuartel general de la Autoridad. Dirigí la patrulla que bombardeó la clínica y presté apoyo armado en los ataques contra otros tres objetivos, entre ellos la refinería y la estación de tren. No sé a cuántos hombres he matado.

Lamentamos las bajas civiles, entre heridos y muertos, que se produjeron en las primeras semanas del conflicto, cuando los habitantes de la ciudad atacaron a las patrullas de la Autoridad que aún circulaban por las calles y los soldados abrieron fuego contra ellos. No fuimos capaces de ofrecerles el apoyo necesario. Esto es solo el principio. Tomamos la ciudad y la ocupamos durante cincuenta y tres días antes de que se desplegara la fuerza aérea y un regimiento de tropas terrestres llegados de ultramar. Ejecutamos a todos los supervisores que capturamos y a tres médicos de la clínica, y destruimos todos los archivos oficiales de los territorios del norte. No quedan copias ni historias médicas, y los censos se han borrado. Nunca descubriréis quién soy. No existo oficialmente. Nadie existe.

Me llamo Hermana. Soy la segunda del consejo del ejército de Carhullan. No reconozco la jurisdicción de este gobierno.

Gracias a Cantrell Jones por su ayuda en la investigación militar, y a Philip Robinson por sus predicciones climáticas. Gracias a Jane Kotapish, Valecia McDowell y Joanna Härmä por sus conversaciones a lo largo de los años.

Gracias también a Jacob Polley por leer varios borradores de esta novela y por subir a la montaña con mal tiempo. Gracias a Clare Conville por todo su apoyo, y a Lee Brackstone y Trevor Horwood por sus consejos editoriales.

*Hijas del Norte* es una obra de ficción. Los personajes, acontecimientos y escenarios son producto de la imaginación de la autora o, si son reales, no se representan con exactitud histórica o geográfica.



Título original: *The Carhullan Army*

Edición en formato digital: 2019

Copyright © 2007, Sarah Hall

All rights reserved

© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-623-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)